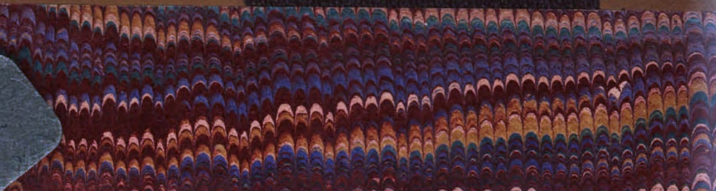
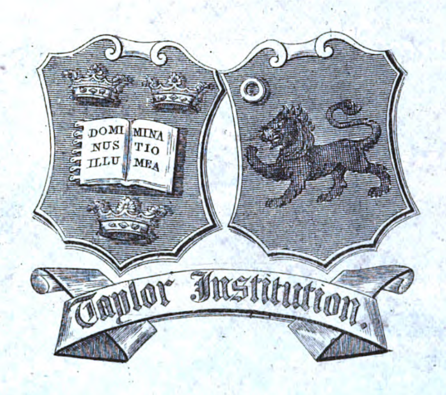





DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



FOLK-LORE ESPAÑOL



BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES

ESPAÑOLAS

TOMO III

El Mito del Basilisco, por Alejandro Guichot y Sierra.
Juegos infantiles de Extremadura, recogidos y anotados por Sergio Hernández de Soto.
De los maleficios y los demonios, de Fr. Juan Nyder, siglo XV. Obra vertida del latín al castellano, por J. M. Montoto.

Director: ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera San Jerónimo, 2

1884

EL FOLK-LORE ESPAÑOL

SOCIEDAD PARA LA RECOPILACIÓN Y ESTUDIO DEL SABER

Y DE LAS TRADICIONES POPULARES

BASES

1.ª Esta Sociedad tiene por objeto recoger, acopiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la ciencia (medicina, higiene, botánica, política, moral, agricultura, etc.); los proverbios, cantares, adivinanzas, cuentos, leyendas, fábulas, tradiciones y demás formas poéticas y literarias; los usos, costumbres, ceremonias, espectáculos y fiestas familiares, locales y nacionales; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles en que se conservan más principalmente los vestigios de las civilizaciones pasadas; las locuciones, giros, traba-lenguas, frases hechas, motes y apodos, modismos, provincialismos y voces infantiles; los nombres de sitios, pueblos y lugares, de piedras, animales y plantas; y, en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstrucción científica de la historia y de la cultura españolas.

2.ª Esta Sociedad constará de tantos centros cuantas son las regiones que constituyen la nacionalidad española. Estas regiones, son:

La Castellana. (Dos Castillas.) — La Gallega. — La Aragonesa. — La Asturiana. — La Andaluza. — La Extremeña. — La Leonesa. — La Catalana. — La Valenciana. — La Murciana. — La Vasco-Navarra. — La Balear. — La Canaria. — La Cubana. — La Puerto-Riqueña, y — La Filipina.

Todas estas regiones, verdaderos miembros del *Folk-Lore Español*, contraerán la ineludible obligación de dar cuenta de sus trabajos anuales á todos los centros regionales análogos, á los que remitirán también un ejemplar por lo menos de todos los periódicos, revistas ó libros que publiquen. A excepción de esta obligación y de la aceptación del fin que esta Sociedad se propone, cada centro se constituirá del modo y forma que tenga por conveniente.

Si dos ó más de las regiones mencionadas, por su homogeneidad de dialecto, analogía de costumbres, condiciones geográficas ó cualquiera otra causa análoga, desearan unirse constituyendo un solo centro, podrán hacerlo adoptando un nombre que comprenda los de las regiones componentes, como por ejemplo: Extremadura y Andalucía, se denominaría Bético-Extremeña, etc.

3.ª En la recolección de materiales, todos y cada uno de los centros del *Folk-Lore* que se constituyan, tendrán como principal objetivo, la fidelidad en la transcripción y la mayor escrupulosidad en declarar la procedencia de las tradiciones ó datos, etc., que recojan, utilizando, cuando el estado de sus recursos lo consienta, la escritura musical, di-

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES ESPAÑOLAS

MADRID.—Est. Tip. de Ricardo Fe, Cedaceros, 11.

FOLK-LORE

BIBLIOTECA

DE LAS

TRADICIONES POPULARES

ESPAÑOLAS

TOMO III

Director: ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

SEVILLA
ALEJANDRO GUICHOT Y COMPAÑÍA, EDITORES
Calle de Teodosio, 63

1884.

LO MARAVILLOSO POPULAR

EL BASILISCO

DATOS Y MATERIALES RECOGIDOS Y ORDENADOS,

PARA EL ESTUDIO DEL MITO

POR

ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA,

Secretario general del Folk-Lore Andaluz

Á ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

(FUNDADOR DEL FOLK-LORE ESPAÑOL)

Alejandro.

PRÓLOGO

> **Entre mi oficial y yo**
> **Hicimos este retablo:**
> **Si está bueno lo hice yo,**
> **Y mi oficial si está malo.**
> *(Copla popular.)*

El trabajo que verán mis lectores á continuación nada tiene de literario ni de original: conducido de uno en otro, todo me lo encontré hecho. Su objeto es reunir los datos y materiales que he podido acaparar acerca de un mito, cuya reconocida importancia es muy superior á sus condiciones de amenidad y entretenimiento. Nada añado por mi cuenta. Mero recolector, entusiasta por la ciencia moderna, huyo de la influencia que aún pugna por ejercer *la loca de la casa* y algunas primas hermanas suyas, quienes pronto tendrán que buscar nuevas y lejanas tierras, si no quieren ver labrar su estrecha y tranquila sepultura en los momentos en que, según la más feliz expresión de un querido amigo mío, «acaba el reinado de los llamados genios y comienza el de los hombres.»

Este trabajo, repito, no es otra cosa que la peque-

ña parte que le tocaría en la obra general á cualquier obrero ó *ponófilo*. Á otros corresponde ampliar, aclarar y deducir.

En uno de esos días en que revolvía libros y papeles y ponía á contribución mi actividad para hallar nuevos datos y hechos, díjome algún amigo que perdía lastimosamente el tiempo al ocuparme en asuntos tan triviales. Aplacé la contestación para este momento. Y al efecto, llamo su atención sobre las preguntas con que yo comenzaba en Diciembre del 83 un artículo encaminado á conseguir la formación del centro folk-lórico de la isla de San Fernando; preguntas que reproduzco y que decían:

¿Nunca habéis pensado en la manera y los medios de que se vale la abeja para fabricar su panal?

¿Habéis observado alguna vez cómo la golondrina elabora y construye su nido en los aleros y patios de nuestras casas? ¿Cómo una á una el avecilla va colocando las bolitas de barro que trae en el pico, sin dejar hueco ni vacío, volviendo cada día sobre la parte construída y rehaciendo el trozo que se desprende?

¿Os habéis fijado, tomándola como elocuente lección, en la constancia de la hormiga, tan inteligente como previsora, para reunir poco á poco el grano de trigo, la migaja de pan, la semilla de la flor y el insecto muerto, que le sirven de alimento durante la invernada?

¿Os acordáis, acto seguido, de la conocida fabulilla que comienza

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno? etc.

. . . .

Con esto basta al propósito de un obrero mecánico del *Folk-Lore Universal*, que, como institución concretada á nuestra patria, ha sido llamado «*el despertar de la conciencia nacional* por los más nobles y legítimos motivos; el de archivar las tradiciones que se van con la generalización de la cultura, y el de reconstruir la historia española, de que el pueblo ha sido factor tan importante como olvidado hasta aquí.»

Sevilla y Mayo de 1884.

EL MITO DEL BASILISCO

CAPÍTULO I.

Lo que sabe nuestro pueblo acerca del basilisco.

I. *Material folklórico.*—¿Tiene nuestro pueblo idea del basilisco? ¿Conserva memoria de lo que otros hombres han pensado ó creído sobre aquella sabandija? Sí; la tiene y la muestra en distintas formas de expresión: hay que reconocer la fuerza de la supervivencia en el cuidado y aun el amor conque unas razas trasmiten á otras sus principales legados para que se conserven y se enseñen de nuevo, sin precaver nunca puedan ser modificados ó destruídos. El pueblo tiene aún en la copla, en la superstición, en la frase, los detalles más salientes que caracterizaban el mito en edades pasadas, donde se creía más firmemente la existencia real y las manifestaciones de vida orgánica de un sér extraño que la ciencia tiene como engendro de lo maravilloso popular. Entremos desde luego en el conocimiento de lo creído y pensado sobre el basilisco. Los materiales folklóricos

españoles á él relativos no son muchos, pero sí muy expresivos. Conocemos tres frases, una copla, una adivinanza, una tradición y una superstición.

II. *Frases.*—1.ª *Estar hecho un basilisco:* se aplica á la persona que se encuentra airada é inquieta, que se mueve con insistencia ó intranquilidad.

2.ª *Tener ojos de basilisco:* dícese del que mira con furia ó parece desear penetrar en nuestro interior para escudriñarlo. (1)

3.ª *¡Estate quieto, basilisco, demonio coronado!* Frase, consagrada por el hábito, que dirigen las madres á los niños, como para reprenderlos, cuando lo revuelven todo y no dejan títere con cabeza.

III. *Coplas.*—Si yo fuera basilisco
Con la vista te matara,
Y te sacara del mundo
Porque nadie te gozara. (2)

IV. *Adivinanza.*—No tengo ni tuve madre,
Yo mismo maté á mi padre,
Y soy de condición tal,
Que tiene pena de la vida
El que yo llego á mirar. (3)

---

(1) En la sección de *piropos á los ojos*, de la colección andaluza que publica Díaz Martín, encuentro uno, cuya primera parte es irónica, que dice: *Mala sangre: miradón: hace usted más daño que una raspa en un ojo.*

(2) Citada por Machado y Álvarez en su primer artículo de coplas populares. (*Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias.* Sevilla. Año 1869.)

(3) Reproducida en los *Cantos populares españoles*, recogidos y ordenados por Rodríguez Marín é ilustrada con una cita bibliográfica en la pág. 335 del tomo primero.

V. *Tradición.*—Preguntando á un hombre del pueblo qué sabía sobre el animal que nos ocupa, me dijo: «El basilisco es un bicho muy raro y feroz que está junto al palacio del Padre Santo en Roma.» ¿Á qué se refiere està tradición? ¿Se sabe algo de ella en Italia?

VI. *Superstición.*—«Debe matarse al gallo antes de los siete años (1), pues en esta edad pone un huevo pequeño y veteado, lo empolla, saca un basilisco y muere en el acto. La alimaña mata á la persona á quien mire, sucediendo lo contrario si la persona ve primero al basilisco, entonces éste es el que muere.» (2)

VII. *Resumen.*—Despréndese del material transcrito las siguientes conclusiones: 1.ª El pueblo andaluz de nuestros días cree como cierta la existencia real del basilisco.—2.ª La frase marcada con el número 3 parece indicar relación inmediata entre basilisco y demonio con corona; relación afirmada por las creencias y descripciones de otros tiempos.—3.ª Concordando entre sí la copla, la adivinanza y la superstición, afírmase en ellas que aquel animal mata con

(1) Aunque el gallo es animal de mucha vida, pues se le marcan veinte años en estado doméstico, es corriente que muera joven en virtud de la disipación que experimenta, dedicándose con afán á la reproducción de su especie.

(2) Esta superstición tiene el número 34 de mi colección, comenzada á publicar en *El Folk-Lore Andaluz* y ampliada en el tomo primero de esta *Biblioteca.*

la vista mirando, y es engendrado por el gallo.—4.ª La tradición asegura que el basilisco vive aún.—5.ª Para librarse de su terrible influencia y también matarlo, hay que verlo antes que él vea.

CAPÍTULO II.

Creencias y supersticiones acerca del basilisco en otros pueblos actuales.

I. *Material folklórico.*—En Portugal, Italia, Inglaterra y Francia existen supersticiones que concuerdan con su homóloga la andaluza y demuestran la generalización de la creencia popular entre gentes que, por las distancias que las separan y sus peculiares condiciones, no pueden tener fácil comunicación.

II. *Supersticiones portuguesas.*—1.ª «Los gallos en llegando á viejos ponen un huevo, de donde nace un lagarto verde *(sic)* que mata al dueño de la casa.» (Recogida con la siguiente en Tafe, Guimaraes y Briteiros.)

2.ª «El gallo estando siete años en una casa pone un huevo, de donde sale una serpiente. Si ésta mira primero al dueño de la casa, el dueño muere. Si sucede lo contrario, la serpiente muere.» (1)

(1) *Tradições populares portuguezas*, de Consiglieri Pedroso. (Folleto VIII. Lisboa. 1881.)



3.ª «Los gallos viejos ponen un huevo, de donde nace un lagarto que mata al dueño de la casa.» (Recogida en Minho.)

4.ª «El gallo á los siete años pone un huevo, de donde sale un bicho malo.» (Recogida en Moncorvo.)

5.ª «Dice el pueblo que el gallo á los siete años pone un huevo, del cual nace una culebra.» (1)

III. *Superstición italiana.*—«El gallo cuando pasa de la edad de siete años pone un huevo, lo empolla y de él nace el basilisco.» (2)

IV. *Superstición inglesa.*—«Cuando un gallo llega á la edad de siete años se cree que pone un huevecito, del que sale, si lo empolla, una implacable sierpe llamada basilisco.» (3)

V. *Supersticiones francesas.*—1.ª «Las gallinas ponen algunas veces un huevo muy pequeño y redondo con el cascarón duro. Es general en Francia la creencia de que este huevo es puesto por un gallo virgen y enterrado por él mismo en el estiércol. (4) Del

(1) *Tradições populares de Portugal*, de Leite de Vasconcellos. (Pag. 148. Porto. 1882.) La superstición quinta está tomada del *Livro de Leitura* de Luso.

(2) *Credenze ed usi popolari siciliani* de Castelli. (Palermo. 1878.) Cit. por Rolland.

(3) *Notes on the Folk-Lore of the North-East of Scotland* de V. Gregor. (Pag. 140 del tomo correspondiente á 1881, de las publicaciones de la *Folk-Lore Society*.) Dato y traducción que debemos á Machado y Álvarez.

(4) Adviértase que las culebras depositan frecuentemente sus huevos en el estiércol y que este hecho ha podido ejercer influencia en la misma superstición.

huevo sale una terrible serpiente llamada basilisco. Si ella os apercibe, sois hombre perdido; pero si le miráis primero, ella muere en el instante.»

2.ª «Se llama *coulouobre* ó *coulobre (couleuvre)* la serpiente alada que sale del huevo del gallo.» (Recogida en Aveyron.)

3.ª «Un huevo de gallo empollado por un ánade hembra ó por una oca produce una serpiente.» (Recogida en el Cabo de Finisterre.) (1)

4.ª «Créese que algunos huevos más pequeños que los ordinarios son puestos por los gallos. Si una gallina los empolla, hace que salgan serpientes.»

5.ª «Si un *v' lin* (reptil) coge un huevo de gallo y lo empolla, sale de él una bestia, provista de ojos en todo el cuerpo. Si ve á un hombre, este muere inmediatamente; si por el contrario un hombre la ve á ella, revienta al instante.»

VI. *Prácticas supersticiosas en Francia.*--1.ª «Cuando un gallo pone un huevo, es preciso que el que lo vea grite: ¡basilisco! ¡basilisco! Si el gallo ve primero el huevo, sale de él un basilisco, especie de bestia que come á la gente á quien el gallo pertenece.» (2)

2.ª «El huevo del gallo produce el basilisco ? (3).

(1) *Faune populaire de la France* de Rolland. (Pag. 89 del tomo sexto. París. 1883.)

(2) *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne* de Sebillot. (Pág. 136 del tomo segundo. París. 1882.)

(3) Dice así el texto: *L'œu de jan produit la cocadrille.*—*Jan* en la Lombardía es el *coq:* no hemos hallado la

Para encantar el huevo, es decir, para neutralizar su influencia maligna, se introduce en el estiércol un palo del árbol llamado ojaranzo.» (1)

VII. *Tradición francesa.*—«Había una vez un basilisco en el fondo de un pozo, y cuanta persona se acercaba para sacar agua moría en el acto. Un señor de las cercanías que oyó hablar del suceso, hizo construir un espejo que colocó sobre el pozo. Miró dentro y vió á la bestia que reventó en seguida.» (2)

VIII. *Resumen.*—Del material reproducido se desprenden estas conclusiones: 1.ª En los pueblos de Portugal, Francia, Italia é Inglaterra se cree también como real la existencia del basilisco.—2.ª Todas las supersticiones afirman que el basilisco sale del huevo puesto por el gallo á los siete años y que mata mirando.—3.ª El huevo que produce este animal puede ser empollado para el efecto por una gallina ánade, oca y *v' lin* (reptil).—4.ª La segunda superstición francesa da alas á la serpiente nacida.—5.ª Para librarse del terrible animal se indican aquí cuatro medios: verlo antes que él vea: gritar su nombre; meter en el estiércol un palo de ojaranzo, y po-

---

traducción de *cocadrille*, que debe ser otro vocablo provincial. (Jaubert. *Glossaire du centre de la France.* París. 1864 y 69.)

(1) Ojaranzo es un árbol pequeño, de mucha dureza. La práctica en que se usa ha sido recogida por Rolland.

(2) Recogida por Sébillot á un natural del Gouray.

nerle un espejo delante para que, viéndose á sí mismo, se mate. —6.ª El basilisco vive también en ó al lado del agua.

Si se compara el material folklórico extranjero con el de nuestro pueblo, se observará la más exacta correspondencia; aumentándose en aquél las noticias y procedimientos para librarse del basilisco y los relativos á su generación.

CAPÍTULO III

El nombre basilisco en nuestros días.

I. *Etimología.—Basilisco* viene del sustantivo griego *basiliskos*, que significa *reyezuelo*, por ser diminutivo de *Basileus* ó *rey*. ¿Por qué se le aplicó este nombre al fabuloso animal? Tal vez por el pretendido poder que se le atribuía y la extraordinaria fuerza de que se le creía dotado, apareciendo como rey de todos los animales, ó porque se le señalaban en la cabeza unas eminencias, á modo de corona.

Pero no solo se nombra al basilisco con su nombre propio, sino que también, en todos los escritos que he examinado, se le aplican, por semejanza con la estructura de su cuerpo y algunas de sus propiedades, vocablos distintos, tales como *serpiente*, *sabandija*, *culebra*, *lagarto*, *fiera*, *bestia* y *bicho*, siquiera sea este último nombre aplicable metafóricamente, en nues-

tro país al menos, á todo ser ó cosa que cause repugnancia ó se oponga á las reglas de estética que se tenga trazadas el observador.

Y en efecto, decimos, *bicho malo*, *bicho feo*, y *¡valiente bicho!* de toda persona, animal, y áun cosa que nos causa repugnancia ó daño ó está mal conformada: (1) conformación mala, añado, que solo existe en un convencionalismo, más ó menos general, dado que en la Naturaleza nada hay deforme, ni se encuentra razón para juzgar así, en absoluto, de cosa alguna.

II.—*El nombre en otros idiomas.*—La voz basilisco figura en algunos idiomas y dialectos modernos europeos con un mismo significado y construcción semejante; hecho que corrobora la supervivencia del nombre, y, por lo tanto, del mito antiguo á que se refiere.

Confírmase por el cuadro que sigue:

Griego.—*Basiliskos.*
Latín—*Basiliscus.* (*Régulus* — reyezuelo.)
Portugués—*Basilisco.*
Italiano.—*Basilisco.*
Francés.—*Basilic.*

(1) El *Diccionario de la lengua castellana*, de la Academia Española, (Madrid. 1869. 11.ª edición), dice: «*Bicho* es sustantivo masculino que se da á las sabandijas ó animales pequeños. *Bicha* es femenino anticuado. Metafóricamente se aplica la palabra *bicho* á la persona de figura ridícula. La frase *mal bicho* se refire á la persona que es mal inclinada y enredadora.»



Inglés. — *Basilisk.* (1)
Alemán. — *Basilisk.*

Y también:

Catalán — *Basilich.*
Jitano. — *Bengoji.* (2)

CAPÍTULO IV

Aplicaciones del nombre basilisco.

I. *La generalización del nombre.*—Aún no se reduce á lo anterior, ó sea á los elementos que conserva nuestro pueblo y el de otros países del mito y manifestación de su nombre, lo que se sabe y existe en nuestros días acerca del basilisco. Su nombre, casi universalmente entendido, tuvo y tiene variadas aplicaciones en las ciencias, conociéndose por él seres y cosas reales de opuesta índole. Véase á continuación lo que he podido averiguar sobre esta fase.

II. *Arte é industria militar.*—Basilisco es una antigua pieza de artillería, muy larga y de crecido calibre. A este propósito cito un manuscrito existente en la Dirección General de la Guerra en Francia, el cual, hablando del ataque dado en 1556 por el emperador Fernando contra los turcos sitiadores del

(1) En inglés llámase también *cockatrice* el mismo animal.

(2) *Vocabulario del dialecto jitano*, por Augusto Jiménez. (Sevilla. 1846.)

castillo y villa de Siget, dice: «entre la gruesa artillería que llevaba el emperador había tres *basiliscos*, que lanzaban balas de 66 libras, pesando cada uno de ellos 7.500 libras.» (1)

Además, me informan de que entre los cañones que remitió á Madrid el general O'Donnell (D. Leopoldo), cogidos á los moros en la guerra de Africa, había algunos basiliscos, que estuvieron algún tiempo en la plaza del Museo de Artillería.

III. *Astronomía.*—Llámase basilisco á la hermosa estrella fija, conocida también por *corazón de León*, que pertenece á la constelación primaveral de este nombre. (2)

IV. *Blasón.*—He visto en un diccionario enciclopédico la afirmación de que la vigilancia y el prestigio se simbolizan en Heráldica con la figura del animal tantas veces nombrado. Dudaba fuese esto cierto, y al efecto, consultando con persona perita, hube de saber que los autores heráldicos, que tratan en determinados capítulos de figuras quiméricas como el águila de dos cabezas, el dragón, la hidra, la sirena, el centauro, el argos, la harpía y otras (3),

(1) *Etudes sur le passé et l' avenir de l' artillerie.* Obra comenzada á escribir en el fuerte de Ham por el Príncipe Napoleón Luis Bonaparte, después último Rey de los franceses, cuando era prisionero en Mayo de 1846.

(2) Así lo dicen algunas enciclopedias.

(3) Fácilmente se comprenderá la importancia de un estudio particular de cada uno de los animales quiméricos nom-



no mencionan particularmente al basilisco, cuya figura en Heráldica es un cañón de gran longitud.

V. *Botánica.*—«Basilisco es una planta labiada de los indios, ánua, olorosa, cordial, cefálica, que tiene la virtud de alejar las hormigas.» (1). Equivocado ó mal interpretado debe estar lo transcrito, pues el nombre tal y como él es, no he podido hallarlo utilizado en botánica, después de haber consultado varias obras *ad hoc.* Tan solo se hace constar en ellas la planta anual que clasificó Linneo *Ocymum basilicum*, originaria de la India. (2)

VI. *Farmacia.*—Mal guiado, creí se utilizaba el nombre basilisco en la Farmacia: mejor informado, supe que «se conoce un ungüento *real*, *soberano basilicon* (nombre que comparte con otras drogas á que se atribuyen virtudes extraordinarias) que servía para favorecer la formación del pús: los antiguos boticarios lo vendían bajo la denominación de *tetrapharmacon*, voz que significa *cuatro drogas*, porque se componía de resina de pino, pez negra, cera amarilla y aceite de olivas. Hoy ya no está en uso.» (3)

VII. *Historia.*—El nombre que nos ocupa lo ha

---

brados, cuyo estudio constituye una rica mina de conocimientos, todavía no explotada suficientemente.

(1) *Primer Diccionario general etimológico de la lengua española*, por Roque Barcia. (Madrid. 1880-83.)

(2) *Los tres reinos de la naturaleza* (pág. 331 del tomo octavo.—Madrid. 1857.) *La Creación. Historia natural* (página 434 del tomo sétimo.—Barcelona. 1876.)

(3) Tomado del Diccionario de Larousse.

tenido un rey. Zenón el Isaurio, regente y luego emperador de Oriente, fué destronado en 475 por Basilisco, hermano de la suegra de Zenón. Habiendo recobrado éste el trono, en el mismo año, condenó á Basilisco y su familia á morir de hambre, dentro de una cisterna. (1)

VIII. *Zoología.*—Varios animales de existencia real que figuran entre las aves, peces y reptiles, se distinguen con el nombre de basilisco ó una equivalencia suya.

En el género de los pájaros hay un ave pequeña llamada *Reyezuelo.*

También hay un pescado de mar nombrado *basilisco.* ¿Pertenecerá al género Sauro, familia de los salmonoideos, de los peces malacopterigios abdominales? Y se pregunta esto, porque el *sauro común* (*Saurus lacerta* de Risso) se conoce en Canarias con el nombre de *lagarto de tierra*, y, á mayor abundamiento, el *Saurus myops* de Valenciennes se conoce por *lagarto de la Martinica.* (2)

En los reptiles saurios ó lagartos, familia de los

(1) Así lo vemos en *Los héroes y las grandezas de la tierra*, por el doctor D. Manuel Ortiz de la Vega. (Madrid. 1856.) La fecha marcada en el texto, relativa á la lucha de Zenón y Basilisco, es la que señaló razonadamente Muratori, erudito archivero de Módena, de principios del siglo pasado.

(2) *Los tres reinos de la Naturaleza*, por una sociedad de naturalistas (pág. 633 del tomo quinto.—Madrid. 1855.)



dendrobates ó trepadores, figura el *género Basilisco* con el *Basiliscus mitratus* ó de capucha, y el *Basiliscus vittatus*, habitante el primero de la Martinica y Guyana, y el segundo de Méjico.

¿Tiene alguno de estos reptiles los caractéres distintivos del célebre animal? Ninguno. Ni entre ellos, ni entre todas las clases zoológicas, hay un representante siquiera que se iguale con el animal fabuloso.

CAPÍTULO V

Representaciones artísticas del basilisco. Paréntesis.

I. *El basilisco dibujado.*—Cuantas indagaciones he hecho para hallar representaciones de aquel animal, han sido casi infructuosas, pues lo único que encontré es el dibujo que más adelante aparece grabado, y cuyo examen dejo para el momento oportuno. Parece anómalo que habiendo sido el basilisco motivo de tantas preocupaciones, y tan traído y llevado en letras de molde, en todos tiempos, se carezca de representaciones gráficas y corpóreas de él, cuando con tanta profusión se repiten sus descripciones á pluma. Por esto, natural es preguntar si existen dibujos ó modelos del basilisco, que, al existir, deberán ser poco conocidos.

II. *Preguntas.*—¿Hay en bellas artes alguna

muestra del animal, ora como lo pinta la antigua tradición, ora diferente? No sería extraño que en los Museos de pintura y escultura se conservasen una ó varias, aisladas ó formando parte de un cuadro ó grupo modelado. Tampoco lo sería hallar una simple composición ó ejecución artística del basilisco como accesorio en la decoración de muebles y utensilios antiguos ó en la ornamentación arquitectónica de ciertos estilos, alternando con los adornos y figuras quiméricas y mitológicas de frisos, columnas y zócalos. Los artistas y arqueólogos, pueden dar luz al asunto.

La estampería popular es probable tenga el dibujo, más ó menos grotesco, del basilisco en alguno de los llamados *pliegos de estampas*, viñetas de antiguas publicaciones ó láminas para cuadros con cristal. Yo recuerdo perfectamente, entre otras, dos láminas litografiadas intitulada la primera *la muerte del justo*, que se halla rodeado de sacerdotes y gerarquíns y grupos de ángeles, apareciendo en último término la Trinidad cristiana entre nubes, y la segunda *la muerte del pecador*. En ésta, si bien no aparece la figura del basilisco, hay, en cambio, una serie tal de *bicharracos*, demonios y mónstruos, que circundan el lecho mortuorio, que acude sin querer la risa á los labios del observador, y el pavor más cómico á los fanáticos que contribuyen al *comercio con la ignorancia* y la infelicidad entre gentes, azás desgraciadas, que

les han imbuído la existencia, no de uno, sino de dos seres todopoderosos, de los cuales, *el malo* puede muchas veces más que *el bueno*.

Según me informan, si mal no se recuerda, hace unos cuarenta años se veía el dibujo del basilisco en unos jeroglíficos místicos de la vida de San Antonio, santo muy popular, que tiene gran prestigio en el ramo de la superstición y lo maravilloso. Dícenme también que algunos viejos romances traían á nuestro animal, á modo de caricatura, á la cabeza del texto, y que lo representaban «con cabeza de sierpe, boca abierta, lengua lanceolada, garras de león ó tigre, alas de murciélago y cola enroscada que terminaba como tridente neptuniano.» (1) Pero en esta descripción creo se confundía al dragón con el basilisco.

III. *Paréntesis*—En el siguiente capítulo continuaré la recopilación y estudio de lo que dicen las fuentes escritas, que me ha sido dable consultar, acerca del basilisco, anteponiendo los recopiladores de nuestro siglo á los naturalistas, con objeto de acumular todos los datos necesarios y conocer lo que la ciencia pronuncia sobre la pretendida existencia real de tan extraño sér. Después nos ocupará el conocimiento de lo sabido y pensado en siglos anteriores al XIX, descendiendo gradualmente hasta llegar al lí-

(1) Esta noticia me la comunicó, entre datos y citas muy apreciables, el ilustrado catedrático y distinguido amigo mío, Sr. D. Romualdo Alvarez Espino.



mite que la propia insuficiencia me traza; límite en el que se cree ver *algo más allá*, no siendo, por tanto, las columnas de Hércules, que otros más avisados y emprendedores rebasarán.

Ahora bien, como al pueblo de los siglos pasados no podemos oirle, ni él nos ha dejado otro testimonio, (1) que conozcamos al menos, que la tradición, ya recogida, hay necesidad de tomar lo que consta en los escritos de otros tiempos, examinar los libros, para conseguir el propósito. Las mismas palabras que han usado los escritores, comentadores y copistas, nos servirán y auxiliarán; de unos en otros, ya he dicho, somos conducidos por la mano; todo lo tenemos hecho.

CAPÍTULO VI

Qué dicen las fuentes escritas de nuestros dias sobre el basilisco.

I. *Los recopiladores del siglo XIX.*—1.º En nuestro Diccionario la palabra *basilisco* tiene sencilla explicación. «Animal fabuloso, dice, al cual se atribuye que mata con la vista.» (2)

2.º «Los cazadores, dicen, se servían para coger

(1) Se comprenderá desde luego que tales palabras del texto refiérense únicamente á lo relativo al basilisco.

(2) *Diccionario de la lengua castellana*, de la Academia. (Undécima edición.)



al basilisco de un espejo, en donde, desde que el animal llegaba á mirarse, el efecto del veneno obraba sobre él mismo. Algunos charlatanes, que vivían á expensas de la credulidad pública, daban á las Rayas pequeñas la figura que es atribuída al dragón, y, después de disecadas y barnizadas, las vendían por verdaderos basiliscos: de estas preparaciones fraudulentas, no faltaban ejemplares en todos los gabinetes de curiosidades. Aldrovando y Seba hicieron dibujar este sér extraordinario, que, según todavía creen algunos, nace de los huevos de cáscara blanda, depuestos, según dicen, por un gallo vetusto; pero tales puerilidades no son propias ya de la ilustración de este siglo: dejemos á un lado los tremebundos basiliscos de la crédula antigüedad, toda vez que los verdaderos son unos animales muy inocentes.» (1)

3.º «El basilisco es un animal fabuloso, cuya mirada era mortal. En los salmos hállase colocado como animal malhechor al lado del áspid, el león y el dragón. Entre los hombres rudos de Francia y todo el centro de Europa, se encuentra aún la creencia de que los gallos viejos suelen poner un huevo que produce una especie de basilisco. Usóse este nombre cuando se quería evocar el recuerdo de los mónstruos, y se entendía que era una especie de dragón en miniatura, cuya mordedura, siempre mortal, era no obstante

(1) *Enciclopedia moderna*, publicada por Francisco de P. Mellado. (Tomo cuarto. Madrid. 1851.)



menos temible que la mirada. El poder fatal de ésta quedaba neutralizado si, antes que él viese, se le veía. Cualquier animal sobre quien se posaba la mirada del basilisco, caía como herido por un rayo. Todavía podían volverse contra el mismo reptil los fatales efectos de su mirada, para lo cual bastaba con presentarle un espejo, porque apenas percibía su propia figura, reflejada por el metal ó el vidrio, caía muerto. Creían también algunos que las mujeres se hallaban libres de sus ataques, hasta el punto de poderles coger vivos sin peligro alguno. Felizmente los basiliscos no fueron nunca muy comunes; porque como la opinión general les hacía nacer de un huevo de gallo, incubado por un sapo, ni los gallos que pongan huevos son frecuentes, ni dejan de ser cosa rara los sapos incubadores. Sea de esto lo que quiera, veíanse basiliscos en los gabinetes de ciertos pretendidos sabios y áun de aquellos farmacéuticos que decían componer con ellos sus medicamentos más maravillosos» (1).

4.º «Los artistas de la Edad Media representaban al basilisco bajo la forma de un gallo con cola de dragón, que, según algunos Padres dc la Iglesia, era la imagen de la mujer desenfrenada, porque solo su vista bastaba para corromper» (2).

5.º «Aquel basilisco que era tan célebre, así en-

(1) *Grand dictionnaire enciclopedique du XIX siecle*, por Pedro Larousse (pág. 308 del tomo segundo.)

(2) *Diccionario etimológico é histórico de los proverbios franceses*, por Pedro M.ª Quitard. (1842.)

tre los antiguos como en la Edad Media, nos es hoy completamente desconocido, ó al menos no se puede establecer relación alguna entre él y el *Basiliscus mitratus*, pequeño reptil que se encuentra en la Guyana (1). El basilisco de los autores antiguos lanzaba por sus ojos el fuego y la muerte, con tal violencia, que si se le ponía delante un espejo, la reflexión de su propia mirada le hacía morir al punto. Su aliento bastaba para asfixiar, ninguna planta podía vegetar cerca de su madriguera, y sus trozos, colgados en un templo, preservaban á éste de las telas de araña y nidos de golondrinas. Este terrible mónstruo tenía miedo, sin embargo, á la comadreja y, sobre todo, al canto matinal del gallo. De varios modos se ha representado al basilisco. Unos le figuran bajo la forma de una serpiente con ó sin alas; otros le dan cabeza, cuello y patas de gallo, atendiendo á que se le supone nacido de un huevo de gallo, empollado por un sapo. En algunos monumentos se le ve con alas de mariposa. Cuentan que habiéndose declarado un basilisco campeón de una ciudad sitiada por Alejandro el Grande, se puso entre dos piedras de la muralla, y empezó á mover sus ojos, de tal suerte, que desde allí mató á doscientos macedonios que tenían la vista fija en aquel punto» (2).

(1) Recuérdese lo dicho en el pár. VII del capítulo cuarto.
(2) *Dictionnaire des superstitions, erreurs et prejugés populaires*, por Chesnel.

II. *Los naturalistas.*—Todos los que he podido consultar están conformes en afirmar que el basilisco es animal fabuloso, no sabiéndose á qué especie referirlo. Sin embargo, ha habido algunos que se apartaron de la opinión común; pudiéndose contar entre ellos al doctor Thomas Brown (1) quien, esforzándose por hallar una explicación á la facultad atribuída al basilisco de matar con su mirada, y á pesar de haber escrito una obra sobre los errores del pueblo con objeto de combatirlos, parece que se declara partidario de la existencia real del basilisco. Véanse sus palabras:

«Si es verdad que con frecuencia son transportados por el aire, á grandes distancias, diversos átomos pestilenciales; si se han visto hombres y poblaciones enteras ser infestadas desde lejos; si la sombra de algunos árboles es funesta; si los torpedos tienen la facultad de herirnos por efecto de un contacto apenas sensible; ¿podría dudarse que á más de los venenos groseros y materiales, que solo obran por contacto, puede haber otros más delicados y sutiles, cuyas rápidas emanaciones no reconozcan esta ley? No es, pues, imposible que el veneno que salga de los ojos de un basilisco mate á cierta distancia á un hombre, aunque no todos los autores convienen en este hecho, pues algunos atribuyen la muerte á su aliento y otros á su mordedura. Yo estoy por creer que los rayos vi-

(1) Citado y copiado por Chesnel.

suales de sus ojos se cargan de la porción más sutil del veneno, alcanzan los ojos del espectador, atacan primero su cerebro y después su corazón, lo cual trae necesariamente la muerte.»

En oposición de lo que creen y dicen los que podemos llamar partidarios del basilisco, aparecen las opiniones de cuantos autores se citan en los capítulos anteriores á éste y el fallo de naturalistas distinguidos. He aquí lo que dice una sociedad, de los mismos:

«Con el nombre basilisco, idearon los antiguos griegos y romanos un mónstruo horroroso (1) en figura de serpiente, dotado de fuerzas sobrenaturales y engendrado contra las leyes de la naturaleza; el gallo, la serpiente y el sapo eran considerados como sus progenitores: la gallina ponía huevos disformes y la serpiente y el sapo los recogían para incubarlos. Tan absurdos cuentos no han dejado de encontrar gentes crédulas, no sólo entre los profanos, sino también en los llamados hombres de ciencia. Lutero también (y en éste es menos de extrañar) empleó el nombre del basilisco para traducir algunos pasajes oscuros del Antiguo Testamento, sobre todo al hacer ciertas citas de Jeremías y de Isaías. Difícil sería averiguar hoy á qué clase de animales se podían referir esos profetas; mas es lo cierto que la zoología mo-

(1) Paréceme temeraria la afirmación de que el mito, si lo es, ha sido ideado por romanos ó griegos. Éstos ya debieron hallárselo formado; habrá que buscar su origen más lejos.



derna se ha apropiado un nombre tan conocido y célebre desde muy antiguo, como no ha desdeñado tampoco los de antiguos dioses, héroes, ninfas y otros abortos de la fantasía» (1).

El conde de Buffón escribió acerca del basilisco fabuloso lo siguiente:

«La ignorancia se ha servido de este nombre para designar un animal terrible que á veces se ha presentado como una culebra, y á veces como un dragón pequeño y cuya vista penetrante privaba de la vida. Nada hay más fabuloso que este animal, del cual se han esparcido tantos cuentos ridículos, á quien se han atribuído tantas cualidades maravillosas, y cuya representación sirve todavía para hacer admirar, en manos de charlatanes, á un pueblo ignorante y crédulo, la piel seca de una Raya, contorneada de un modo caprichoso, decorándola con el nombre famoso del animal quimérico.» Y añade, hablando de la especie basilisco real: «El lagarto basilisco que habita en América, lejos de matar con su vista como se dice del animal cuyo nombre se le ha dado, debe ser mirado con gusto, cuando, animando la soledad de los inmensos bosques de América, salta con rapidez de rama en rama, etc.» (2).

III. *Resumen.*—Las fuentes escritas de nuestros

(1) *La Creación. Historia natural*, por una sociedad de naturalistas, bajo la dirección de Vilanova y Piera (pág. 50 del tomo cuarto.—Barcelona. 1874.)

(2) *Obras completas de Buffón. Historia Natural* (página 199 del tomo XIV. Madrid. 1843.)



días, en conformidad con la tradición oral, amplían los detalles relativos al mito. En algunas de ellas se leen noticias, nuevas para nosotros, como la que dice que las mujeres se hallaban libres de los ataques del basilisco, y si por ellas hubiéramos de prestarle particular atención, así como á otras que se refieren á la extensión de la creencia, por otras razones no se la prestamos, consistiendo la primera en que no se sabe á qué primitiva fuente acudieron los recopiladores para insertar las especies que se apartan del cuerpo de la creencia común en todos los tiempos; y la segunda, en que los autores griegos y romanos, lejos de extenderse en el estudio del basilisco, sólo dan descripciones sucintas y parece como que tienen poco material de que disponer. ¿Es que entonces se sabía menos respecto de aquel animal? Evidentemente no. Otras serán las causas. Tal vez sea una de ellas que la tradición ha ido engrosando y modificándose, aunque levemente, por los distintos pueblos que ha atravesado, y ha ido tomando más carácter local en consonancia con la vida que rodeaba á los narradores.

Acerca de los naturalistas nada hay que añadir.

CAPÍTULO VII.

El basilisco en el siglo XVIII.

I. *Saber popular.*—Según el testimonio del Padre Feijóo, el vulgo creía en su tiempo que el gallo anciano ponía un huevo, del cual nacía el basilisco. Tal creencia la combate aquél al hablar de los animales fabulosos, teniéndola como *cuento de viejas.* «Si la vejez del gallo, dice, nos hiciese tan mala obra y el basilisco fuese tan maligno como se pinta, ya el mundo estuviera poblado de basiliscos y despoblado de hombres. Es verdad que el gallo, en su última vejez, pone un huevo (1); pero es falso que este huevo sea de tan malas consecuencias como aquel que, según la fábula, puso Leda, mujer de Tíndaro, y del cual nació la famosa Helena, verdadero basilisco de aquella edad.»

II. *Los recopiladores.*—1.° «No me opongo á que haya una sabandija llamada basilisco de tan activa ponzoña, que con solo el vapor que exhala inficione á alguna distancia; que sea enemiga de toda la naturaleza, que tale los campos, marchite las selvas, rompa los pedernales, ahuyente ó mate todos los animales ponzoñosos (exceptuando únicamente la comadreja, que dicen le acomete intrépida; pero quedan

(1) Paréceme que Feijóo está en un error: el gallo no pone huevos. Los naturalistas dirán.



entrambos muertos en la batalla, como Petreyo y Juba): que tenga en la cabeza una especie de corona, por cuya razón se llama Régulo, como en señal de superioridad á todos los demás vivientes venenosos; pero negaré constantemente, por más que lo afirmen muchos autores, que mata con la vista y con el silbo. La vista no es activa, sino dentro del propio órgano; el objeto le envía especies, pero ella nada envía al objeto. El silbo tampoco imprime cualidad alguna, ni en el ambiente, ni en otro cuerpo; solo mueve el aire con determinadas ondulaciones, las cuales, propagándose, llegan á producir un movimiento semejante en el tímpano del oído. Con más razón se debe repudiar como falso que esta sabandija sea veneno de sí misma, mirándose en un espejo, como algunos quieren decir, pues sobre la imposibilidad de que la vista mate, se añade la de que sea al sujeto propio.

»La fábula del basilisco puede ser que haya engendrado la de la catoblepa, que es correlativa suya en la ponzoña, porque así como los ojos del basilisco matan á quien miran, los de la catoblepa matan á quien los mira. Esto es lo que dice Plinio, aunque algunos autores modernos, citando infielmente á Plinio, la atribuyen la misma actividad que al basilisco de matar mirando: entre los cuales Tracastorio la engrandece tanto, que dice que á mil pasos de distancia son mortales las heridas de sus ojos. ¡Oh, cuantos mayores mónstruos produce el hombre en su fanta-

sía, que la naturaleza en los desiertos del Africa!

»Añade Feijóo que en la Biblioteca regia de Madrid se encontraba un basilisco artificial, aunque el vulgo creíalo natural» (1).

2.º Gaspar de los Reyes (2) cita á un tal Porta, que decía era *colega del Sacro colegio*, y de él copia que estando Alejandro en el sitio de una ciudad de Asia, un basilisco, anidado en un agujero del muro frente al ejército, le mató con su vista mucha gente, habiendo día que morían 200 soldados. Feijóo niega el hecho, y se apoya en que ninguno de los famosos escritores de las conquistas de Alejandro (Plutarco, Arriano y Quinto Curcio), lo refiere; en que es creencia peregrina considerar al basilisco como habitante del Asia, porque los naturalistas le suponen indígena del Africa, restringiéndolo algunos á la provincia de Cirene; y en que aquella historia es tan verdad como la contenida en Alberto Magno, acerca de los dragones metidos entre unos montes de Armenia que, inficionando el ambiente á larga distancia, mataban muchos caminantes.

3.º El autor de quien se copia el grabado que hago público, estudiando la historia natural contenida

(1) *Teatro crítico universal*, por fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro (págs. 36 y 37 del tomo segundo. Madrid. 1779. Edición de Ibarra.)

(2) Citado por Feijóo.—Ignoro quién es Gaspar de los Reyes y las obras que escribiera.

en la Biblia, en la sección de reptiles, compuesta por la culebra, serpiente, cerasta (ó serpiente de dos cuernos en la frente), víbora, áspid, basilisco y dragón, nos da nuevos datos y algún otro punto de vista. «El basilisco, dice, de quien el rey profeta ha hecho mención, también es nombrado en Jeremías que amenaza á los judíos con enviarles las serpientes y los basiliscos contra los cuales los encantadores no tienen poder alguno, y cuyas mordeduras causan la muerte. El sabio, condenando los excesos del vino, dice que ellos producenel mismo efecto que la mordedura de la serpiente, contienen un veneno muy peligroso que es el mismo del Basilisco. Isaías declama contra los judíos que se obstinan en retirarse á una tierra de aflicción y de miseria, donde viven el león y la leona, la víbora y el basilisco.»

Continúa Joly con la recopilación de lo dicho por autores antiguos acerca del animal en cuestión, cuyos autores y textos se incluirán con arreglo á orden cronológico, en la serie de estos capítulos. Y luego termina: «Los modernos han considerado al basilisco como un animal fabuloso. Mas después que la Escritura ha hecho mención de él, como de un reptil existente, que es nombrado con los otros animales dañinos, su existencia es incontestable, Si no se encuentra en los gabinetes de curiosidades naturales, es por la rareza de la especie y el peligro de

acercarse á él, que no permite cogerlo. Dios ha permitido que este mónstruo lance dos ó tres gritos cuando sale de su caverna, á manera de lamentos, que inspiran tal terror, que ponen en huída á todos los animales. ¿Cabe en lo posible que un viajero curioso se acercase á él para estudiarlo?» (1).

III. *Resumen.*—De los textos copiados en este capítulo se deduce, en primer término, que el pueblo del siglo pasado tenía acerca del basilisco la misma creencia supersticiosa que el del actual, y, después, que las opiniones de los autores se encontraban divididas. Así mientras Feijóo se esfuerza en probar, con racional criterio, que la cualidad maravillosa atribuída al basilisco no existe, dando á este animal caracteres ordinarios, y deseando hacer ver que su existencia y manifestaciones de vida no pugnan contra las leyes de la naturaleza, á fin de no verse precisado á negarlo, Joly, por el contrario, apoyándose en la Biblia é inspirado en el criterio propio de su clase y condición, admite el basilisco con todas las cualidades que la tradición y lo maravilloso le señalan. En este lugar es donde podemos distinguir con más claridad la diversidad de opiniones apuntada, mejor que en los pareceres de algunos escritores de nuestros días, puesto que hoy, dejando á un lado algún que otro vi-

(1) *La Geographie Sacrée et les monuments de l' histoire sainte.*—Cartas del P. capuchino Joseph-Romain Joly (págs. 355 y 356. París. 1784.)



sionario que sigue lo que vió escrito, sin estudiarlo, la ciencia y la razón no sólo quitan al basilisco sus cualidades maravillosas, sino que tienen que negar también su existencia real. Y esto es tan cierto, que la evidencia de los hechos así lo demuestra: hoy ni existe, ni se conoce, ni, por tanto, aparece en la escala zoológica el fabuloso animal.

Mas, como varios de los autores citados y copiados, citan y parafrasean á su vez ciertos pasajes de la Biblia donde se nombra el basilisco, no estará fuera de lugar que veamos lo que en ésta se contiene, al menos en los sitios que he podido consultar, no obstando esto para que en otros que yo no conozca, se pueda nombrar también á nuestro asendereado basilisco.

CAPÍTULO VIII

El basilisco en la Biblia.

I. *Reyes y profetas que lo citan.*—David, Salomón, Isaías y Jeremías, según nos lo demuestra la Vulgata (1), no solo nombran al basilisco, sino que también sus palabras parece le restituyen su maravilloso poder, acentuándolo el mismo traductor en los comentarios é interpretaciones que escribe. Veámoslo á continuación:

(1) *La Santa Biblia*, traducida de la vulgata latina, por el P. Scío. (Madrid. 1852-54.)



II. *El libro de los Psalmos.*—(1) *Super aspidem, et basiliscum ambulabis: et conculcabis leonem, et draconem.*—Sobre el áspid y el basilisco andarás y pisarás al león y al dragón.—Y anota el traductor: «Esto se ha verificado á la letra con muchos santos, á quienes el Señor dió dominio sobre las bestias más crueles y feroces;.... Por *basilisco* se entiende aquí una especie de serpiente muy venenosa.»

III. *El libro de los Proverbios.*—(2).... *et sicut regulus venena diffundet....*—y derramará veneno como basilisco.—

IV. *La profecía de Isaías.*—(3) *In terra tribulationis et angustiæ leæna, et leo exeis, vipera et regulus volans....*—Van en una tierra de tribulación y de angustia (el Egipto) de donde salen la leona y el león, la víbora y el basilisco volador....—

V. *La profecía de Jeremías.*—(4) *Quia ecce ego mittam vobis serpentes, regulos, quibus non est incantatio: et mordebunt vos, ait Dominus.*—Porque, he aquí que yo os enviaré serpientes, basiliscos, para los cuales no hay encantamiento: y os morderán, dice el Señor.—Y anota el traductor, interpretando la palabra basilisco: «Los Chaldeos que solamente con el terror de su vista os harán morir, para los cuales no vale encantamiento.»

(1) Psalmo 90. v. 13.
(2) Cap. 23. v. 32.
(3) Cap. 30. v. 6.
(4) Cap. 8., v. 17.

VI. *Resumen.*—Según estos escritores bíblicos, el basilisco *derrama veneno*; por tanto, es animal venenoso. (Los reptiles que hoy conocemos con ese nombre, ni tienen veneno ni son ofensivos.) El basilisco está en el Egipto. (Este dato debemos relacionarlo con otra tradición local que apuntamos en otro capítulo. Todos los autores convienen en hacerlo nacer en Africa, con la diferencia de ser en la península cirenáica ó Egipto.) La frase el *basilisco volador*, parece dar razón á los que han descrito ó representado al basilisco con alas. El basilisco, según Jeremías y el traductor, cuyas interpretaciones deben ser ciertas, muerde y mata con la vista, puesto que si los caldeos hacían morir con su mirada, y á ellos se relaciona el animal, claro es que éste poseía tal cualidad.

VII. *Una cuestión.*—Pasemos por alto la contradicción en que se hallan los naturalistas modernos, y lo que dicen las corrientes científicas con lo expuesto en la Biblia; las causas de ella son conocidas, y no debemos detenernos en su examen. ¡Quién sabe si algunos podrán argüir que unos y otra dicen verdad; los primeros porque, en efecto, no existe el basilisco, y la Biblia, porque antes existiera, debiéndose deducir que la especie ha desaparecido del globo terráqueo! Y aunque es tan oscuro eso de que una especie animal desaparezca tan repentinamente, repito que debemos pasar á otra cosa. Ella es la cuestión que indicamos como título.

La Biblia se hermana con la tradición y con los autores que la siguen con un *se dice*, en lo relativo al basilisco. Por el padre Joly ya hemos observado como se presentan sus defensores. Mas en el mismo siglo XVIII aparece el padre Feijóo, y niega el poder más característico del basilisco, el de matar con la vista y el silbo. ¿Ha interpretado mal el padre Scío? La Biblia y Feijóo, si no, dicen cosas contrarias. ¿Cuál de las dos es verdad?

CAPÍTULO IX

El basilisco en el siglo XVII.

I. *Escritores.*—1.º Martín del Río, citando á los autores más antiguos que él conoce (los cuales aparecen también en el lugar que les corresponde en esta recolección) dice, después de copiarlos: «La narración del aspecto del basilisco es más mitológica que real. *Dícese* que si se acerca alguna persona á este animal, se inficiona con su fuerte y venenoso aliento, y muere. Pero si el basilisco mira al agua pura y cristalina, entonces él es quien se muere, lo cual es ridículo creerlo.» (1)

2.º Mr. Borel, que, al decir de un escritor moderno, es uno de los que más han delirado acerca del

(1) *Disquisitionum magicarum*, por el jesuita Martín del Río. (Cuestión cuarta del cap. tercero, libro I.—Lugduni. 1634.)



poder misterioso del basilisco, manifiesta sus extravagancias por comparación. «Habla de un indivíduo cuyas miradas estaban dotadas de tan terrible malignidad, que hacían perecer á los niños pequeños, secaban los pechos de sus madres y nodrizas, y traspasaban y corroían los objetos de vidrio.» (1) De lo cual se burla Quitard, diciendo: «¡Apurado se vería ese hombre si hubiera tenido necesidad de usar gafas!» Aquí no parece fuera de propósito reproducir una nota de mi colección de *Supersticiones populares*, con objeto de apuntar una simple concordancia, y sin detenernos en lo que pueda deducirse y estudiarse, pues áun perteneciendo al mismo género de lo maravilloso popular, es otra rama que nos apartaría mucho del estudio que hacemos sobre el basilisco, al cual debemos ceñirnos por hoy. Decía en la nota: (2) «De unos en otros corre entre el pueblo la creencia de que existen personas que tienen un flúido especial para magnetizar. Unos magnetizadores atraen á las fieras, sumisas y temblando, mirándolas tan solo con insistencia. Otros se valen de los ojos y las manos para magnetizar á las personas.»

II. *Deducciones.*—Por el *dícese* subrayado de las palabras de Martín del Río, para el vulgo de la

(1) *Tesoro de las investigaciones* y *antigüedades galas*, por el médico y anticuario francés Pedro Borel. 1655.

(2) Página 245 del tomo primero de esta *Biblioteca del Folk-Lore Español.*

décimo-septima centuria, como diría un académico ó poeta, la tradición existía como en los tiempos posteriores, y la creencia de que el basilisco á sí mismo se producía la muerte, por la reflexión de un rayo visual, con la diferencia de que en vez de suceder frente á un espejo ó lámina de metal (que supongo deberá ser bruñida) lo era mirando al agua pura y cristalina. Recordemos aquí la tradición francesa, dada á conocer en el material folklórico del capítulo II, que habla de un basilisco habitando el fondo de un pozo. Si el pozo estaba seco, nada había que añadir; pero si era al contrario, ¿cómo relacionar esto con lo dicho por Martín del Río? ¿Es que el agua de aquel pozo no era pura y cristalina? De cualquier modo, resulta admisible lo que dije al final del párrafo III del capítulo VI.

Mr. Borel pretende, para dar condiciones de verosimilitud á la existencia del basilisco, hacer extensivo su horrible poder á otros seres. Y al efecto, se lo endosa nada menos que á un hombre. La cuestión tácita que en esto se contiene, ó sea relacionar al basilisco con otros asuntos de la tierra, veremos de observarla con más detención al final.

CAPÍTULO X

El basilisco en el siglo XVI.

I. *Saber popular.*—Lo hacen constar dos autores respetados del siglo XVI. Laguna dice que «era vulgar opinión y ridícula la de que el basilisco nacía del huevo de un gallo viejo, y por eso le pintaban semejante á un gallo, con cola natural de serpiente, la cual forma de animal no se halla *in rerum natura*, de modo que la debemos tener por quimera.» Aldrovando dice: «El vulgo, describiendo al basilisco, le alude con el nombre de *diosa coronada;* pues aquél se distingue por la mancha blanca en la cabeza, como dice Plinio, ó por las tres crestas en la frente, como dice Galeno.»

II. *Viajeros.*—Joly, ya conocido nuestro, amplia las noticias que hemos transcrito en el capítulo último, con el testimonio de dos viajeros. Según él, Thevet, (1) señala al basilisco dos pies de longitud, y lo describe diciendo que «es grueso hasta la mitad del cuerpo, su cabeza es monstruosa en proporción con aquél; tiene los ojos relucientes, dos manchas blancas sobre la cabeza, y el color leonado.» El padre Rocher vió, en su viaje á la Palestina, un basilisco muerto, «largo de pie y medio, tirando á

(1) Creo se refiere Joly á un viajero francés del siglo XVI, llamado José Thevet.

rojo; su piel era áspera, su cabeza sobradamente larga, apercibiéndose sobre ella una especie de cresta formada por seis tubérculos ó escrecencias, á modo de corona.»

Feijóo, repitiendo que niega sea el veneno del basilisco tan eficaz como se decía, cita otros dos autores, colocando en primer término á Jerónimo Mercurial, médico italiano del siglo XVI, quien dice vió el cadáver de un basilisco entre las cosas raras del gabinete del emperador Maximiliano (1). A lo cual responde aquél que lo visto por Mercurial podría ser una de las serpezuelas que cita Lemnio, ó tal vez artificial como el de la Biblioteca real de Madrid. El otro autor citado es Levino Lemnio, el cual dice (2) que en Sajonia hay un género de serpezuelas semejantes en la figura, pero muy inferior en la ponzoña al basilisco, pues los rústicos del país las acometen y matan á cada paso.

---

(1) Mercurial escribió un libro intitulado *De venenis*. Según la época en que vivió este médico, parece referirse al gabinete de Maximiliano II de Alemania.

(2) En su obra *De ocultis naturæ miraculis*, libro 4, cap. 12. Feijóo no da más noticias acerca de Lemnio, citado también por Aldrovando como médico eminente, y yo sé en qué tiempo vivió: mas copiando el primero de los nombrados las palabras de Lemnio al lado de las de Mercurial, dejolas en el orden que las ví. ¡Eran tan parcos nuestros abuelos en decir de donde tomaban ó habían aprendido lo que escribían! De tal modo se puede ser á poca costa gran inventor ó sabio. No se tachará de tal pretensión á la mayoría de los que hoy escriben.

III. *Recopiladores.*—1.º El doctor Andrés de Laguna, en la traducción que hace del libro de Dioscorides, libro tan curioso como raro, amplía las noticias que da el segundo, diciendo: «El basilisco, no solo mordiéndonos introduce su ponzoña por los miembros mordidos, empero también de hito en hito mirándonos, le suele arrojar como saeta de amor por nuestros ojos á las entrañas: aunque para que pueda enclavarnos, cumple que le miremos juntamente nosotros, de arte que los rayos visuales se encuentren: y este es el más sutil y delicado veneno de todos. Es el basilisco una serpiente luenga de un palmo y algún tanto roja, la cual tiene encima de la cabeza tres puntas de carne un poquito elevadas, y en derredor de ellas un blanco círculo, á manera de una corona; por razón de lo cual le llamaron Basilisco los griegos, y Régulo los latinos, que quiere decir reyezuelo. Nace y hállase muy frecuentemente esta fiera en la región Cyrenáica; su malignidad es de tanta eficacia, que con su resuello corrompe todas las plantas por donde pasa, y con su silbido extermina las otras fieras. La misma facultad de matar tiene la llamada Catoblepa que describe Plinio. Es enemiga capital del basilisco la Comadreja, porque no solamente viva le mata ó persigue, empero también quemada y bebida con vino es remedio único contra sus mordeduras.» (1)

---

(1) *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortiferos*, escrito en griego por Pedacio Dioscórides Ana-

2.º En las anotaciones é ilustraciones que en la traducción del libro V del *Hormiguero* de Nyder, puso el Sr. Montoto y Vigil (1) se lee en la *Velada cuarta* que una D.ª Oliva Sabuco de Nantes Barrera, natural de Alcaráz, publicó en el siglo XVI un libro de filosofía y medicina, sumamente peregrino (2), donde, hablando del *aojar*, ó sea de un veneno que se pega al aire y entra por los ojos, boca ó narices, llegando hasta el cerebro, se ocupa también del basilisco copiando la descripción de Plinio; y añade que también la Catoblepa «mata con la vista, y por esto tiene (providente natura) tan gran cabeza y pesada, que siempre mira á la tierra y con dificultad la alza, criándose cerca de la fuente Nigris, cabeza del río Nilo.»

3.º Uno de los recopiladores que más han dicho

---

zarbeo, y traducido al castellano por el doctor Andrés de Laguna, médico del Papa Julio III (págs. 573 y 609.—Salamanca. 1856.) En la parte que copio de esta obra, que tradujo el reputado médico español á principios del siglo XVI, suprimo la escritura ortográfica de su tiempo, en gracia á la claridad.

(1) Este libro quinto, *De los maleficios y los demonios*, escrito en la primera mitad del siglo XV, por fray Juan Nyder, y traducido poco antes de morir por D. José M.ª Montoto, ha estado en manuscrito hasta que, por galante cesión de su señor hijo D. Luis, se comenzó á imprimir en el tomo segundo de esta biblioteca.

(2) La escritora mencionada hizo acompañar su libro de una carta dirigida al Rey Felipe II, en la que decía, entre otras cosas *sui generis:* «Este libro faltaba en el mundo, como otros muchos sobran.»

acerca del basilisco ha sido el célebre naturalista Aldrovando (1), ocupándose de él en varios de los capítulos y libros de su colosal *Ornithología.* (2) «Los griegos llaman á cierta serpiente basilisco, y los latinos Reyezuelo, teniéndose tal animal por mitológico. Es tan dañoso, que al decir de varios, mata al sér humano con la mirada, el silbo ó un mordisco. No falta quien siga la opinión de los antiguos, creyendo nace la cruelísima fiera del huevo del gallo. Galeno hace mención del basilisco. Hemos leído la historia de esta serpiente en Plinio y también en Eliano, pero Plinio no dice que esté fortificada con tres crestas en la cabeza, como dice Galeno, sino que ostenta una mancha blanca en la misma, á modo de notable diadema.» (3)

«Nicandro describió el basilisco silvestre, conti-

(1) Ulises Aldrovando, llamado el Plinio Moderno, nació en 1527. Según los datos biográficos que tengo á la vista, pasó toda su vida y gastó su hacienda en viajar por Europa, reuniendo materiales para su Historia Natural. y murió pobre y ciego en 1605 en el hospital de Bolonia, su ciudad natal.—Tributemos un cariñoso recuerdo á aquel desgraciado *ponófilo*, que dejó al morir una parte publicada de su *Ornithologia,* monumento de ciencia en 30 tomos en folio; obra poco común, cuya confección, aunque deficiente en nuestros días, pasma y maravilla.

(2) La edición que consultamos, escrita en *un latín de todos los diablos*, está hecha en Bolonia desde fines del siglo XVI á principios del XVII, é impresa é ilustrada con multitud de grabados por varios artífices.—Debo la traducción, que publico del mismo original, á mi amigo D. José Villegas.

(3) Libro 17. Cap. 1.º

núa Aldrovando, y otros autores describen los domésticos, que también los hay, diciendo que carecen de huesos y es muy dura su piel, como para resistir golpes bastante fuertes. El basilisco se excluye del género de las ranas venenosas y del género de los sapos. En Marchia y en la jurisdicción del abad de Zinnenzis, junto á la ciudad de Luckunuvaldam, me tocó ver tal serpiente, muerta por un pastor. Tenía la cabeza aguzada, color rojo más ó menos azafranado, su longitud era de más de tres palmos, estaba muy gorda, los pelos del costado encrespados, muchas motas blancas muy hermosas en el vientre, su piel tirando á color celeste, boca desproporcionada al cuerpo. El pastor que la mató con una hacha afilada, me contó que aquella suerte de basiliscos se comía á las serpientes y otros animales, excepto á los *bonazos*, de cuya raza ha nacido (1); habita generalmente entre los árboles, y con especialidad en el lugar que hay avellanos, se deleita con la leche, y por lo tanto, hiere con su veneno las tetas de las vacas, y éstas mueren. Todas estas cosas las cree el que quiera creerlas, yo pienso permanecer firme en mi creencia, y nadie me persuadirá de ella. Ciertamente la fábula de la concepción de los gallos es parecida á la

(1) Según Aldrovando, los *bonazos* son las gallinas silvestres, llamadas con más propiedad *avellanas* (por habitar entre los avellanos), y las cuales ponen sus huevos entre los leños.



de que cierta esperma echada en la tierra, produce la generación de las serpientes.» (1)

IV. *Resumen y consideraciones.*—Tenemos ya admitido que la tradición relativa á la generación del basilisco, se encontraba también en el pueblo del siglo XVI. Aldrovando dice que en su tiempo se aludía al animal con el dictado de *diosa coronada*, y éste tiene muchos puntos de contacto con el *demonio coronado* que hoy se le da de vez en cuando. Recuérdese para el caso la frase tercera del material folklórico inserto en el primer capítulo.

En este otro observamos varias descripciones que convienen en señalarle la forma de serpiente, y se detienen en particular en la cabeza, donde se dividen las opiniones en si tiene corona ó mancha. Entre los que dicen que tiene corona, formada por tubérculos ó escrecencias, hay unos que las numeran en seis y otros en tres. El dibujo que veremos después marca siete. Todos están conformes en reconocer el fuerte y característico poder del basilisco, y sin embargo, algunos dicen lo han visto y examinado. ¿Y cómo no han muerto?

Parece desprenderse de aquí que se ha querido ver en reptiles reales, que entre ellos los hay llamados del mismo modo, al basilisco célebre. Detiénese Aldrovando en referir el suceso del pastor y describir

(1) Libro 13. Cap. 11.

el animal, y esto aumentaría la duda, si no observásemos que las cualidades señaladas al reptil que vió en Marchia no son sobrenaturales, y que establece la extraña división de basiliscos silvestres y domésticos, que yo tomaría, sin querer equivocarme, como fabulosos, ó sean los del mito y reales, ó sean los que se ven, se matan y se conservan, como se hace con otros animales venenosos ó no.

En este capítulo es donde podemos ver más acentuado el deseo de extender á algún otro sér la cualidad característica del basilisco, y así se hace señalándola también á la catoblepa. Repítese que la comadreja es enemiga irreconciliable de aquél, y en general, todo lo demás transcrito se hermana con lo dicho por otros autores posteriores y pensado en otros tiempos.

CAPÍTULO XI.

El basilisco en el siglo de oro de nuestra literatura.

I. *Preámbulo.*—En los siglos XVI y XVII la poesía del llamado *siglo de oro* de nuestra literatura se ocupó también del basilisco, del mismo modo que se aprovechó de cuantos elementos populares tuvo á bien, y de las mitologías y de lo maravilloso que proporcionaba ancho campo para el efecto poético. Muchas citas pudieran hacerse y no menos pasajes pu-

dieran señalarse de las obras de aquel tiempo (1) que demostrasen la generalización de una idea y la influencia del mito en todas las esferas de la publicación. Basten los trozos que siguen y los nombres imperecederos que los apadrinan.

II. *Los prosistas.*—Mateo Alemán dice en el *Guzmán de Alfarache* (2): «La gente villana siempre tiene á la noble (por propiedad oculta) un odio natural, como el lagarto á la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolín, el langostín al pulpo, el delfín á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza, y otros deste modo, que si preguntáis deseando saber qué sea la causa natural, no se sabe otra más de que la piedra imán atrae á sí el acero, el eliotropo sigue al sol, *el basilisco mata mirando*, la celidonia favorece la vista.»

Fernando de Rojas, en el prólogo de *La Celestina,* dice: «Entre las serpientes, *el basilisco* crió la natura tan ponzoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silbo las asombra y con su venida las ahuyenta y disparce y con su vista las mata.»

III. *Los poetas.*—Rojas Zorrilla pone en boca

(1) Mi querido amigo D. Juan A. de Torre Salvador, Presidente del centro folklórico de Guadalcanal, á quien debo las citas y copias que transcribo, tiene numerosas acotaciones en las obras de los AA. españoles acerca del basilisco; pero nos falta tiempo material para irlas entresacando.

(2) Parte primera, libro I, cap. VIII.

de un personaje de su comedia *La traición busca el castigo*, esta amenazadora pregunta:

«¿No sabéis que si me indigno,
Serán mi voz y mis ojos
Para daros el castigo,
Si ella incapaz, rayos ellos,
Inmortales *basiliscos?*»

El Fénix de nuestros ingenios, Lope de Vega, abunda, como en todo, en alusiones y referencias al basilisco. Véanse á continuación los trozos de sus comedias en que esto sucede, seguidos de los títulos de las mismas.

«¿Cómo el *basilisco* mata
Con solo llegar á ver?

(*El mejor alcalde el rey.*)

«Si matan los Castelvines
Con *basiliscos* mirando,
¡Oh, quién fuera de su bando!»

(*Castelvines y Monteses.*)

«..... porque un príncipe
Tiene en la voz la espada, de la suerte
Que el *basilisco* en la mirada fiera.»

(*El gran duque de Moscovia.*)

«Ya *basilisco* en la vista,
Ya cocodrilo en el llanto.»

(*D. Juan de Castro.*—2.ª parte.)

«Advierte que es *basilisco:*
Pon á tus ojos defensa.»

(Adónis y Vénus.)

No des gritos,
Sino advierte que tú eres
Niño pequeño, Cupido,
Y que en picando en los ojos,
Como fiero *basilisco,*
Dejas en el alma y pecho
Más fuego que en el abismo.»

(Adónis y Vénus.)

—«*Basiliscos* en Arabia.
. . . .
—Cocodrilos, *basiliscos*
Y leones albaneses
En un serafín divino.»

(Mirad á quien alabáis.)

«De los reyes el poder
Es *basilisco* en la vista.»

(El hombre de bien.)

«¿No hay Beltrán secreto fuego?
¿No hay minas? ¿No hay *basiliscos?*»

(La Portuguesa y dicha del forastero.)

«Tiene el duque de Alanzón
Una hermana, un *basilisco*
De las almas por los ojos.»

(Más pueden celos que amor.)

«Amor sin ojos nació
Y así al *basilisco* fiero
Los hurtó, porque primero
Mata el que al otro miró.»

(*El desprecio agradecido.*)

Nuestro gran Calderón de la Barca, dice:

«Hecho de heridos despojos,
Tiene de Sirena el canto,
Y de cocodrilo el llanto,
De *basilisco* los ojos
Los oídos, para enojos,
Del áspid.»

(*El mayor mónstruo los celos.*)

..... «¡Ojalá fuera
Basilisco de amor á mis despojos,
Áspid de celos á mi primavera.»

(*El médico de su honra.*)

IV. *Un romance.*—Nada menos que los honores de un romance, dedicado exclusivamente al basilisco, mereció éste del inmortal Quevedo, ingenio español de quien tanto tendrá que ocuparse la rama literaria del *Folk-Lore.* Con la exquisita gracia que distingue á Quevedo, búrlase éste de la tradición y sus detalles en el romance XXIII (1). Hélo aquí:

(1) *Thalia. Musa VI.*

EL BASILISCO.

Escándalo del Egipto:
tú que infamando la Libya
miras para la salud
con médicos y boticas:
Tú que acechas con guadañas,
y tienes peste por niñas;
y no hay en Galicia pueblo
que tenga tan malas vistas:
Tú, que el campo de Cirene,
embarazas con insidias,
y á toda vida tus ojos
hacen oficio de espías:
Tú, que con los pasos matas
todas las yerbas que pisas,
y sobre difuntas flores
llora Mayo sus primicias:
Á la Primavera borras
los pinceles que anticipas,
y el año recién nacido
en columbrándote espira:
Tú, con el agua que bebes
no matas la sed prolixa;
que tu sed mata las aguas,
si las bebes, ó las miras.
Enfermas con respirar
toda la región vacía,
y vuelan, muertas las aves
que te pasan por encima.
De todos los animales,

en quien la salud peligra,
y su veneno la tierra
flecha contra nuestras vidas.
  Tanto peligran contigo (*)
los que en veneno te imitan,
como los que son contrarios
al tósigo que te anima.
  Ansí, pues, nunca á tu cueva
Se asome Santa Lucía,
(que si el mal quita á los ojos
desarmará tu malicia.)
  Que me digas si aprendiste
á mirar de mala guisa
del ruín que se mira en honra,
de los celos, ó la envidia.
  Dime si te dieron leche
las cegijuntas, las vizcas;
si desciendes de los zurdos,
si te empollaron las tías.
  Ojos que matan sin duda
serán negros como endrinas;
que los azules y verdes
huelen á páxara pinta.
  Si está vivo quien te vió,
toda tu historia es mentira;
pues si no murió, te ignora;
y si murió, no lo afirma.

(*) González de Sala anotó el romance, en el verso señalado con el asterisco, diciendo: «La qualidad venenosa consiste en el exceso de calor ó frialdad. Es, pues, la sentencia de esta copla que tiene la ponzoña del *Basilisco* fuerza para ofender á todos los otros animales ponzoñosos, ansí sea su veneno excesivamente frío, ó caliente con exceso, como es el propio *Basilisco*. Ansí lo enseñan los Escritores Naturales.»



Si no es que algún *basilisco*
cegó en alguna provincia,
y con bordón y con perro
andaba por las ermitas.
Para pisado eres bueno,
que la Escritura lo afirma;
pues sobre tí y sobre el áspid
dice que el justo camina.
Llevarte en cas de busconas
es solo tu medicina,
pues te sacarán los ojos
por cualquiera niñería.

CAPÍTULO XII.

El Basilisco en el siglo III.

I. *Los autores latinos.*—Cayo Julio Solino, ma- compendiador de Plinio, dice: «El aliento del basilisco es tan pestilencial, que corrompe el aire; si un pájaro vuela á poca distancia, es en seguida sofocado. Las serpientes se estremecen al oir su silbido; las aves de rapiña le tienen el mismo horror; lo que el basilisco ha tocado no puede ser comido por ningún animal. Cuando anda, la mitad de su cuerpo se arrastra, la otra se sostiene recta. Asola y quema la tierra por donde pasa.» (1)

II. *Los griegos.*—El compilador Claudio Aeliano

(1) *Polyhistor*, lib. 40. Citado y traducido por J. R. Joly.

escribe: »El basilisco, poseedor de innúmeros privilegios, sólo teme al gallo, el cual con su canto parece impone respeto al generoso león y otras fieras. Ninguna otra ave pasaba al lado del basilisco sin ser castigada, es decir, dividida con su aliento pestilencial. También todas las serpientes se horrorizan con su silbido, y nadie, absolutamente nadie, puede tolerar su presencia, á excepción del gallo, que si al correr es visto por el basilisco, se estremece éste, y tanto temor se apodera de su ánimo, que muere. Hace cría el basilisco en las inmensas soledades de la Cirenaica, en aquellos malos terrenos donde no se puede soportar la peste. Los naturales marchan por ellos, llevando de compañero un gallo que va delante, á fin de espantar con su canto á la cruelísima fiera.» (1)

III. *Ampliación.*—Hemos dado un salto no pequeño, que recuerda el que un andalúz refirió á un titiritero, desde el siglo XVI al III: viéndome precisado á ello por carecer de datos que sean del tiempo callado, creyendo, no obstante, los habrá muy numerosos.

Ni Solino ni Aeliano se detienen á describir el basilisco, sino á referir los terribles efectos de su existencia. Márcase expresamente en sus escritos la incombatible superioridad del gallo, que la tradición

(1) *Historia de los animales*, cap. 5 del lib. II. (Citado y copiado por Aldrovando en el lib. 14 de su *Orthinologia.*)



hace progenitor, hacia el animal que no tiene igual en la tierra.

Y ya desde estos autores comenzamos á notar más puro el mito, si cabe; menos extensión en las relaciones del mismo, y la tradición más concretada á la causa que la motivó, pareciendo como que se va descartando de adiciones y enmiendas posteriores. Posible es que tal cosa suceda porque no hayamos consultado todo lo necesario, ó porque los autores, al copiarse unos de otros, hayan suprimido parte de sus noticias. Sea de ello lo que quiera, reproducido está lo que sé.

CAPÍTULO XIII

El basilisco en los siglos II y I.

I. *Descripción de Plinio.*—«Él basilisco tiene la fuerza de la serpiente, se cría en la provincia de Cirene, su magnitud no es grande, tiene una mancha blanca en la cabeza, como cierta diadema hermosa. Todas las serpientes se ahuyentan con su silbo, no empuja el cuerpo con vueltas multiplicadas como las demás, sino que, apoyado en su parte media, marcha con la cabeza erguida. Destruye los arbustos, no con el contacto, sino con el aliento; quema las yerbas y todo lo rompe ó destruye. Su fuerza es terrible. Creen algunos que si pasa cerca de él un hombre montado

sobre un caballo, éste muere y aquél no. Tal mónstruo, que se le ve como rey de los demás, reparte su ponzoña por todos lados, agradando á la naturaleza criar este reptil sin igual, que habita en cavernas llenas de podedumbre.» (1)

Y añade el mismo, en otro lugar, (2): «El basilisco, que mata á los reptiles con el olfato, y mama ó chupa como las serpientes, dícese que produce la muerte al hombre con solo mirarlo. Los Magos celebran la sangre del basilisco con muchas alabanzas; reunida con peces de varios colores y gran cantidad de agua clara, hacen un licor rojo que brindan á las Potestades para que les concedan todas sus peticiones, y ruegan á los Dioses para que sirva aquella mezcla ó manjar de remedio á todos los males: llámanla *amuleto de los beneficios*, y otros le denominan *sangre de Saturno.*»

II. *Descripción de Galeno.*—«El basilisco es una bestia corrompida, y está fortificada con tres crestas en la frente: con su silbido y su mirada mata á cuantos le oyen y ven, y si cualquier animal le toca, áun estando muerto, al punto muere. De aquí que todo género de animales se guarda de habitar próximo á él.» (3)

(1) *Naturalis Historiæ* con notas y comentarios de Gronovio.—Libro 8, cap. 21.—(Lugduni, Batavia et Rotevodami. 1669.—Librería Hackiana.)
(2) Libro 29, cap. 4.
(3) En su libro de *Theriaca.*—Citado y copiado por Aldrovando.

III. *Indicaciones.*—Dioscórides Anazarbeo, célebre médico y botánico griego, de fines del siglo I, cuya obra nos ocupó en el párrafo III del capítulo X, sigue á Erasistrato al recetar contra la mordedura del basilisco.

La descripción de Plinio abre ancho campo de investigación á los mitógrafos y entendidos en la historia primitiva de la humanidad. En esa descripción parece distinguirse una base de comparación con otros mitos y antiguas creaciones de razas amigas de contemplar la naturaleza virgen y potente, y explicándose sus observaciones celestes con los signos que juzgaban más adecuados, y que podían manejar con facilidad.

CAPÍTULO XIV

Nuestra lámina y las descripciones del basilisco.

I. *El grabado.*—Lo he calcado, y hecho reproducir exactamente en la piedra, del dibujo que, con otros de arquitectura, botánica y zoología sagrada, tiene Joly (1), al final de su obra. Éste dice que lo ha tomado de Aldrovando, y, sin embargo, yo no he podido dar con él en la *Ornithología;* llena de grabados y figuras, de las que algunas son tan raras y estrambóticas, que merecen reproducirse; á pesar de

(1) *La Geographie Sacrée*, *etc.*, ya citada.

haber examinado dos ejemplares, en sus distintos tomos, de la misma. Tal vez aquellos ejemplares no estarían completos, mas parece anómalo que no se inserte el dibujo del basilisco en los volúmenes donde se habla de él tan extensamente.

II. *Las descripciones comparadas.*—Como las varias descripciones que conocemos ya del basilisco difieren entre sí, vamos á tener que convenir en que no se conoce al basilisco, ó que los hay de distintas clases, por la forma. Opino que ninguno de los autores ha visto el basilisco, sino que ha tomado como tal cualquier animal poco conocido, y á él le han colgado el milagro. Teniendo nosotros al lado la lámina, ésta nos servirá de punto de comparación relativa, y no digo cierta, porque no sé en qué se pueda fundar tampoco la creencia de que este dibujo sea el que represente al animal mitológico, tal y como lo concibieran en su principio.

Nuestro pueblo dice que es un *bicho muy raro.* En las enciclopedias consultadas del presente siglo hemos visto que se le aplican formas diferentes, las cuales son: 1.ª, dragón en miniatura; 2.ª, gallo con cola de dragón, según lo pintaban los artistas de la Edad Media (1); 3.ª, serpiente con ó sin alas, viéndose también con alas de mariposa, concordando con estos datos el dictado de *volador* de la Biblia; 4.ª, con

(1) Véase, para recordar estos datos, todo el cap. VI.



cabeza, cuello y patas de gallo, en señal de ser éste el progenitor del basilisco. Nuestro grabado carece de todos estos caracteres. Veamos, repitiéndolas, las descripciones del siglo XVI.

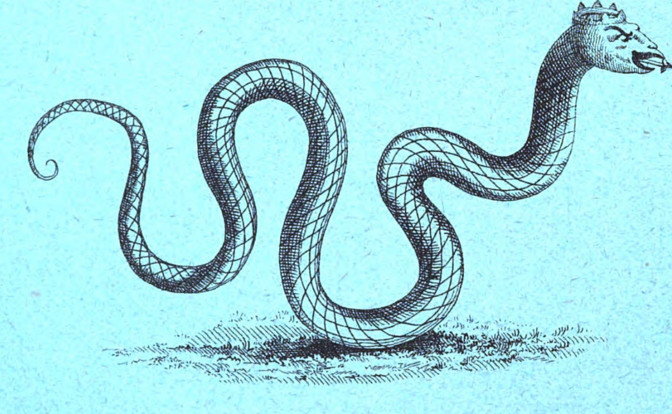
1.ª El basilisco, según Thevet, es grueso hasta la mitad del cuerpo, su cabeza es monstruosa en proporción con aquél; tiene los ojos relucientes, dos manchas blancas sobre la cabeza, y el color leonado.

2.ª Según el padre Rocher, era largo de pie y medio, tirando á rojo; su piel era áspera, su cabeza sobradamente larga, apercibiéndose sobre ella una especie de cresta formada por seis tubérculos ó escrecencias, á modo de corona.

3.ª Según Laguna, traduciendo á Dioscórides, es una serpiente luenga de un palmo y algún tanto roja, la cual tiene encima de la cabeza tres puntas de carne un poquito elevadas, y enrededor de ellas un blanco círculo, á manera de una corona.

4.ª Según Aldrovando, la suerte de basilisco que vió tenía la cabeza aguzada, color rojo más ó menos azafranado, su longitud era de más de tres palmos, estaba muy gordo, los pelos del costado encrespados, muchas motas blancas muy hermosas en el vientre, su piel tirando á color celeste y boca desproporcionada al cuerpo. (Esta descripción se me antoja es de un reptil que nada tenía que ver con el basilisco célebre, como dejo apuntado en el párrafo IV del capítulo X.)

El Basilisco



Copia de un grabado antiguo.

De estas descripciones, la primera conviene con la de Plinio; la segunda con la de Galeno; y la tercera con ambas, puesto que reune en la cabeza del basilisco las puntas y la mancha. En efecto, el naturalista romano dice que «la magnitud del basilisco no es grande, tiene una mancha blanca en la cabeza, como cierta diadema notable, y no empuja el cuerpo con vueltas multiplicadas como las demás serpientes, sino que, apoyado en su parte media, marcha con la cabeza erguida.» Y Galeno dice que la tal bestia está fortificada con tres crestas en la frente.

Nuestro grabado, pues, conforma, en *bulto* al menos, con lo dicho por Plinio, á excepción de las puntas en la cabeza, apareciendo con siete en vez de las tres que le señala Galeno. Tanto el uno como el otro número, sabido es que tienen gran prestigio y figuración en lo maravilloso popular, y en todas las concepciones religiosas.

CAPÍTULO XV

El basilisco antes de nuestra Era.

I. *Modo de curar su mordedura.*—Erasistrato (1), en el libro que hizo acerca de los venenos mortíferos y sus remedios, dice: «Al morder el basilisco, la herida se vuelve amarilla, y cuasi de la color del

(1) Médico griego nacido 257 años antes de J. C.

oro, siendo remedio saludable contra la mordedura, una dracma de castoreo bebida con vino, y también el opio.» (1)

II. *El basilisco en Egipto.*—Aldrovando, en su obra citada, (2) dice, hablando del ave Ibis: «Todos los de la antigüedad, refiriéndose á Prierio, nos han trasmitido que el basilisco nace del huevo del Ibis, el cual, estando lleno de toda clase de venenos, hace que el basilisco sea tan venenoso.» (3)

Abundando en lo mismo algunas obras modernas de Historia Natural, amplían la noticia en estos ó parecidos términos:

El ave Ibis, del orden de las zancudas, que se alimenta de toda clase de reptiles, era sagrada en Egipto, donde se castigaba fuertemente á quien matare una. Natural es que el pueblo la adorase y supusiere divina, pues, al decir de antiguos historiadores, «enjambres de pequeñas serpientes venenosas, salidas del légamo caliente de los pantanos, que oscurecían la luz del día, hubieran causado la ruina del Egipto, á no haber salido las Ibis á su encuentro, para comba-

(1) Tomado de la citada traducción de Andrés Laguna en la nota 54.

(2) *Ornithología.* Libro 20, cap. III.

(3) Al Ibis se tributó culto en Egipto como á otros animales, del mismo modo que se formaron los mitos solares de tanta popularidad como el de *Osiris* y el de *Râ.* (Puede consultarse el *Compendio de Historia Universal*, por Manuel Sales y Ferré. Tomo I. 1883.)

tirlos y exterminarlos.» (1) Prierio dice que el basilisco nacía de un huevo del Ibis, formado dentro de esta ave por los venenos de todas las serpientes que devora. Y parece que algo del terrible poder del basilisco tiene su progenitora, pues tocando con una de sus plumas al cocodrilo y las serpientes, quedaban inmovibles, como por encanto, y hasta solían morir en el acto.» (2)

III. *Una conjetura extraña.*—Citando de nuevo á Joly, capuchino francés del siglo XVIII (3), transcribo una nota suya, concebida en estos términos: «Eugubino (4) cree que la serpiente que tentó á Eva era un basilisco, ó por mejor decir, que el diablo había tomado la forma del basilisco.»

(1) En la casa vulgarmente llamada de Pilatos, en Sevilla, existe, y se tiene en cuenta para conocer como en Hispalis se profesó el culto egipcio durante los primeros siglos de la dominación romana, existe, repito, un precioso pedestal, en vano buscado mucho tiempo, que sostuvo una estatua de la diosa Isis, diosa del cielo, esposa y hermana de Osiris, cuya estatua era del peso de *ciento y doce y media libras de plata.* En el pedestal se encuentra esculpido el *Ibis*, con Anubis, hijo de Osiris y, en otro lado, este mismo con el Alcón consagrado. (Consúltese la *Historia de la ciudad de Sevilla*, por Joaquín Guichot, tomo I y *Atlas*, 1875.)

(2) La precipitación con que preparo el original para su impresión en esta *Biblioteca*, á fin de no paralizar los trabajos de los cajistas, me impide extenderme en nuevas consultas y acopiar más datos relativos á la significación é historia del Ibis, y por ende del basilisco, en Egipto, averiguando también quién fué Prierio y tomando conocimiento de sus escritos.

(3) Véase el párrafo segundo del cap. VII.

(4) En vano he trabajado para averiguar quién es el tal Eugubino.

IV. *Consecuencias y ampliación.*—Volvemos á encontrar otra referencia al basilisco natural en la receta de Eraristrato, la cual nada ó muy poco se relacionará con el fabuloso ó el célebre, puesto que si éste mataba con la vista, no daba tiempo al observador para ser mordido, y menos aún para curarse, cuando el veneno de aquel animal era tan eficaz y terrible.

Las palabras de Prierio y la tradición egipcia quitan base á la opinión de que el basilisco fué un fantasma creado por la imaginación de griegos y romanos. En otro lugar dije que habría necesidad de ir más lejos á buscar el origen del mito, en el caso de que algún investigador se propusiese indagarlo. No sólo es más antiguo el culto á los animales en Egipto que las mitologías de Europa, sino que también podemos observar, en apoyo de lo indicado, que los datos y relaciones suministradas por los más antiguos autores que he podido copiar, nos dan *la cosa formada*, por decirlo así; en ninguno se descubre referencia á punto de partida determinado ó lugar de donde se desprendan las subsiguientes noticias y transformaciones.

Respecto á la peregrina creencia de Eugubino, paréceme debemos tenerla por conjetura propia más ó menos exacta y no por dato cierto; entendiendo aquí por dato cierto el dato cuando tuviera referencia con alguna tradición ó antigua creencia histórico-popular.

Al efecto, consulté las tradiciones varias que se refieren al estado primitivo del hombre, en algunas de las cuales el árbol del Paraíso juega tanto papel, y no he hallado cosa relativa al basilisco ni á su nombre; tanto en la tan conocida hebrea, la árabe, la pérsica, la búdhica y la griega, que convienen en señalar al primer hombre un estado feliz y de bienaventuranza, como en la egipcia, la caldea, la china y la peruana, que, oponiéndose á las anteriores, afirman el estado salvaje como peculiar del hombre primitivo. Tanto el uno como el otro extremo, dicen los historiadores, no puede resolverse por ellos mismos, sino por el estudio de los hechos. La ciencia destruye todas las primeras (1).

CAPÍTULO XVI

El basilisco relacionado.

I. *Consideraciones.*—De las descripciones y doctrina expuestas se deduce que el basilisco no tiene igual en la tierra. ¿Dónde otro silbido, dónde otra mirada tan venenosa y sutil como la del basilisco, tan fuerte al mismo tiempo, y tan activa que produce sus terribles efectos en el mismo animal que la po-

(1) Consúltese para ampliar este punto la *Mythologie des Plantes*, de Angelo de Gubernatis. (Tomo I, París, 1878); y en particular *El hombre primitivo* y *las tradiciones orientales*, por Mannel Sales y Ferré. (Sevilla. 1881).



see? Dentro del reino animal no existe ser igual al basilisco, ni se conserva memoria de haber existido, pues áun en los períodos de la mal llamada *edad prehistórica*, cuyo conocimiento ha motivado una revolución científica tan inmensa como útil, no hubo un indivíduo de su Zoología que tuviese la terrible propiedad característica del basilisco.

Aparte de representaciones simbólicas que se le han atribuído y de creencias algo variadas que acerca de él se han tenido, en ningún otro orden de conocimientos, en ninguna otra esfera de lo real podemos hallar relaciones directas con nuestro fabuloso animalejo. Tan sólo en el terreno de lo mitológico se encuentran, no como concepciones idénticas, sino como puntos de semejanza, las relaciones que el mito del basilisco tenga con otros, á fin de establecer comparación. De ésta resulta, en efecto, que aquél es muy singular. Algunos de esos puntos de semejanza los encontramos, dentro de la mitología griega, en la cabeza de Medusa (1). y dentro de la verdaderamente popular antigua, en la Catoblepa, al decir de algunos, aunque pocos, escritores y recopiladores.

Veamos aparte ambos asuntos.

II. *La cabeza de Medusa* (2).—El orígen que le seña-

(1) Ya llamó la atención de mi querido amigo, el reputado folklorista D. Eugenio de Olavarría y Huarte, la relación, no inmediata, entre el basilisco y la cabeza de Medusa.

(2) Entre otras muchas obras, pueden verse grabados de

la la Mitología está contenido en los datos siguientes:

Ceto y su esposo Torco, hijo de Neptuno, primero rey de Córcega y de Cerdeña y después dios marino, caudillo de los tritones y á las órdenes de su padre, tuvieron tres hijas: Medusa, Euriale y Estenio, que se conocen reunidas con el nombre de Gorgonas. Neptuno abusó de Medusa en el templo de Minerva, é irritada esta diosa con tal sacrilegio, convirtió los cabellos de Medusa en serpientes y concedió á su cabeza la célebre virtud que la distingue. Creíaseles á las Gorgonas con un solo ojo, del cual se iban sirviendo por su turno, con la cabeza rodeada de culebras, alas grandes, colmillos de jabalí con dientes y con garras de león en pies y manos. Como asolaban los campos y excitaban su crueldad en todos los caminantes, Perseo vistió los talares de Mercurio, las mató y cortó especialmente la cabeza de Medusa, de cuya sangre nació el caballo Pegaso, el cual, dando una coz en la tierra, hizo brotar la fuente Hipocrene.

Júpiter dió á Minerva la Egide, escudo cubierto con la piel de la cabra Amaltea, y la diosa clavó en él la cabeza de Medusa, para hacerla más terrible en la virtud que le concedió, y que consistía en el poder de convertir instantáneamente en piedras á cuantos la miraban (1).

---

esta cabeza en la *Mythologie figurée de la Gréce*, por Max. Collignon, (pág. 345.—París. 1883).

(1) Los datos están tomados del *Diccionario mitológico*,

La relación, pues, está marcada entre los términos consistentes en el poder de petrificar la cabeza de Medusa á quien la miraba y el de matar el basilisco á quien éste miraba, relación que no es suficiente para ocultar la diferencia habida entre ambas concepciones. Además el elemento mitológico primero es bastante posterior al del basilisco, procediendo cada uno de distinto estado del pensamiento humano en la antigüedad.

III. *La Catoblepa.*—Algunos de los escritores que hemos leído en anteriores capítulos no hallan otro punto de comparación con la mirada atribuída al basilisco más que la Catoblepa, en la que se ocupan ligeramente. Las obras enciclopédicas sólo dicen de ella que es una fiera de la Etiopía, á cuyos ojos el vulgo atribuía la facultad de matar con su ponzoña á los que la miraban, diferenciándose del basilisco en que éste mata á quien mira. Pero aún se acentúa la diferencia considerando que á nuestro *reyezuelo* no se le reconocen obstáculos que se opongan á los efectos de su mirada, mientras que la Catablepa tiene una cabeza tan grande y pesada que, no pudiendo levantarla, le impide realizar su poder: de lo que se deduce que no puede ser temible, y que poca importancia tiene la facultad de que no puede hacer uso.

---

inserto en la obra *Los héroes* y *las grandezas de la Tierra*, por el doctor D. Manuel Ortiz de la Vega, (págs. 722 y 740 del tomo octavo.—Barcelona. 1856).



Ni conozco, ni sé que tenga nuestro pueblo conocimiento de la existencia de la Catoblepa ó un recuerdo siquiera del poder que se le atribuye, y que puede denominarse *poder impotente.* Qué concordancia pueda existir entre los dos animales, aparte del punto de semejanza en lo de las facultades de su vista, ó qué consecuencia se pueda sacar de ellos, no es fácil determinarla con datos escasos y sin un estudio particular. Todos los autores son parcos en hablar de la Catoblepa. Y, por último, en ninguna de las obras modernas de Historia natural que he consultado se hace referencia, como sucede en contrario con el basilisco, á antiguas creencias ó datos mitológicos pertinentes á la fiera, cuyo nombre significa etimológicamente *mirar hacia abajo.* Con buen criterio dijo Feijóo (1) que la « fábula del basilisco puede ser que haya engendrado la de la Catoblepa, que es correlativa suya en la ponzoña, porque así como los ojos del basilisco matan á quien miran, los de la Catoblepa matan á quien los mira. Esto es lo que dice Plinio, aunque algunos autores posteriores, citándolo infielmente, le atribuyen la misma actividad que al basilisco de matar mirando. »

De este último párrafo se deduce que la Catoblepa no es comparable con el basilisco, así como de cuanto se lleva expuesto, que la fábula del segundo es singular.

---

(1) Véase el párrafo segundo del capítulo VII.

Á fin de tener un conocimiento más completo de la Catoblepa, veamos qué dicen los naturalistas acerca de la no fabulosa, extractando tres ó cuatro ideas generales que basten al caso.

Las *Catoblepas* constituyen una muy curiosa familia de los mamíferos. Mezcla de antílope, de buey y de caballo, distinguiéndose por su extraña y grande cabeza, son una verdadera caricatura de todos aquellos animales tan nobles y agraciados. Hay tres especies: el *gnu*, el *cocun* y el *gorgon* ó gnu rayado. Todos son raros en sus costumbres y movimientos; sus saltos y piruetas provocan la risa; lejos de acometer al hombre le tienen miedo, y muchas veces demuestran ser muy poco avisados, dejándose cazar á corta distancia. El *gnu* está muy bien dotado en los sentidos de la vista, el oído y el olfato, pero no lo está tanto por su inteligencia, pareciendo su mirada la de un animal loco. Los hotentotes cuentan mil fábulas acerca de este rumiante, y hasta los cazadores mismos, seducidos sin duda por el aspecto fantástico del animal, conviértenle en héroe de las más extrañas aventuras (1).

(1) *La Creación*, *Historia Natural*, escrita por una sociedad de naturalistas y publicada bajo la dirección del doctor D. Juan Vilanova y Piera, (págs. 165 y 166 del tomo segundo.—Barcelona, 1873).



CAPÍTULO XVII.

El mito del basilisco.

I. *Opinión.*—El mito del basilisco opino que no debe buscarse en la tierra, es decir, que su origen no ha tenido lugar en virtud de contemplación á cosas cercanas á la mano de los hombres que lo crearon, ni tuvo por objeto simbolizar un sér, fenómeno ó relación existente en la superficie de nuestro globo. Al menos esto es lo que parece desprenderse de la recopilación que he hecho y de los datos que he podido ordenar. Si la opinión expuesta no resulta equivocada, por estar fundada en falsa hipótesis ó estudio deficiente, después que nuevas pruebas y hechos viniesen á demostrar lo contrario á lo en ella contenido, forzoso será buscar el origen del mito en la llamada por los poetas bóveda azul. ¿Con qué determinaciones de tiempo y de lugar pudiéramos hallarlo? Para contestar se necesita más estudio y conocimiento del asunto. Tal vez se creara el mito cuando nuestras razas abuelas construían sus religiones y cosmologías con la observación celeste.

II. *Advertencia.*—Mas antes de pasar adelante, debo hacer una advertencia dirigida á los mitógrafos y no al vulgo erudito. Según he deseado dar á entender durante el curso de este material, y nada más que

material, trabajo, debemos huir de afirmar como cierto lo que no esté suficientemente probado con los hechos y los datos: el proceso científico actual, proceso de verdadera regeneración y reconstrucción, no tiene un rincón para dar posada á las visiones, fantasías, afirmaciones *porque sí*, deducciones atrevidas y doctrinas intencionalmente dirigidas y encaminadas. Por eso no debemos dar hoy como *artículo de fe* lo que mañana será *parecer vergonzante;* por eso dije y repito que lo expuesto en este capítulo no es más que una opinión particular, y añado que debo exponerla por tres razones: primera, porque se generalice y extienda esta clase de estudios con motivo de aclarar, afirmar ó destruir lo contenido en estas líneas y lo relativo á otros múltiples asuntos de lo *maravilloso popular;* segunda, porque se utilice cualquiera indicación que haya resultado buena y sirva para el plan general; tercera, porque se enmiende lo que deba ser enmendado.

III. *¿El basilisco en el cielo?*—Habrá podido observarse que en el concepto formado por los pueblos acerca del basilisco, y en las descripciones de los escritores y los recopiladores, aparte de pequeñas diferencias y apreciaciones que desaparecen ante la comunión de ideas y conformidad en la tradición, sobresalen entre todas las condiciones y caracteres del basilisco mitológico dos de los mismos, que aparecen como permanentes: uno relativo á su forma, la de

serpiente; otro á su manifestación de vida potente, lo que algunos dirían su misión, *el poder de matar con su vista*, poder que constituye el sello singular del basilisco.

Ahora bien: ¿qué hay en el llamado cielo que tenga esas dos propiedades? ¿Qué fenómeno natural pudieron observar los hombres de la antigüedad en la grandiosa bóveda que los subyugaba, que tuviese forma de serpiente ó apareciese anguloso y que con su vista ó brillo inmediato, penetrante, inconcebible, produjese con su fuerza incontrastable la ceguera del momento unas veces, ó la muerte *incontinenti*, la destrucción completa, el asolamiento total, otras no menos frecuentes?... Uno solo. *El rayo.*

Relacione el lector con esto el proceso y significación de las religiones primitivas, como la del *animismo*, originada por la tendencia del hombre, en la infancia de su vida, á personificarlo todo, primero los seres y objetos terrenos, despues los astros, especialmente el sol, por ser el más hermoso y bienhechor que observaba; y como la del *culto á los animales*, común á todos los pueblos y posterior á la adoración del mundo inorgánico y del reino vegetal. Y relacione también el lector los hechos que, pudiéndose citar entre muchos de igual índole, reproduzco á continuación sin comentarios.

IV. *El fuego.*—«Los habitantes de las islas Marianas creyeron que el fuego encendido por Magalla-

nes *era un animal* que se tragaba la madera, y habiéndose quemado los primeros que se acercaron á él, ninguno se atrevió á mirarlo sino de lejos, temiendo ser mordidos por el terrible animal.»

El descubrimiento del fuego fué para la humanidad el más importante adelanto en su civilización, haciéndole, hasta cierto punto, reina en la escala zoológica. Ejemplo muy curioso de la trascendencia que tuvo el mencionado descubrimiento en la educación es el hecho de haber originado algunas concepciones religiosas en la raza aria. Hélo aquí:

«El aparato que usaban los arias para encender fuego se componía del *pramanthâ*, palo giratorio, y del *swastika*, (*arani* según Kühn), dos maderos colocados el uno sobre el otro en forma de cruz, con un pequeño hueco en el punto de intersección, en el que se apoyaba la punta del *pramanthâ*.—El fuego tuvo su madre, *Maya*, y su padre, *Twastri*, el divino carpintero que fabricaba el *pramauthâ* y el *swastika*, cuyo frotamiento engendraba al hijo divino, *Ágni*, (en latín, *Ignis*), el cual se llamaba *Akta* (*ungido*, Kristos), cuando los sacerdotes derramaban sobre su cabeza el espirituoso *soma*, y sobre su cuerpo la *manteca* purificada del sacricio.—Este procedimiento para encender fuego condujo á la idea de la reproducción sexual, como muestra un himno del *Rigveda*...» (1)

(1) Datos tomados de la *Prehistoria* y *Origen de la ci-*



Tales son los datos que he recogido y las consideraciones que me han sugerido los mismos, sobre lo que no he vacilado en llamar *el mito de basilisco.* Como decía en el prólogo, á otros toca ampliar y aclarar-lo que tan ligeramente dejo apuntado.

---

vilización, por Manuel Sales y Ferré, (págs. 251 y 257 del tomo primero. — Sevilla, 1880).

JUEGOS INFANTILES

DE

EXTREMADURA

RECOGIDOS Y ANOTADOS

POR

SERGIO HERNÁNDEZ DE SOTO,

Socio del *Folk-Lore Andaluz*
y honorario del *Extremeño*

TERCERA SERIE

Juegos de niñas de cinco años en adelante.

1.

A la limón.

Divídense las niñas en dos bandas, que se ponen frente á frente cogidas de la mano. Una de las bandas se adelanta hacia la otra y vuelve á retroceder, diciendo:

1.ª—A la limón, á la limón,
La fuente se ha caído.

Repite la otra banda el mismo movimiento de avance y retroceso, diciendo:

2.ª—A la limón, á la limón,
Mandarla componer.
1.ª—A la limón, á la limón,
No tenemos dinero.
2.ª—A la limón, á la limón,
Nosotros lo tenemos.
1.ª—A la limón, á la limón,
Pasen los caballeros.
2.ª—A la limón, á la limón,
Nosotros pasaremos.

Las niñas de la primera banda, levantan los brazos formando arcos, por bajo de los cuales pasan las de la segunda, soltando las manos, y empieza de nuevo el juego (1).

Zafra.

2.

San Serení.

En este juego, se cogen las niñas de la mano, formando rueda, y al par que van dando vueltas, dicen:

—San Serení,
A la buena, buena vida,
Hacen así,
Así los zapateros
Así, así, así.

Sueltan las manos, é inclinando el cuerpo, imitan con los brazos á los zapateros cuando están cosiendo. Vuelven á cogerse, y anda la rueda.

—San Serení,
A la buena, buena vida,
Hacen así,
Así los carpinteros
Así, así, así.

Imitan á los carpinteros cuando cepillan ó asierran, y de este modo van enumerando el trabajo de la costurera, planchadora, herrador, escribano, etc., etc.

Zafra.

(1) Este juego, así como los números siguientes hasta el 8.º, son conocidos en Andalucía.

3.

El Mambrú.

Cógense de las manos formando rueda, y haciéndola girar, dicen:

—Este es el Mambrú señores,
Que se cantará al revés.
¿Ha visto V. á mi marido
En la guerra alguna vez?
Mi marido es un buen mozo
Vestido de aragonés,
Y en la punta de la lanza
Lleva un pañuelo irlandés,
Que le bordé cuando niña
Cuando niña le bordé.

Zafra.

(Variante.)

—Mambrú se fué á la guerra
¡Viva el amor!
No sé cuando vendrá,
¡Viva la rosa de su rosal!
Si vendrá por la Pascua
¡Viva el amor!
O por la Navidad,
¡Viva la rosa de su rosal!
Vel ayí viene un paje
¡Viva el amor!
¿Que noticias traerá?
¡Viva la rosa de su rosal!
La noticia que traigo
¡Viva el amor!

Mambrú s' ha muerto ya,
¡Viva la rosa de su rosal!
Vel ayi con la caja
¡*Viva el amor!*
Un pajarito va,
¡Viva la rosa de su rosal!
Cantando el pío, pío,
¡*Viva el amor!*
Cantando el pío, pá,
¡Viva la rosa de su rosal!

Alange.

(Otra variante.)

—Mambrú se fué á la guerra
Montado en una perra,
La perra se cayó
Mambrú se reventó.

A esta última palabra, todos se tiran al suelo, y después continúa el juego.

Mérida.

4.

El Carabí.

Juégase en rueda como los dos anteriores.

—Qué hermoso pelo tienes,
Carabí,
¿Quién te lo peinará?
Carabí, hurí, hurí, hurá.
Elisá, Elisá,
La del Mambrú.
Lo peinará mi tía,
Carabí,

Con peine de cristal,
Carabí, hurí, hurí, hurá.
Elisá, Elisá,
La del Mambrú.

Zafra.

5.

Carrión.

Este juego suelen las niñas jugarlo, unas veces formando rueda como los números 2, 3 y 4; y otras se dividen en dos grupos como en el núm. 1. En ambas formas, cantan lo siguiente:

— Carrión, tira del cordón
Cordón de la Italia,
¿Dónde vas amor mío
Sin que yo vaya?
Carrión, tira del cordón
Cordón de Valencia,
¿Dónde vas amor mío
Sin mi licencia?

En el último caso, se cruzan las dos bandas, pasando una bajo los arcos que forma la otra.

Villafranca.

6.

La Viudita.

Las jugadoras, en número impar, forman corro cogidas de la mano, quedando dentro de la rueda una

niña que es la *viuda*. Empieza á girar la rueda, cantando al mismo tiempo todas:

—Soy viudita
Lo manda la ley
Quiero casarme
No encuentro con quien.

La de dentro, señalando á una y á otra, dice:

—No es contigo, ni contigo,
Ni contigo, ni contigo,
Solo contigo me casaré.

Se abraza á una niña, todas hacen lo mismo, y la que se queda sin pareja entra en la rueda y sigue el juego (1).

Zafra.

---

(1) El Sr. Giusseppe Pitrè, en su ya citada colección, trae varios juegos de rueda, entre ellos los números 150, 151 y 152, que son muy semejantes á los nuestros, y en los que el número de los jugadores es impar.

Polux en su obra *Onomasticón* (IX, 114) habla ya de estos juegos y cita el de *Los besos*, como muy conocido en Grecia y Turquía. Más adelante (IX, 125) habla de otro que titula *La tortuga*, y lo describe en esta forma:

«Se forma un corro de niñas, y en el centro se sienta otra que es la *tortuga*. El corro da vueltas y dice:

—Torti-tortuga, ¿qué haces ahí?

—Estoy dividiendo la lana y el hilo de Milet.

—¿Cómo ha muerto tu hijo?

—Desde lo alto de los caballos blancos (las olas) se arrojó al mar.»

L. Becq de Fouquieres, al ocuparse de este juego en su obra (*Les jeux des anciens*, París. 1869, pág. 38), dice que cree ver en él un recuerdo de la batalla naval de Salamina, donde fué derrotada la flota de Xerxes el año 480 antes de J. C.

«Cuando Xerxes—dice—volvió derrotado á la Corte, ésta le preguntó:

7.

El Conde de Cabra.

Se juega en la misma forma y con número igual como el anterior. A medida que anda la rueda, van cantando:

La rueda.—La viudita, la viudita
La viudita se quiere casar,
Con el conde, conde de Cabra,
Conde de Cabra se le dará.
La viuda.—Yo no quiero al conde de Cabra
Conde de Cabra ¡triste de mí!
Yo no quiero al conde de Cabra
Conde de Cabra, si no es á tí.

Abraza á una niña de las del corro, que se suelta, volviendo á cerrarse la rueda, y siguen cantando mientras las dos que están dentro valsan al compás del canto:

Corro.—La hora callada
Mi prenda querida,
Gustosa á mi lado
Por toda la vida.
Contigo sí, es contigo
Con quien no casaré yo.

»—¿Dónde están tus innumerables compañeros?
Y él respondió:
»—No existen; han perecido en las olas y sus cuerpos han sido arrojados á la playa. Yo vengo solo, sin escolta.»
El autor cree ver representado á Xerxes en la niña que hace la tortuga.

Se sueltan todas y se abrazan á la que está á su lado, la que queda sola entra en el corro.

Zafra.

(Variante.)

—Quien dirá de la carbonerita
Quien dirá de la del carbón
Quien dirá que yo soy casada
Quien dirá que yo tengo amor.
La viudita, viudita
Se quiere casar,
Con el conde, conde de Cabra
Conde de Cabra de está ciudad.
Yo no quiero al conde de Cabra
Conde de Cabra, ¡triste de mí!
Yo no quiero al conde de Cabra
Conde de Cabra, si no es á tí.

Esta variante se juega en la misma forma que el número 6.

Zafra.

8.

Arroz con leche.

La forma del juego es como el anterior.

—Arroz con leche
Me quiero casar
Con una mocita
De este lugar.
No es con ésta,
Ni con ésta,
Sólo con ésta
Quiero casar.

Se abraza á la elegida, las demás le imitan, y la que queda de nón entra en la rueda.

Mérida.

9.

El Romero.

El número de niñas en este juego es también impar como en los anteriores, y al final se abraza la que está dentro siguiendo las demás el ejemplo.

—A la mata, á la mata,
Romero verde,
Si el romero se seca
No hay quien lo riegue.
¡Cielo!
¡Ay! que se va
Mi amor al estudio.
¡Ay! que se va
Sin libro ninguno.
Déjame entrar
Contigo en la iglesia
Déjame entrar
Haré penitencia. (1)

Zafra.

(1) En la miscelánea del núm. 9 de la revista *Folk-Lore Andaluz* (Sevilla, 188, pág. 374, suscrita por Micrófilo), se encuentra una variante de este juego, que es como sigue:

—A la mata, á la mata
Romero verde,
Que el romero se seca
No hay quien lo riegue.
Cielo.
¡Ay, que se va

10.

El jardín de Venus.

Es de rueda, y es indiferente el número de niñas que en él toman parte. Al girar la rueda, todas cantan:

Si queréis al conde de Cabra
Conde de Cabra y puede ser:
En el jardín de Venus,
Tres maravillas van
Y la que va en el medio
Hija es de un capitán,
Sobrina de un alférez,
Nieta de un coronel.
Soldado de á caballo
Retírate al cuartel.
Ya me voy retirando
Ya me retiraré,
Que voy á ver la novia

Mi claro lucero!
¡Ay, que se va,
Solita me quedo!
Vente á mis brazos,
Yo te amaré,
Serás mi gloria,
Serás mi bien:
Serás lucero
Del amanecer.
Ni contigo,
Ni contigo,
Sólo contigo
Que eres mi bien.

Que está frente al cuartel.
Á la de *bayolita*,
Á la de *bayolé*. (1)

Acabada la canción, vuelven á repetirla, y sigue la rueda.

Alange.

11.

Turruntuntú.

Formada la rueda, va girando, y las niñas cantan:

Las cortinas de mi alcoba,
Son de terciopelo azul,
Entre cortina y cortina
Se pasea un andaluz;
Coche de oro,—para el moro.
Coche de plata,—para la mata.
Turruntuntú,—que vuelvas tú.

La niña señalada se suelta, y vuelve á agarrar, quedando con el rostro vuelto hacia fuera. La mutación se repite en todas, pero una á una, después de cantar la rima, hasta que se vuelven todas. Entonces dicen sin parar la rueda:

Á los bollitos de miel,
Á los de San Miguel,
Á los de pan duro,
Que se vuelva (el nombre de la niña) de c...

(1) Subrayamos esta palabra, que no sabemos el sentido que tiene, y que ponemos tal como la hemos oído pronunciar.

Conforme las van nombrando, se van volviendo de espaldas una á otra, y así que están todas, dicen:

Duro, duro,
C... con c...

Se dan golpes espalda con espalda, y vuelven á empezar de nuevo.

Zafra.

(Variante.)

La rueda San Miguel.

Á la rueda San Miguel
Que los santos quieren ver,
Duro, duro,
Que se vuelva (el nombre de la niña) de c...

Mérida.

12.

La rueda de Isabel.

En Madrid hay un palacio
Que le llaman de oropel,
Donde vive una señora
Que le llaman Isabel.
Su padre no quería darla
Ni *pá* el conde ni el marqués,
Ni por el oro que valga
La corona de Isabel.
Estando un día jugando
Un juego del alfiler,

Ha pasado un chico mozo,
Chico mozo aragonés,
La ha cogido de la mano
Y la ha llevado al cuartel,
En el medio del camino
Llora la triste Isabel.
—¿Por qué lloras, hija mía?
¿Por qué lloras, Isabel?
Si lloras por tus hermanos
No los volverás á ver.
Y si lloras por tu padre
Prisionero lo has de ver.
—No lloro por nada de eso,
Ni por ningún interés,
Lloro por un puñal de oro.
—¿Puñal de oro para qué?
—Para partir esta pera
Que vengo muerta de sed.
Él se lo ha dado al derecho
Y ella lo toma al revés.

Es de rueda este juego, como los anteriores.

Zafra.

13.

Los cuatro novios.

También es de rueda, y cantan lo siguiente:

En el jardín de luto
Se pasean los colegiales,
por las orillas,
¡Ja, jay!
por las orillas.

Le preguntan á una niña
si tiene novio
¡ja, jay!
si tiene novio.
Respondió la sin vergüenza
yo tengo cuatro.
Es el primero un hijo
de un boticario,
Que me da los jarabes
para el catarro.
El segundo es un hijo
de un comerciante,
Que me da los vestidos
muy *alegantes.*
El tercero es un hijo
de un cordonero,
Que me hace cordones
para mi pelo.
Es el cuarto un hijo
de un peluquero,
Que me hace pelucas,
me riza el pelo.

El estribillo *¡ja, jay!* que ponemos al principio, se repite á cada dos versos, hasta concluir.

Alange.

14.

La Mariposa.

Se forma una rueda de niñas, dejando dentro una de ellas. Las de la rueda tiene cogido el vestido de la

mariposa (que es la que está dentro) por la orilla y levantado á la altura de las manos. La rueda está parada, y otra niña va dando vueltas por fuera, cantando:

—Quién es esta gente
Que pasa por aquí,
Ni de día ni de noche
Me deja dormir.
—Son las hijas del rey moro
Que vienen por D.ª Ana.
D.ª Ana no está en casa
Que está en el jardín
Abriendo la rosa
Cerrando el jazmín.

Las niñas del corro juntan las manos sobre la cabeza de la que está dentro, de modo que ésta quede cubierta con el vestido. La de fuera continúa:

—Mariposa, posa,
Vestida de rosa,
Á la luz del candil
¿Está mi mariposita aquí?
—Sí señor.
—¿Cuántas camisas ha hecho?
—Una.
—Para cuando vuelva que tenga dos.

Sigue dando vueltas y preguntando en la misma forma, desde «mariposa, posa,» etc., hasta que son siete las camisas hechas. Entonces dicen todas:

—Estando D.ª Ana
Metida en el verjel,
Cogiendo rositas
Al amanecer
Tapar y esconder,
Tapar y esconder.

Tapan á la mariposa y se esconden todas. La que después se deja coger, hace de mariposa en el juego siguiente:

Zafra.

15.

La gallina papujá.

La gallina *papujá*
Pone huevos en el corral,
Pone uno, pone dos,
Pone tres, pone cuatro,
Pone cinco, pone seis,
Pone siete, pone ocho.....
Tapa bizcocho. (1)

---

(1) Llaman á este juego los sevillanos *Los pollitos sumaná.* (Véase el t. I de la obra citada del Sr. Rodríguez Marín, págs. 49 y 50).

En Cataluña, según dice el Sr. Maspons, se llama *La gallina puritana.* He aquí la fórmula (pág. 20):

—La gallina puritana
Pon un ou cada semmana,
Ponhi un, ponhi dos, ponhi tres,
Ponhi quatre, ponhi cinch,
Ponhi sis, ponhi set, ponhi vuyt,
Ponhi nou, ponhi deu,
La gallina de la Seu
Diu qu' amagui aquest bon peu.

16.

Los Colores.

Se ponen las niñas en fila. Una hace de dueña de ellas y otras dos niñas representan á un ángel y al demonio; ésta última tiene en la mano un tenedor. Sin que lo sepan estas últimas, la directora ha dado á cada una de las otras por nombre un color. Llega el ángel y pide un color, si lo hay se lo lleva, y si no, se va sin él. Después llega el demonio y hace lo mismo. El interés del juego está en ver cuál de los dos se lleva más niñas. (1)

(1) El Sr. Maspons, en la pág. 91 de su obrita citada, trae este juego, en que las niñas toman cada una el color de una cinta. Una de ellas, con una palma, figura ser un ángel, y otra, con una horquilla, el demonio. Estas dos alternativamente se acercan á la que dirige el juego y entablan el siguiente diálogo:

—Pim, pam.
—¿Qui hi ha?
—Un ángel con palma.
—¿Qué vol?
—Una cinta.
—¿De quin color?

Dicen el color, y si lo hay se lo llevan.

En Sicilia, según el Sr. Pitrè, se llama *A li culúra.* Es el número 139, pág. 261 de su colección, y lo describe así: «El angel, figurando las alas con las manos, llega, pide un color, y si lo hay se lo lleva. Cuando el diablo, que figura los cuernos con las manos, se acerca á pedirlo, si lo hay se lo dan diciendo: —Vete al infierno, maldito.—Cuando concluyen, el diablo

17.

La tienda.

Sentadas en sillas en dos hileras, espalda con espalda, se ponen las niñas, cada una de las cuales toma el nombre de una tela, generalmente las más vistosas. La que dirige el juego da vueltas alrededor de las otras diciendo:

—Yendo por la calle arriba, yendo por la calle abajo, me encontré (v. gr.) con el terciopelo.

La niña que tomó este nombre se levanta y sigue á la directora. Así va nombrando á las otras, que á su vez la siguen, y cuando todas están ya en movimiento, la que dirige se sienta, las demás la imitan, y como hay una silla de menos, la que se queda sin asiento es la que dirige el juego la segunda vez.

---

empieza á picar las almas que tiene, y éstas huyen hacia donde está la directora.»

También el Sr. Corazzini en su ya mencionada obra, pág. 84, trae un juego muy semejante á este de que nos ocupamos.

«Las niñas — dice el Sr. Corazzini—se dan el nombre de una flor y se ponen en fila; llega otra y dice:

»—Entro en un bello jardín, tres pasos doy, busco una rara flor y no la encuentro.

»—Qué flor buscáis?

»—La magnolia.

»Y si la hay ésta contesta:

»— Esa rara flor soy yo, la *riverisco*, adios.»

Este juego lo recogió el colector en Siena, y cita otra variante de Verona. El Sr. Corazzini hace constar en una nota su duda de que sea este juego de origen popular.

18.

La huerta.

En este juego una niña hace de hortelana, y otras varias toman el nombre de una legumbre. Hay otras que van á comprarlas, pero creyendo la huerta mal guardada, tratan de cogerlas por sí, lo que impide el perro, (otra niña). Las compradoras, en vista de esto, se deciden á matar al animal que impide sus desafueros; lo realizan, y entonces el dueño de la huerta da cuenta del hecho al juez. Se celebra juicio, se alegan razones en pro y en contra, y al fin salen condenados los matadores, no sin ver si el perro está efectivamente muerto. Pero resulta que el perro está vivo, y entonces el juez reconviene al dueño por su ligereza.

19.

La lavandera.

Se cogen las niñas de la mano y forman una rueda, dentro de esta rueda hay otra niña que se llama Mariquilla; por fuera está otra que es la madre. Esta última dice á la hija:

—Mariquilla yo voy á lavar, mientras yo lavo, barre y limpia la casa.

—Bueno, madre.

Se va la madre, anda la rueda, y Mariquilla se pone á saltar, diciendo:

— Mientras mi madre fué á lavar, yo quiero jugar.
— Mientras mi madre fué á lavar, etc.

Vuelve la madre, la rueda pára, y Mariquilla se pone á barrer.

—¿Mariquilla que estás haciendo?
—Madre, barriendo.
—Pues si me dijo un fraile que estabas jugando.
— Miente V. y el fraile.
—¿Y si es de misa?
—Sin camisa.
—¿Y si es de sermón?
—Sin camisón.
—Toma, Mariquilla de mi corazón.

La pega, y luego dice:

—Para cuando venga, que tengas cernida la harina.

Se va la madre, y vuelve á repetirse la misma escena, con la única diferencia que, á la pregunta de la madre, contesta:

—Madre, cirniendo.

É imita el movimiento del cedazo. Después la madre le manda que amase y cueza el pan, y ella, al ser preguntada, responde sucesivamente:

—Madre, amasando.
—Madre, cociendo.

Entonces las del corro gritan:

—¡Madre! yo quiero comer.
—Toma Mariquilla, pan y miel,
para que les des á las niñas de comer.

Vuelve á irse la madre, y Mariquilla se pone á saltar de nuevo:

—Mientras mi madre fué á lavar
yo quiero jugar.

En esto ve venir á la madre, é imitando darle algo á las demás jugadoras, las recorre todas una á una diciéndoles:

—¡Toma! pan y *giel*
y no se lo digas á madre.
¡Toma! pan y *giel*, etc.
—¿Mariquilla, que estás haciendo?
—Madre, comiendo.
—¿Le has dado á las niñas de comer?
—Sí, señora, pan y miel.

Las demás jugadoras levantan los brazos en forma de arcos, y gritan todas:

—No, señora, madre,
Pan y *giel*.
Madre, pan y *giel*.

—¡Ah, pícara! ¿no te dije que les dieras pan y miel? ¡Toma, pan y *giel!* ¡Toma, pan y *giel!*

Sale tras ella á pegarle, y una tras otra, entran y

salen en la rueda por bajo de los arcos, hasta que dos de ellas se sueltan las manos, y Mariquilla se agarra y queda en el corro.

Hay otra versión que es enteramente igual, con la sola diferencia de que á la segunda vez que vuelve la madre, le dice á Mariquilla.

—Para cuando vuelva, tienes que cernir, amasar, cocer el pan y darle la bollita á abuela. Si te da pan y miel, *pa* las niñas, y para tí, pan y *giel.*

Zafra.

20.

Zarcillos de oro.

Una niña que hace de madre, se sienta, y delante de ella la hija menor, luego otra y otra, por orden de edad. Otras dos niñas cogen un pañuelo por las puntas, y formando un arco, andan de arriba abajo de las que están sentadas, cantando:

Niñas.—De Francia vengo señora,
Traigo un hijo portugués,
Y en el camino me habla
De las hijitas de V.
Madre.—Si las tengo ó no las tengo,
No las tengo para V.,
Medio pan que yo tuviere
Lo reparto entre las tres.

Las de el pañuelo se retiran, y la madre prosigue:

Venga V. caballerito,
No sea tan descortés,
De las hijitas que tengo
Escoja la más mujer.
Cuidado, caballerito
Que me la cuide V. bien.
Niñas.—Bien cuidadita estará,
Bien cuidadita, muy bien,
Sentada en sillón de oro
Bordando puños al rey,
Azotitos con correa
Cuando sea menester,
Mojaditas en vinagre
Para que le sienten bien.
Esta cojo por esposa,
Esta cojo por clavel,
Esta cojo por esposa,
Pues me ha parecido bien.

La coge de la mano y le dice:

Levanta clavel.

La niña no contesta, y vuelve á decirle:

Levanta clavel,
—Me levantaré.

Se levanta y se la llevan; después vuelven pidiendo una rosa, y la madre contesta:

Madre.—¿Y la que le dí á V. ayer?
Niñas.—La entré en la cama
y se la llevó la lana.

Se llevan la segunda, y vuelven por la pequeña,

que la madre no quiere entregar, por muchos ofrecimientos que le hacen; pero se queda dormida, y entonces se la roban; despierta y sale á buscarla. Las otras le rodean, diciendo que no la han visto; pero la sacan de paseo, y entonces la madre la rescata.

(Variante)

Se ponen las niñas en la forma que ya se ha expresado, y dicen:

Niñas.—De Francia vengo señores,
De por hilo portugués,
Y en el camino me han dicho
Buenas hijas tiene V.
Madre.—Que las tenga ó no las tenga,
Yo las sabré mantener,
Con un pan que Dios me ha dado
Y otro que yo ganaré,
Niñas.—A Francia vuelvo señores,
Á los palacios del rey,
Que las hijas del rey moro
No me las dejaron ver,
Madre.—Vuelva, vuelva, caballero,
No sea tan descortés,
De las tres hijas que tengo
Tome la que guste V.
Niñas.—Esta tomo por esposa,
Por esposa y por mujer,
Me ha parecido una rosa,
Me ha parecido un clavel.
Madre.—Lo que le encargo señores
Que me la traten muy bien.

Niñas.—Bien tratadita señora,
Bien comidita también,
Sentada en silla de plata
Haciendo puños de *ré*,
Azotitos con correa,
Cuando lo sea menester.
Levanta nabo.
Hija.—Estoy sentado,
Niñas.—Levanta cebolla.
Hija.—Estoy en la olla.
Niñas.—Levanta peregil.
Hija.—Eso sí, que me gusta á mí.

Se levanta la niña y se la llevan; hacen la misma operación con la segunda, y cuando le toca á la chica, al terminar la rima anterior, se dirigen las embajadoras á la madre, y dicen:

Niñas.—Que venimos por la reina.
Madre.—Que la están peinando.
Niñas.—Que venimos por la reina.
Madre.—Que le están poniendo el vestido de plata.
Niñas.—Que venimos por la reina.
Madre.—Que le están poniendo la corona de oro.
Niñas.—En sillita de oro y plata
á llevar á la reina á su bonita casa.

Entre las dos niñas hacen la silla descrita en la segunda serie, y se la llevan.

Zafra.

(Otra variante.)

Niñas.—De Francia vengo señores,
De por hilo portugués,

En el camino me han dicho
Que tres hijas tiene V.
Madre.—Que las tenga ó no las tenga
Que las deje de tener,
Medio pan que yo tuviere
Con ellas lo comeré.
Niñas.—Muy enojado me voy
Á los palacios del rey,
Que las hijas del rey moro
No me las dan á escoger.
Madre.—Vuelva, vuelva, caballero
No sea tan descortés,
De las tres hijas que tengo
Escoja la más mujer.
Niñas.—Esta cojo por bonita,
Por bonita y por clavel,
Me ha parecido una rosa
Acabada de nacer.
Levanta clavo,
Hija.—No quiero, que estoy hincado.
Niñas.—Levanta, clavel.
Hija.—Yo me levantaré.
Niñas.—¿Qué quieres, harina ó artesona?

Si la niña dice: harina, le dicen:

—Á la puerta la cocina.

Si dice: artesona:

—Á la puerta la corona.

Se llevan la niña primera, y después de repetir lo dicho, se llevan la segunda, quedando sola la chica. Vuelven las embajadoras y dicen:

Niñas. — Zapatitos de oro
traigo á la niña.
Madre. — No va la niña.
Niñas. — Un p... *pa* la madre
y otro *pa* la niña.
Madre. — Y otro *pa* la real cochina.

En esto se duerme la madre, roban á la niña, y la esconden en un rincón. Otras tres se ponen delante, y la de en medio, recogiéndose el vestido, separa las piernas figurando la boca de un horno. La madre despierta, y al ver que no está la hija sale á buscarla. Llega donde están las otras y les pregunta:

Madre. — ¿Ha visto V. mi niña?
Niñas. — Por la calle de las pulgas.

La madre se sacude la ropa, y dice:

Madre. — ¡Ay, qué de pulgas!
Niñas. — Por la calle los piojos.
Madre. — ¡Ay, que de piojos!
— ¿Me da V. una brasita de lumbre?
Niñas. — Tengo un perro.
Madre. — Yo le echaré pan y queso.

Entra la mano por debajo de la niña que está en el medio, la que está escondida la araña, sale corriendo, y todas las demás tras ella gritando.

Mérida.

Como se ve, la última parte de esta variante no se encuentra en las anteriores. Aunque confusamente,

creemos recordar que las niñas jugaban en Zafra un juego muy semejante á esta última parte, pero aunque hemos tratado de enterarnos de ello, ninguna de las niñas á quien hemos preguntado, ha podido darnos razón. (1)

21.

Las chinas.

Se ponen varias niñas sentadas en el suelo alrededor de una *lancha* (losa), y empiezan el juego. Las chinas son cinco piedrecitas del tamaño de un huevo de paloma poco más ó menos, que tienen casi la misma forma. Estas piedras suelen recogerlas en las riberas ó grandes arroyos, donde, arrastradas por la corriente, se han redondeado, perdiendo los cantos más ó menos pronunciados que antes tenían. Son muy estimadas en Extremadura las que se cogen en el lecho del río Guadiana cuando éste se encuentra

(1) Este juego es conocido también en Andalucía. En el número 6 de la revista *Folk-Lore Andaluz*, págs. 196 y 218, se encuentran dos variantes publicadas respectivamente por los Sres. Palomo y Machado. En el mismo número, pág. 216, se encuentra otra variante portuguesa, publicada por el distinguido escritor portugués Sr. D. Joaquín de Araujo. En el número 8 de la misma revista, págs. 314 y 315, presenta el Sr. Machado otras dos variantes recogidas, la primera en Huelva y la segunda en Villaviciosa (Asturias).

El Sr. Maspons lo trae también en su obrita, págs. 47 á la 49. He aquí la versión catalana:

descrecido, y que son una especie de guijarro muy duro y fino, de color de chocolate, que se conocen con el nombre genérico de *royos de Guadiana*. Esta mis-

---

Conversa del rey moro.
—Uno, dos, tres.
—Tres passos n' he fet en terra
No se 'l rey si 'm dirá res.
Aqui t' envío la conversa,
La conversa del rey moro:
De dos hijas que tú tienes
«i me quieres dar la una.»
—Si las tengo, no las tengo,
No las tengo para dar;
Si las tengo, no las tengo,
No las tengo para tí;
Que del pan que yo he comido
Ellas también comerán. (*)
—Jo men vaig mol descontenta
Dret 'l palacio del rey.
—Torna, torna, escudereta,
La mes linda te 'n daré,
La mes linda y la mes guapa
La mes guapa del roser.
—Aquesta li 'n prench per esposa,
Per esposa y per mullé.
—Lo que 't suplico, escudera,
Que me la gobernis bé.
—Bé 'n será ben contemplada
En cadira d' or sentada,
Dormirá en brassos del rey
A Deu perla y clavell.

El ilustre mitógrafo italiano Sr. Giusseppe Pitrè en su última colección, tantas veces citada, pág. 258, trae un juego con el núm. 137, titulado *A Santa Catarina di Sena*, que es muy semejante á ésta. Una niña que hace de Santa Catalina, se va llevando las niñas una á una, y cuando solo queda la última, la madre no quiere darla y se disculpa.

(*) Estos versos los trae subrayados el Sr. Maspons.

ma piedra, pero de gran tamaño, es de la que se sirven los zapateros para batir la suela.

Este juego se compone de cinco partes, á saber: Las *unas*, las *dos*, las *tres*, el *pon* y el *arco*. La niña que es *mano*, que por lo general lo es siempre la dueña de las chinas, es la que empieza y dice:

—A mis unas.

Coge las chinas con la mano derecha y las echa sobre la *lancha*, procurando que todas caigan separadas: coge una de las dos que estén más próximas, la tira por alto, y en el breve tiempo que ésta está en el aire, coge otra de las del suelo, acudiendo á parar la que viene bajando, repitiendo la operación hasta coger las cuatro, una á una. Si al coger alguna de las que están en el suelo toca con los dedos á otra, pierde, y si la que está en el aire se cae antes de cogerla, también pierde, y sigue otra el juego.

Terminada esta parte, dice:

—A mis dos.

Vuelve á echar las chinas, procurando que no estén muy separadas, pues tiene que recogerlas dos á dos, ínterin la quinta está en el aire.

—A mis tres.

Tiene que coger primero una, y después las tres que quedan, de una sola vez.

—A mi pon.

Tira la china por alto, y pone en el suelo las otras cuatro, vuelve á tirarlas y las recoge. Esta parte del juego es de las más comprometidas, pues si la jugadora se precipita al ponerlas en el suelo, suelen rodar y separarse, impidiendo de este modo el poderlas recoger con facilidad en el breve tiempo que le concede la china que va por el aire, y en este caso, pierde.

—Á mi arco.

Échanse las chinas en el suelo como para las *unas*, se coge la que más estorbe para la figura, se monta el dedo índice de la mano izquierda sobre el de corazón; se apoyan éste y el pulgar en el suelo formando un arco y lanzando la quinta china por alto con la mano derecha, se hace pasar por el arco una de las que están en el suelo, recogiendo después la que está en el aire, vuelve á tirarla y pasar otra china, hasta que pasan las cuatro, y con esto tiene ganado un juego.

Cuando la niña ha perdido, y al llegarle la vez de volver á jugar no se recuerda en que parte ó figura perdió, ó las demás no están conformes con lo que ella dice, para resolver la cuestión lo echan á la suerte. Pone en el suelo cuatro chinas amontonadas, quedándose con la quinta en la mano, y dice:

—Señor San Marcos,
Dime la verdad, si no te mato.
Si me voy á mis unas,

Si me voy á mis dos,
Si me voy á mis tres,
Si me voy á mi pon,
Si me voy á mi arco.
Dime la verdad, si no te mato.

Al decir esto, arroja la quinta china sobre las otras cuatro, y según en la forma que éstas quedan, así reanuda el juego.

Hemos dicho que se compone de cinco partes porque éstas son las que generalmente se juegan; no obstante, tiene otras varias figuras extraordinarias, y sobre ellas hemos podido adquirir los siguientes datos:

Cuando las jugadoras son ya mayorcitas, ponen la partida á seis juegos; pero áun ganados éstos, para la decisión, tienen la figura del *huevo*. Si en esta figura llega á perder, pierde á la vez todos los juegos ganados.

El huevo.

Ponen la mano izquierda con los dedos apoyados en el suelo y separados, en forma de tienda de campaña. Colocan después una china en cada espacio que dejan los dedos, excepto el comprendido entre el dedo pulgar y el pequeño, por el cual han de salir todas al recibir el impulso de la mano derecha. Una vez colocadas las cuatro chinas, dicen, tirando por alto y recogiendo, á cada frase, la quinta china:

— Garabatito (ó garrapatita), una.
Garabatito, dos.
Garabatito, tres.
Garabatito, cuatro.
En el medio pongo mi arco,
Con perejil y cilanero,
Dame el cuarto.
No quiero
Boticario embustero,
Patas de guita,
No quiero más *ingüente*
De tu botica.
Por aquí pasa esta chinita.

Cada vez que termina la oración, le van dando con la mano derecha á las chinas, empezando por la que está entre el dedo pequeño y el anular. Todas cuatro tienen que salir como hemos dicho, por entre los dedos pulgar y miñique; si sale por otro lado ó se queda dentro, pierde. En este último caso, dicen que está la china ahorcada. Una vez pasadas todas, tienen que recogerlas de una vez, echando por alto la quinta.

Otra de las figuras extraordinarias, es poner el arco sobre el pecho, en vez de ponerlo en el suelo, y por allí tienen que ir pasando las cuatro chinas una á una, siempre tirando al aire la otra.

Zafra.

En Alange se juega del mismo modo, solo que á la figura del *pon*, le llaman *escogidillas*, y *puente* al *arco*. La partida es de *buenas* y *malas*, y una de las figu-

ras extraordinarias, además del huevo, es poner el arco sobre el suelo montando sobre el dedo de corazón el índice, y sobre éste, el anular; colocan después una china en el hueco que forman estos dos últimos en la parte superior, y tirando por alto la quinta china, á la que denominan *padrastro*, tienen que ir pasando las otras tres por bajo del puente sin que se caiga la de arriba, pues si se cae, pierden. (1)

Alange.

22.

Las muñecas.

Es este uno de los juegos á que más aficionadas se muestran las niñas. Puede decirse que es su juego fa-

---

(1) Creemos haber leído el principio de un artículo publicado por el Sr. D. Francisco Rodríguez Marín en la revista italiana *Archivio per lo studio delle tradizione popolari, Palermo*, en que dicho señor se ocupa en este juego.

El Sr. Pitrè, en su colección, págs. 110 á la 117, trae tres variantes con los números 54, 55 y 56. Los dos últimas son como el nuestro, aunque quizás algo más complicadas.

Este juego es tan antiguo, que ya lo cita Polux en su *Onomasticón* (IX, 126). Al hablar de la manera de jugarlo, dice: «Se les echa al aire (las chinas), y se procura recogerlas en el dorso de la mano. Si se caen algunas es necesario recogerlas con los dedos.»

En el Museo de Nápoles (Hercul. y Pomp., II, pl. 17), existe una pintura monocroma sobre mármol, firmada Alejandro de Atenas. Esta pintura representa cinco diosas: Latona, Niobe, Aglae, Diana é Hilerœrea, entre las cuales Aglae é Hilerœrea se encuentran en primer término jugando este juego. Cada una tiene sus cinco chinas.

vorito. Cuando se las mira embebidas en la contemplación de esos monigotes que se llaman *muñecas*, se comprende que están en su elemento. Si al hombre le fuese dado en esos instantes elegir la que ha de ser la compañera de su vida, ¡con qué facilidad podría hacer la elección de esa media naranja que, debiendo ser de almibarado zumo, resulta la mayor parte de las veces de ácido prúsico, que viene á matar las más dulces ilusiones, los más bellos sentimientos del alma! Por desgracia, el hombre no puede hacer esa eleccion prematura, y tiene que hacerla cuando ya esas niñas, ó la mayor parte de ellas, han sustituído á la ingenuidad de la infancia, el disimulo de la edad adulta; á la sencillez de la niña, la coquetería de la mujer; es decir, cuando han llegado á esa edad en que procuran disfrazar sus verdaderos sentimientos, sacrificando muchas veces la convicción á la conveniencia. De ahí esa serie de lamentables equivocaciones, que convierten en un infierno lo que debió ser un paraíso.

El juego de las muñecas es una fotografía de la vida doméstica; en él están reproducidos todos los actos de la familia, excepto uno, el del alumbramiento. Y es que este es quizás el único acto de la vida en que se prescinde de la presencia de los niños, por más que hoy, por desgracia, se vaya perdiendo por algunos esa moralizadora costumbre, y como no lo presencian, y su naciente inteligencia no le permite

aún penetrar esos secretos de la naturaleza, de ahí el que prescindan de él.

Pero salvo este incidente, las niñas educadas en el catolicismo saben que uno de los primeros actos (para ellas el primero) de su vida social es el bautismo, y por eso cuando tienen una *muñeca*, no comprenden que pueda estar sola, y compran, ó hacen como Dios y su habilidad les dan á entender, un pequeño monigote, lo visten de una manera adecuada, y hacen decir á una de sus *muñecas*, que es la madre: —Ya está el niño vestido, llevarlo á la iglesia que lo bauticen.—Y el niño es llevado á la iglesia por otra *muñeca*, porque la niña sabe que la madre ha de quedarse en casa para preparar la sala y los dulces del bautismo.

La niña sabe también que los niños no se mantienen del aire, sino que tiene que alimentarlos la madre, y así, acercándolo al pecho de la *muñeca*, dicen, como si fuese ésta la que habla:—¡Pobrecito!... ¡ea!, no llores, toma tetita.—Una vez callado el niño, ellas conciben que éste debe dormir, porque la madre tiene que atender á los quehaceres de la casa, y, en efecto, arreglan la cuna, y con una solicitud digna de ser imitada por algunas madres, acuestan el *muñeco*, y para que se duerma pronto, mecen la pequeña cuna y ponen en los labios de la madre estas palabras: —Duerme nanita, duerme nanita.—Y como saben que no es suficiente el decirlo, cantan lo siguiente:

Eaaa...
Nanita nana,
Nanita nana,
Duérmete lucerito
De la mañana.
Duérmete niño
Que viene el coco,
Y se lleva los niños
Que duermen poco.

La niña sabe también que el sér humano, como las plantas, no permanece *in statu quo*, sino que crece y se desarrolla, llegando á convertirse en hombres y mujeres, por eso no siempre sus *muñecos* se reducen á la madre y el niño, sino que, al lado de la madre de quien nunca prescinde, como si instintivamente comprendiera que esa es la verdadera misión de la mujer, pone otras veces hijas casaderas á las que llama las *niñas*, y á las que adjudica el cargo de ayudar á la madre en sus trabajos domésticos, por eso pone en boca de la madre estas palabras, dirigiéndose á las hijas:—Tú, fulanita, friega los platos y arregla la comida, y tú, zutanita, barre y limpia la casa.—

Sabe que no todo ha de ser trabajar, que el espíritu (de que ella aún no se da cuenta) necesita sus ratos de expansión, de esparcimiento, y por eso dice, siempre como intérprete de su *muñeca:*—Niñas, arreglarse, que vamos á ir al paseo, ó al teatro.—Pero también saben que hay que cumplir los deberes religiosos, por cuanto otras veces dicen:—Fulanita,

ponte la toca, ó la mantilla, que vamos á misa.—Es muy raro el caso en que las niñas hacen intervenir en sus *muñecas* el sexo masculino, y no es ciertamente porque lo echen en olvido, no; prueba de ello es que, algunas veces, hacen decir á la madre:—Niña, arregla la comida para cuando venga tu padre,—ó bien, —plancha esa camisa para que tu padre se vista de limpio.—Esto, y el tener siempre una camita mayor que las otras, destinada al padre y á la madre, demuestra bien claro que las niñas no prescinden de la intervención del padre en el hogar doméstico, sino que comprenden por costumbre, más bien que por instinto, que el padre está contínuamente en su trabajo, y solo viene á casa á las horas de comer ó de acostarse.

Tampoco ignoran que el destino de la mujer es el matrimonio, y aquí creen ya necesaria la intervención en sus juegos del sexo masculino, representado por el novio de una de las niñas. Se verifica el casamiento, y saben que en ese caso ha de haber refresco y comida, que ellas arreglan á veces con hojas de lechuga ó yerbas, si no tienen otra cosa á la mano.

Sus *muñecas* van á la plaza, lavan la ropa, reciben y hacen visitas, bailan, cantan, tocan la guitarra ó el piano, y en fin, reproducen todos esos actos de la vida social.

Y, ¿pára en esto el juego de que nos ocupamos? No. Las niñas saben, á su manera, que la humani-

dad está sujeta á toda clase de vicisitudes, y por eso sus *muñecas* se caen, se lastiman, ó caen enfermas, y entonces es de ver la solicitud con que la madre acude á la cabecera de la cama, donde no faltan (idealmente por supuesto) las tazas de caldo de gallina, el jamón, los dulces, y todo cuanto ellas creen que puede apetecer un enfermo, ó ser beneficioso á su salud.

Y saben más, saben que el sér humano no es eterno, y sus *muñecas* se mueren, y entonces el lecho mortuorio se ve rodeado de los seres queridos que lloran sin consuelo aquella desgracia: el cadáver es amortajado; á la cabecera y á los pies se le ponen las correspondientes velas, y por último, es llevado al cementerio.

Este es, en suma, el juego de las *muñecas* breve y burdamente descrito. Si al hombre, como hemos dicho al principio, le fuera dado en esa edad de las *muñecas* elegir la que haya de ser madre de sus hijos, llevaría siempre probabilidades de acierto, porque la niña que hace que su *muñeca* inculque á las hijas ideas de trabajo y respeto, esa niña parece que debe ser buena hija. La niña que trata de que su *muñeca* cuide de que nada falte al padre de sus hijos, encargando á las niñas que hagan la cama, arreglen la comida, planchen la ropa, etc.; ó haciéndolo por sí misma, esa niña creemos que ha de ser buena esposa. Y, por último, la niña que hace que su *muñeca* trate con dulzura á su hijo, que procura que le dé el pecho para

alimentarlo y vele solícita y cariñosa su sueño, esa niña, podrá no serlo, por uno de esos arcanos misteriosos del corazón que hace á las veces que los sentimientos humanos se modifiquen ó sufran una desviación de su verdadero cauce; esa niña, repetimos, podrá no serlo, pero indudablemente que tiene mucho andado para ser una verdadera madre. Este es, volvemos á decir, el juego de las *muñecas*.

Zafra.

23.

H. I. J. K.

Este juego es también de rueda. Cogidas las niñas por la mano, se ponen á dar vueltas, al mismo tiempo que cantan lo siguiente:

—Señoras que pasáis
Venir á escuchar
Las niñas de este corro,
Que van á cantar.
Peregrina hermosa,
Si vas á Roma,
No te cautiven niña
En Barcelona.
Que detrás de la sierra
Hay un bandido
Que de todas las niñas
Saca partido. (1)

(1) Los versos que subrayamos, están tomados del bolero de la zarzuela *Los diamantes de la Corona.*

Saca partido, sí,
Saca partido, no,
Niña de mi corazón.
H. I. J. K.
L. LL. M. A.
Que si V. no me quiere
Otro amante me querrá.

Llerena.

CUARTA SERIE

Juegos de niños de cinco años en adelante.

1.

Los soldados.

Así como las niñas dan su predilección al juego de las *muñecas*, el de los *soldados* es el juego favorito de los niños.

Este juego, cuyo argumento es tan sencillo, que bastan dos palabras para explicarlo, lo hemos elegido de exprofeso para ponerlo á la cabeza de esta serie por considerarlo, si no el que más, por lo menos uno de los de mayor interés para el *Folk-Lore*, pues á nuestro juicio, se encuentra íntimamente enlazado á la historia, si no es ya la historia misma de la humanidad, el eterno principio de la sociedad reproducido por la infancia de siglo en siglo.

Y, antes de entrar en materia, advertimos que no tenemos la pretensión de haber hecho ningún descubrimiento, que no hacemos afirmaciones, que solo tratamos de manifestar las impresiones que nos causa y

reflexiones que nos sugiere este juego, impresiones y reflexiones que ni aun el mérito tienen de la originalidad, pues antes que á nosotros le habrá ocurrido lo mismo á todo el que de este juego se haya ocupado.

—« Todos los hombres son hermanos, porque todos son hijos de Dios» —ha dicho Jesucristo: —« todos los hombres son iguales» —se ha dicho también, y nosotros, que inclinamos la cabeza ante la sentencia bíblica, no estamos conformes hasta cierto punto con lo segundo. Procuraremos explicarnos. Si la palabra *igualdad* se refiere solamente á que todos pertenecemos á la raza humana y que tenemos un mismo origen, ó á que debemos ser juzgados todos por la misma ley, la aceptamos; pero si *igualdad* se toma en el sentido absoluto, moral y material de la palabra, no estamos de acuerdo, porque esta *igualdad* no puede existir. La misma naturaleza se ha encargado de demostrárnoslo clara y distintamente. Buscad, sino, dos hombres iguales en la parte física y no los hallaréis; buscadlos en la unidad de ideas y os será imposible el encontrarlos. Y esa misma desigualdad, establecida sábiamente por la Naturaleza, de la que resulta ese hermoso conjunto que se llama armonía del Universo, la hallaréis en todos los actos del hombre, en sus gustos, en sus aficiones, en sus caracteres y en su inteligencia. Hay hombres que nacen para gobernar y otros que vienen al mundo para ser gobernados.

Ningún ejemplo puede demostrar mejor este aserto que el juego en que nos ocupamos.

Los niños, en nuestra humilde opinión, son los genuinos representantes de la infancia; (¿cómo no, si son la infancia misma?) en todas las generaciones, del mismo modo que los hombres primitivos, fueron los verdaderos niños de la infancia social. Estos debieron vivir aislados en sus chozas, como aquéllos en sus casas, ínterin no encontraron seres semejantes con quienes jugar los unos, ó comunicar sus ideas los otros. De la reunión de aquéllos como de la de éstos, debió resultar la necesidad de asociarse. Y aquí creemos nosotros ver el principio de la sociedad. ¿Cómo pudo ésta formarse? ¿Precedió á su formación algún congreso? ¿Fué el resultado de alguna votación? Tal vez estemos equivocados, pero creemos que no. En aquellos tiempos no debía conocerse lo que era monarquía absoluta ni constitucional, república federal ó unitaria, ni es fácil que hubiese Cortes, ni estaba en boga el sistema parlamentario. El verdadero sistema, el único procedimiento empleado por aquellos primeros hombres, creemos nosotros verlo reproducido de generación en generación, en el juego infantil en que nos ocupamos, el juego de los soldados. Veamos como es éste.

Se reunen los niños de un barrio ó de una ó más calles y al hallarse reunidos, la misma ociosidad que los aburre, le hace decir á uno: —¿Vamos á jugar?—

Y esta idea que quizá estaba en la mente de todos, se hace camino con la rapidez del rayo, hasta el punto de que, no bien es formulada, contestan todos á coro: —Vamos. —Pero, ¿á qué jugamos? —A los soldados, — contesta alguno que tal vez lleva en ello su mira particular. Convienen todos en ello, y entonces quizás aquel que ha indicado el juego, sin previa consulta ni elección, sino ante sí y por sí dice: —Yo soy el general y vosotros los soldados. —Esto es: yo soy el rey y vosotros los vasallos; yo soy el jefe y vosotros los subordinados; yo soy el que mando y vosotros los que obedecéis.

No le preguntéis á ese niño en virtud de qué derecho se ha erigido á sí propio en jefe de los otros; su joven inteligencia no sabría explicároslo; ha obedecido, quizá sin darse cuenta de ello, á un impulso de su alma, á una inspiración súbita de esa misma inteligencia. Se ha sentido superior á los demás, ha visto ó comprendido que hay ó puede haber un puesto más elevado, se considera con dotes de mando y antes que se lo den, lo toma, como si de derecho le perteneciese. Y no es lo más raro del caso que él se lo tome, sino que, sintiéndose los demás subyugados por aquel rasgo de audacia, lo confirman en él, conformándose la mayoría con el humilde puesto de soldados. Hemos dicho la mayoría, porque hay unos cuantos que, sin el valor suficiente para erigirse en jefe supremo, no se avienen tampoco con el oscuro nom-

bre de soldados, y gritan: —yo quiero ser oficial— proposición ó solicitud que es escuchada por el jefe, el cual, eligiendo entre ellos los que le son más afectos ó considera más aptos, nombra jefes, oficiales y clases, los cuales vienen á cubrir esa gran distancia que media entre el general y el simple soldado, formando con sus distintas graduaciones los peldaños de esa inmensa serie que llamamos escala social.

No pudiera ser una cosa semejante el origen de las gerarquías? Porque parece que en esos jefes y oficiales se refleja esa raza privilegiada conocida por aristocracia de sangre azul, en sus distintos rangos gerárquicos; y en los sargentos y cabos, esas clases medias que esperan hora para elevarse y confundirse á su vez con la aristocracia, por más que ésta los denomine *aristocracia del dinero*, del mismo modo que llaman *patateros* á los oficiales ó jefes que proceden de sargentos.

Á partir de este instante, el regimiento infantil queda formado. ¿No ha podido ser idéntico en su formación el principio de la sociedad? Una inteligencia superior ó un espíritu audaz, erigiéndose en jefe y anteponiéndose á esa gran masa humana que se llama pueblo, cuya cólera es terrible si se le irrita, aunque, para el que sabe manejarla, es dócil como un niño, se ha impuesto en virtud de su peculiar arranque y demostrada superioridad. De este modo, así como el regimiento en los niños, la sociedad pudo quedar

formada con sus jefes reconocidos, ya se llamasen Jueces, Reyes ó Emperadores.

Suele suceder algunas veces que, cuando uno de los niños dice:—yo soy el jefe—hay otro tan osado como él que le disputa el puesto y entonces se somete la cuestión al arbitraje de los demás niños, que ejercen, sin saberlo, el primero de los derechos individuales, el sufragio, acto que constituye como un paso dado en pro de la civilización, decidiendo en favor de aquel que merece más sus simpatías, y espulsan de la reunión al adversario, medida que trae á nuestra imaginación la idea del destierro, ya sea perpetuo ó temporal. Otras veces, las simpatías se dividen entre los dos pretendientes; no hay, por lo tanto, conformidad de pareceres, y entre los partidarios de uno y otro dirimen la cuestión á pedrada limpia. Este procedimiento nos hace pensar en el origen de los bandos y de las guerras civiles.

Otro dato nos falta que consignar, y es que, algunas veces, suele presentarse, sin saber cómo ni cuando, un chico de otro barrio que no pertenece á la reunión y que se convida por sí propio á jugar; pero los otros niños, que consideran al recién llegado como intruso, le niegan la participación en el juego, diciéndole:

—Tú no juegas; vete á tu barrio á jugar.

¿No da esto una idea de las nacionalidades? Por el contrario, cuando el niño extraño es presentado

por uno de los jugadores, que dice que es amigo suyo, lo aceptan todos con cariño, en cuyo acto se ve claramente practicada la idea de la hospitalidad.

No era ciertamente nuestro propósito estendernos tanto en estas consideraciones que pudiéramos hacer interminables, porque la índole de nuestro trabajo no nos permite hacer otra cosa que un extracto incompleto de los puntos de contacto más culminantes que creemos encontrar entre los actos verificados por la infancia de todas las generaciones y lo que á nuestro juicio debió de ser la infancia social de la raza humana.

Zafra.

2.

El toro.

Este juego tiene muchos puntos de afinidad con el anterior, por observarse en los niños la misma tendencia de elevarse sobre los demás y ponerse de manifiesto los gustos y aficiones de cada uno. Hay quienes reclaman para sí el puesto de matadores, otros desean ser banderilleros, éstos aceptan el de chulillos, aquéllos quieren ser picadores, y no faltan algunos que se ofrecen á servir de caballos; hay quien solicita ser toro, mulillas, etc.; y por último, otro que, aspirando á ser mayoral de diligencias, desea ser el conductor de las mulas, con la sana intención, por su-

puesto, de arrimar á éstas un par de latigazos. Por lo demás, el juego no es en sí otra cosa que una copia más ó menos exacta de nuestro espectáculo taurino.

Zafra.

3.

La billarda.

Para practicar este juego cortan los niños dos palos de un grueso regular, uno de cuarenta á cincuenta centímetros de largo, que llaman *el palo*, y otro de unos quince á diez y seis centímetros, aguzado por las dos extremidades en disposición de que al caer al suelo queden las dos puntas de modo que, al dar con el palo sobre una de ellas, salte. Este pequeño palo es el que denominan *billarda*.

Al empezar el juego, colocan dos piedras separadas, tanto como lo permita el largo de la *billarda* que es colocada sobre las piedras; introducen el *palo* por entre las piedras, y elevan la *billarda*, aprovechando el tiempo que ésta está en el aire para despedirla con el *palo* todo lo más lejos que les es posible. Si al tratar de despedirla no le da, pierde, y otro es el que juega. Una vez despedida, sigue la operación dando con el *palo* sobre una de las puntas de la *billarda* para que de nuevo salte y despedirla, si le es posible, aún más lejos. Cinco son los golpes que hay que dar, diciendo: —*Uno*, *dos*, *tres*, *cuatro*, *y el zapato.*—Cuan-

do se dice *el zapato*, que es el quinto golpe, hay que hacerlo metiendo la mano que tiene el palo (la derecha) por debajo de la pierna y sacándola rápidamente para despedir la *billarda*, si posible es. Concluído esto, el jugador calcula la distancia que media entre el punto de donde salió y aquél donde se encuentra, y con arreglo á ella, pide un número de *juegos*. Si los otros jugadores se conforman, se los conceden; pero si creen el cálculo exagerado, optan por medirlos. Cada *juego* se compone de nueve palos medidos á lo largo, operación que hacen los chicos de este modo: —Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, y el mocho.—Si hay los juegos pedidos, sigue jugando el mismo, pero si no los hay, no solo pierde los que pidió, sino que á más tiene que ceder los útiles del juego.

Zafra.

En Mérida (Badajoz) llaman á este juego la *Picota.*

En Estepa (Sevilla) la *Pinganét.* (1)

(1) Este juego tan conocido en España lo es asimismo en Italia. Es el núm. 83 de la colección del Sr. Pitrè, pág. 151, titulado *A Manciugghia*, que dice ser conocido en toda Sicilia con diferentes nombres. También lo trae el Sr. Ferraro en su artículo *Cincuenta juegos, etc.*, con el número XXXVII, titulado *Lippa-Sippa*, y añade que existe en Ferrara, Siena y Castellazzo d' Alessandría, con los nombres de *Lippa-Pandon*, *Giromuso-fuso* y *Socu*, respectivamente.

Hemos tenido también ocasión de vérselo jugar á unos chi-

4.

El cuerno.

Ponen los niños un asta de carnero, apoyando en el suelo las dos extremidades, eligiendo un sitio á propósito para que quede visible y con la parte comba hacia arriba; después cogen una piedra redonda, y desde una distancia convencional, despiden la piedra con toda su fuerza sobre el cuerno, de modo que éste vaya á parar á larga distancia. Una vez despedido, sigue el juego en la misma forma que el anterior, esto es, piden juegos con arreglo á la distancia que hay, y si no existe conformidad de partes, se mi-

---

cos del departamento de la Gironda (Francia), pero lo juegan de otro modo. Señalan un cuadrado en el suelo y dentro de él se sitúa el jugador que lleva la mano; éste echa al aire la billarda, y con el palo que tiene en la mano derecha la despide todo lo más lejos posible. El contrario va á buscarla, y desde aquel punto la arroja, procurando que entre en el cuadrado y el otro trata de impedirlo con el palo, porque si entra, tiene que ceder el puesto al contrario. Cuando la billarda no entra en el cuadro, el que tiene el palo sale y le da tres golpes en uno de los extremos, diciendo: una, dos y tres; procurando despedirla de nuevo cada vez que salta. Si al arrojar el contrario la billarda sobre el cuadro, ésta cae en raya, el *mano* no pierde, pero sólo tiene derecho á darle un golpe, lo que redunda en beneficio del *porra*, que tiene más probabilidad de poderla entrar en el cuadro. Puede hacer perder al compañero de dos modos: una metiendo en el cuadro la billarda, y otra recogiéndola en el sombrero cuando va por el aire. En los dos casos, el *mano* tiene que ceder el puesto.

den, tomando por medida el pie, en lugar de el palo que se usa en la *billarda.*

Este juego pocas veces se lo dejan jugar en las calles, por el riesgo que corren los cristales de las ventanas y las *espinillas* de los transeuntes.

Zafra.

5.

La pelota.

Es este juego tan universalmente conocido, que creemos casi inútil su descripción. Eligen los jugadores una pared elevada y sin huecos: á una altura convencional, de unos dos metros, por ejemplo, tiran una raya horizontal, y desviándose unos diez ó doce pasos, toman la pelota, y haciéndola botar en el suelo, la despiden con fuerza sobre la pared. La *pelota*, rechazada por el obstáculo que encuentra, viene á caer otra vez al suelo, botando de nuevo, y allí tiene que ir á buscarla el compañero del primero que tiró, para volver á enviarla á la pared, siguiendo el juego en esta forma y alternando los jugadores. Cuando uno de éstos no acierta á dar á la *pelota*, cuando ésta salta en el suelo y se le escapa, ha perdido, y cuando la *pelota* al ser despedida por el jugador contra la pared da por bajo de la raya mencionada, hay que apuntarle una *falta*, en cuyo caso pierde un tanto ó los que se hayan convenido.

De este juego, como de el de la barra, hacen más uso los hombres que los niños. En España está este juego consignado en la historia, como causa principal de la muerte de Felipe I (el Hermoso), archiduque de Austria, y esposo que fué de D.ª Juana I de Castilla, reina de España.

Zafra.

6.

Los capellanes.

Es otra forma del juego de la pelota, y del que solo hacen uso los niños. Hacen en el suelo un hoyo para cada uno de los jugadores, en línea recta ó circular. Cada jugador á su vez tira la pelota rodando en dirección á los hoyos desde una distancia convenida, procurando cada uno de por sí tirarla de modo que no entre en su hoyo. Cada vez que la pelota entra en uno de los hoyos, echan una china. El primero que reune doce es el que pierde, el cual tiene que ponerse en una pared vuelto de espaldas, en tanto que los demás jugadores, desde una distancia que antes han convenido, le tira cada uno un *pelotazo.*

Otras veces no echan chinas, sino que al tirar la pelota, procura cada uno que entre en su hoyo, pues en este caso, la recoge y tira con ella al que encuentra más próximo, pero si la pelota cae en un hoyo que no es el suyo, tiene que salir huyendo como los demás,

pues el dueño del hoyo favorecido con la pelota, es el que la coge para tirar al que puede. El que recoge entonces la pelota, es el que tira después.

Hay además otra forma de juego de pelota, que consiste en ponerse cuatro chicos formando un cuadro bastante extenso y enviarse uno á otro la pelota mediante el bote que ésta da en el suelo al ser despedida por el compañero. A esto le dicen *jugar al bote*. (1)

7.

La barra.

La barra es juego de fuerza, un ejercicio gimnástico para desarrollar las fuerzas musculares, y del que hacen más uso los hombres que los niños, según dejamos dicho en el número 5 de esta serie. La barra, llamada *palanca*, es un barrote de hierro, redondo, de una vara de largo y cuatro ó cinco pulgadas de grueso, con una de las extremidades aguzada y la otra en forma de paleta. El jugador la coge por el medio con la mano derecha, y separando las piernas,

(1) El núm. XXIII de los juegos monferrinos del señor Ferraro, titulado *Le Pietruzze*, es muy semejante á éste, sólo que en lugar de pelota, usan un trozo de madera. Las piedras que echan en el hoyo son diez. La penitencia es recoger las piedras de los compañeros, sufriendo las burlas de éstos.



la pasa por debajo, é imprimiéndole un movimiento de avance y retroceso, así que toma vuelo, la despide cuan largo le es posible. Aquél que al despedir la barra salva más distancia, gana la partida.

Zafra.

8.

El Repión.

El *repión* es un juguete de madera de forma cónica y base esférica muy semejante á la de un globo, solo que la parte estrecha acaba en una punta de hierro ó acero que llaman *púa* y *puya*. Esta *púa* tiene á raíz de la madera una pequeña garganta para sujetar en ella el cordel con que se le hace *repiar*. Este cordel, que tiene las dimensiones con arreglo al tamaño del repión, lleva en un extremo un nudo, en el cual se sujeta una redondela de cuero que llaman *zapatilla*. Por el otro extremo se empieza á liar sobre la pua hasta terminar el cordel, el cual queda sujeto por la *zapatilla* entre los dedos anular y meñique. Después, elevando la mano y trazando un círculo en el espacio, se arroja sobre el suelo, quedando el cordel en la mano, y merced al impulso de ésta, el repión sale dando vueltas con tanta rapidez, que le permite sostenerse largo tiempo en equilibrio sobre la *pua*, hasta que se *apaga*, que es cuando, perdiendo la fuerza, cesa de

girar. Llaman á esto *repiar el repión.* En Andalucía dicen *bailar el trompo.* (1)

Zafra.

9.

El Tango.

Se coloca de pie un taruguito de madera redondo ó cuadrado, al que llaman *tango*; sobre éste se ponen tantas monedas de cobre como jugadores hay. Estos, que se hallan provistos de una piedra plana, á la que llaman *tanga*, la arrojan sobre el *tango* desde una distancia conveniente, y si no le da, tira otro. Cuando un jugador le da, claro es que tango y monedas salen rodando, y entonces las monedas que están mas próximas al *tango*, vuelven á ponerse sobre éste, guardándose el jugador las que se hallan más cerca de la *tanga*. Como los chiquillos por lo general no tienen dinero, lo sustituyen con *tejoletas* de barro cocido del tamaño y forma de las monedas.

También suelen jugarlo sin monedas, y entonces, al despedirlo con la *tanga*, miden los juegos desde el sitio donde el *tango* se pone hasta donde ha ido á parar á impulso del golpe. Cada *juego* se compone de doce pies. (2)

Zafra.

---

(1) En Andalucía le llaman *El trompo.*
El Sr. Pitrè lo titula *A la strúmmula* (núm. 83, p. 158); trae varias formas de este juego.

(2) En el Monferrato (Italia), según el Sr. Ferraro (nú-

10

Cara y cruz.

Se juega generalmente con dos monedas de cobre. Uno de los jugadores las coge con los dedos pulgar, índice y corazón de la mano derecha, y pregunta al compañero: —¿Qué pides, *cara* ó *cruz*?—y éste contesta, *cara* ó *cruz*, según le parece. El primero las arroja por alto, y si sale lo que ha pedido el segundo, éste gana; en caso contrario, gana el que tira. Si alguna de las veces sale *cara* y *cruz*, hay empate y no sirve, á no ser que el compañero haya pedido *cara* y *cruz*, que también es permitido, del mismo modo que en el juego que sigue, de los alfileres, puede pedirse á la par *puntas* y *cabezas*. (1)

Zafra.

---

mero XXXV), se llama *Il Rollino* ó *Brollino*, y en Toscana *Il Susi*. El Sr. Pitrè lo titula *A lu Tornu* (núm. 7, p. 33).

(1) Es el núm. XXXVI de los juegos del Sr. Ferraro, que lo denomina *Crus e griff*. En Ferrara se llama *Arma e lettra*, en Sicilia *Acula e Cruci*, en Francia *Croix et pile* y en Inglaterra *King or crown*.

Ad Acula ó cruci lo titula el Sr. Pitrè, núm. 33, p. 92 de su colección. El ilustre mitógrafo, al ocuparse de este juego en el prólogo de su colección ya citada, dice que el juego *¿de cara ó cruz?* se llamaba en España antiguamente *Castilla ó León*, en recuerdo de la unión de los dos reinos. Respetamos la autorizada opinión del eminente escritor italiano; pero en nuestro sentir, este juego toma el nombre de las monedas con que se juega. Las monedas antiguas de Castilla que hemos tenido ocasión de ver ostentaban por un lado un castillo y por el

11.

Los alfileres.

Hay dos modos de jugarlos, *al puño* y *al uñate* ó á *la cruceta.* Para la primera forma, toma el jugador uno ó más alfileres en cada mano, se coloca éstas en la espalda para evitar que el contrario vea la colocación de los alfileres, y presenta los puños cerrados á éste. El compañero coloca otros dos alfileres sobre la parte que queda libre en la palma de las manos, y pide *cabezas* ó *puntas*, según le parece. El primero abre las manos, y se ve quien gana. Si las cabezas de los de dentro salen unidas á los de fuera, son *cabezas*; si están en situación inversa, son *puntas*. Otras veces, como sucede en el juegó anterior, suele pedirse las

---

otro un león; así como las más modernas, hasta el reinado de Doña Isabel II (de dos cuartos), ostentan por el anverso el busto (la cara, que decimos comunmente), del rey ó reina, y por el reverso cuatro lises en forma de cruz con el escudo de la casa real en el centro, por lo que decimos *cruz*. Pues bien; así como ahora decimos *¿cara ó cruz?*, tomándolo de las monedas, creemos que por la misma razón pudo decirse en lo antiguo, no Castilla, sino *¿castillo ó león?*

El Sr. Pitrè añade, que este juego es conocido en Francia, Inglaterra, Germania, Finlandia y Rusia, y era muy popular en tiempo de los romanos con el nombre de *Caput aut navis*, por tener las monedas con que tiraban, de un lado el busto de Jano, y del otro la figura de un navío. Esto precisamente corrobora nuestra opinión sobre el nombre que le damos los españoles.

dos cosas á un tiempo, así se evita el empate, aunque por lo general en este juego, se indica el puño donde se pide *cabezas*, y el en que se piden *puntas*.

El *uñate* ó *cruceta* se juega sobre una losa, una mesa, una tabla, etc. Se ponen dos alfileres separados, y con la uña del dedo pulgar de la mano derecha, se les va dando alternativamente para aproximarlos, procurando montar uno sobre otro, en forma de cruz. De aquí se derivan los nombres de *uñate* y *cruceta*. Al tiempo de irle dando, los jugadores van diciendo:

— Uñate.
— Calabazato.
— Inglés.
—Entra, portugués.

Zafra.

12.

El tieso.

Se tienden los niños en el suelo; dos hacen de directores, y pasan por entre ellos tocando un tambor, más no dan señales de vida. Suena una corneta, y los tendidos se mueven, y entonces los directores, cogiéndolos cada uno por un brazo, los levantan. Si al levantarlos no doblan el cuerpo, van á la Gloria; pero si lo doblan, van al Infierno. Después los directores, sin ser vistos, ponen dos señales á las que dan á su antojo el nombre de Gloria é Infierno, y hay una

nueva elección, según que aciertan ó no cuál es la Gloria ó el Infierno. (1)

13.

El Hoyo.

Hacen los niños un hoyo en el suelo, y cogiendo algunas monedas las arrojan á él desde una distancia determinada. Las monedas que quedan dentro del hoyo significan los tantos ganados, no contando las que quedan fuera. Llaman también á este juego *las chapas*, nombre que deriva de unas redondelas de plomo denominadas *chapas*, con las que reemplazan á las monedas.

Zafra.

14.

Peña Ronca.

Este juego es de china; al que le toca, ese se *queda*. Otro niño, generalmente el más pacífico, dice: —Yo soy la *madre.*—Se sientan en el umbral de una puerta, y aquel que le ha tocado la china, se arrodilla ante él y oculta la cara entre sus rodillas; los demás jugadores se ponen detrás del arrodillado, uno des-

(1) Recordamos que en Zafra se jugaba un juego muy semejante á éste, con el nombre de *Levantamuertos*.

pués del otro. Una vez colocados en esta posición, entre la *madre* y el último de los chiquillos se entabla el siguiente diálogo:

—Peña Ronca.
—*Cucumbé.*
—Pega un saltito y vete á esconder.
—¿Chico ó grande?
—Hasta que te salte la sangre.

El aludido da un salto y marcha á esconderse. Vuelve á reproducirse el diálogo tantas veces como muchachos hay detrás del que está arrodillado. Cuando la *madre* ve que están todos escondidos, dice:

—Pajaritos del monte
Que suelto la jaula.
—Pajaritos del monte
Que ya está soltada.

Suelta entonces al chico que tiene sujeto, el cual va en busca de los que están escondidos, ocupando después su puesto aquel que se ha dejado coger.

Zafra.

(Variante).

Otras veces, aunque el juego es el mismo, al empezar dicen esta otra formulilla:

—Aceitera,
Vinagrera,
Rás con rás,
Amenazar y no dar.
Dar sin temer,

Dar sin hablar,
Un pellisconcito en el c...
Y echar á volar.

Esto dice la *madre* y los demás lo repiten, excepto el *dar sin hablar*, porque el que lo dice pierde, y como á cada cosa que dicen van dando un golpecito sobre el que está arrodillado, si lo dan cuando dicen *amenazar y no dar*, también pierden. En los dos casos, el que pierde sustituye al arrodillado.

El resto del juego es igual.

Zafra.

Otra variante.

La forma del juego es también igual, sin más diferencia que la fórmula, que es así:

—Cantimplora,
Cantimploremos,
Buenos hijos tendremos
Sin hablar,
Sin reir,
Un pellizquito en el c...
Y echar á *juir*. (1)

Villafranca.

(1) En Sevilla se conoce con el nombre de *La Cantimplora*, como en Villafranca, y la fórmula que emplean es muy parecida á la de este último punto. La *madre* va diciendo y los demás repitiendo:

— A la Cantimplora
A la mazmorra.
¡Cuántos juegos tenemos



15.

Salta picón.

Se sientan todos los niños en el suelo, bien formando círculo ó en línea recta, escepto el director que queda de pie. Éste va recorriendo la línea ó el corro

---

Y no sabemos jugar!
¡Amagar y no dar! (*a*)
Dar sin reir. (*b*)
Dar sin hablar. (*c*)
Un golpecito en el c....
Y echar á volar.

Vánse á esconder todos, y luego de escondidos, se entabla el siguiente diálogo:

— ¿Hay pájaro' 'n el monte?
— Bastantes hay.
—¿Suelto la red?
—Suéltela V.

En Cataluña, según el Sr. Maspons, se llama este juego *Cunillets*, y es de este modo:

—Cunillet amaga, amaga,
que la llebra va á cassá,
de nits y de días,
escorxa botinas,
escorxa butons;
si no trobas cunillets,
t' estiraré las orellets,
si no trobas cunillons,
t' estiraré los orellons.

Se van todos á esconder, y después siguen:

(*a*) Extienden la mano, pero no tocan para no perder.
(*b*) El que se rie, pierde,
(*c*) El que repite la frase, también pierde.

y tocando con la mano la cabeza de los jugadores, como si los fuese contando, diciendo al mismo tiempo:

—Cucharón, rón, rón,
Salta picón.

El último niño que ha tocado se levanta, contestando después á las preguntas que les hace el director:

—Cunillets, cunillets,
¿esteu ben amagadets?
—Sí.
—Amaguens be,
que la llebreta vè.

El Sr. D. Giusseppe Pitrè trae dos juegos, uno con el número 93, p. 182, titulado *A Caca-Linusa:* y otro con el número 94, p. 184, titulado *A Pumu russu.* El primero es como sigue:

El escondido.—Caca linusa.
Caca litusa.
Todos. . . . . —Non parrati,
non riditi;
Datici un pugnu,
E vi ni fuiti.

El segundo, hélo aquí:

La madre. . .—¡Pumu russu!
El último. . .—Priminti.
—¿Sai cantá'?
—Sacciu cantari
—Canta un pocu
—¡Cucurucù!
—Dacci un càuciu
E un pugnu di cchiù.

Como se ve, la primera fórmula es muy parecida á *La Cantimplora* y la segunda es semejante al *Peña ronca.*

Cita además el Sr. Pitrè las variantes de Alimena, Mazzara, Acireale, Modica y Siracusa.

—Madre mía, dame pan.
—¿Y el que te dí?
—Me lo comí.
—¿Y el que te sobró?
—Periquillo se lo comió.
—¿Dónde está Periquillo?
—Pelando un gallo.
—¿Y su mujer?
—Haciendo *biñuelos*.
—¿Cuántos te dió?
—Uno y medio.
—¿Y para mí?
—Cagajones de albañil.

Al decir esto, el director, que tiene una correa en la mano, sale detrás del otro dándole correazos cuando lo alcanza. El perseguido procura evitarlos dando vueltas á la rueda ó línea, hasta que consigue sentarse en su sitio. Una vez sentado ya no hay derecho á pegarle. Vuelven á contar de nuevo y sigue el juego en la misma forma, aunque alternando los jugadores.

Este era el juego según lo recordamos, pero interrogados sobre ello algunos niños de ahora, nos dicen que el anterior diálogo no termina en *albañil*, sino que continúa en esta forma:

—¿Y la sal?
—En el costal.
—¿Y el aceite?
—En el pucherete.
— Siéntate Mariquilla.
De mi mollete.

En honor de la verdad, confesamos no recordar si en otros tiempos se hacía mención de este último trozo. (1)

Zafra.

16.

La rueda de la correa.

Damos tal nombre á este juego en reemplazo del suyo propio, que no recordamos.

Es este uno de los juegos que han desaparecido de las costumbres, al menos en Zafra y otros pueblos de Extremadura, pues como no lo recordamos bien, hemos tratado de informarnos, no sólo de los niños, sino de otros que ya han dejado de serlo; sin que hayamos podido agregar ningún nuevo dato á los pocos que conserva nuestra decaída memoria. Hélo aquí según lo recordamos:

Unos cuantos niños se cogían de la mano y formaban rueda; otro que tenía en la mano una correa, daba vueltas alrededor del círculo. Como en toda clase de juegos, los intereses entre unos y otros eran encontrados. El uno procuraba ver cuál de los de la rueda estaba más descuidado para echar detrás de él la correa sin que se apercibiera de ello, y por su parte los otros, trataban de no descuidarse y observaban sus movi-

(1) El núm. 163, p. 286 de la colección del Sr. Pitrè, titulado *A Figgiau 'a jiatta*, es igual á este juego extremeño.



mientos. Cuando el que llevaba la correa la arrojaba detrás de uno, éste, si la veía, se soltaba, la recogía y salía detrás del que la arrojaba, dándole correazos; pero si al echarla no la veía el interesado, el que la había echado volvía atrás, la cogía y empezaba á sacudir correazos sobre el descuidado jugador, el cual, al sentir la correa, salía huyendo. En uno y otro caso la persecución cesaba cuando el perseguido podía agarrarse á los de la rueda, ocupando el puesto que había quedado vacante. Si para practicar esta operación existía ó no alguna formulilla semejante á la del juego anterior no lo recordamos; pero, aunque sin darlo por seguro, creemos que había algo de esto. (1)

Zafra.

(1) Este juego es tan antiguo, que ya se ocupaba en él Polux (Onomasticón, IX. 115.) «Se forma un círculo —dice— alrededor del cual da vueltas un niño, que tiene en la mano una cuerda que trata de colocar detrás de uno de los jugadores, sin que éste lo vea. Si, en efecto, éste no se apercibe, es condenado á dar una vuelta al círculo seguido del director, que le da golpes con la cuerda, pero si se apercibe, entonces él es el que toma la cuerda y persigue al director, pegándole.»

Es, pues, igual exactamente al nuestro.

El Sr. Pitrè también lo trae en su colección, p. 276, número 153. Según el escritor italiano, formada la rueda, el director echa la correa, y si el niño no la ve, el maestro la recoge y sale persiguiéndolo, entrando y saliendo en la rueda; cuando el perseguido se ve apurado, dice á otro de los del corro: *Vacci tu:* el interpelado deja su puesto al otro y sale á su vez persiguiendo al director.

El final del juego siciliano se parece mucho al nuestro de *La Rueda de socorro*, núm. 39 de esta serie.



17.

Esconde correa.

Después de dar la china los niños, el último que se queda con ella es el que empieza el juego.

El jugador favorecido por la suerte, toma la correa y va á esconderla á un sitio donde los otros no lo vean; una vez escondida, se separa un poco y dice: —¡Ya!— Los demás jugadores corren á buscarla, empresa no muy fácil que digamos, aunque, para no hacer su tarea imposible, el que la esconde tiene obligación de hacer las siguientes indicaciones, según que los buscadores se alejan ó se aproximan á la correa:

—Frío, frío, frío,
Como las aguas del río.
—Calor, calor, calor, etc.

y á mayor abundamiento, al decir *calor*, tiene que indicar el nombre de aquel que esta más cerca. Hecha esta indicación, todos, naturalmente, se agolpan á aquel sitio, y el encuentro de la correa es inminente. El autor del escondite sigue de lejos las peripecias del juego, diciendo á medida que se aumentan las probabilidades del encuentro:

—Calor, calor, calor,
Que se quema, que se quema.
¡Que se quemó!

Al oir esto, todos huyen hacia el punto donde empezaron hasta donde los persigue el que encontró la correa. Algunas veces sucede que alguno de los jugadores, creyéndose aludido con el *se quemó*, sigue buscando hasta tanto que viene á advertirle su error, con un correazo, aquel que ha conseguido coger la correa. (1)

Zafra.

18.

Pares ó nones.

Coge un niño en la mano algunos alfileres, garbanzos, avellanas, monedas ú otras cosas por el estilo, y presentando á otro niño los puños cerrados con el dorso de la mano hacia arriba, le pregunta:

—¿Pares ó nones,
Ó titiritones?

Si el preguntado acierta el número de los objetos

(1) También conocen este juego los sevillanos. El señor Maspons en su obrita citada, pág. 82, lo da á conocer como juego catalán con el nombre de *Campaneta la ninch ninch.* Dice así el que esconde la correa:

—La campaneta la nich, ninch,
qui la trova ja la tinch,

y á medida que los jugadores se van acercando al sitio donde está escondida, dice:

—Ja 's creman.
Ja 's creman mes.
Ja 's creman menos, etc.

contenidos en la mano, gana y se los lleva; mas, si no acierta, tiene que dar un número de objetos de la misma especie, á los que contiene en las manos el otro jugador. (1)

Zafra.

19.

Saltar á pie juntiyo.

Convenido por los niños el objeto ó distancia que hay que saltar, tienen que verificarlo con los pies unidos, pues el que al saltar los separa, ese ha perdido. Unas veces hacen en el suelo dos rayas horizontales separadas, y poniendo los pies al nivel de una de ellas, tienen que salvar la distancia que existe entre las dos. Otras veces sólo hacen una raya, y el objeto es ver cuál salva más espacio al saltar, ó bien es un poyete, una mesa ú otro objeto el que hay que saltar, sin tocarlo con los pies. Es un ejercicio gimnástico que suele ser peligroso, toda vez que algunas veces los jugadores suelen poner en el suelo la cabeza antes que los pies.

Zafra.

---

(1) El núm. XIV de los juegos monferrinos, publicados en el *Archivio* por el Sr. Ferraro, es igual á éste; sólo que en lugar de pares ó nones, el jugador tiene que acertar el número de avellanas, botones, céntimos ú otros objetos que encierra en la mano.

El Sr. Pitrè, en su última colección de juegos, ya citada, pág. 85, núm. 27, trae uno como este en que nos ocupamos, y que titula *A paru e sparu.*



20.

Á la una anda la mula.

Reunidos los niños para jugar, echan la china para ver cuál es el que se *pone de burro*. Al que le toca tiene que ponerse con el cuerpo inclinado hacia adelante, formando una especie de arco, con las manos apoyadas sobre las rodillas, y los demás niños van saltando por encima de él de un lado para otro, apoyando al hacerlo las manos en la espalda del *burro*, pero sin tocarle con las piernas, pues entonces pierde y tiene que cambiar de puesto con el que está debajo. Al saltar el primero, dice:

—Á la una anda la mula.

Todos tienen que repetir lo mismo que dice el primero, y lo mismo sucede en todas las vueltas sucesivas hasta concluir toda la relación, que es como sigue:

—Á las dos, el reloj.
—Á las tres, machaca, machaca el almirez.
—Á las cuatro, brinco y salto.
—Á las cinco, salto y brinco.
—Á las seis, el mejor vino que bebe el rey.
—Á las siete, salto y pongo mi capiruchete.
—Á las ocho, salto y quito mi bizcocho.
—Á las nueve, desata la burra y bebe.
—Á las diez, otra vez, si tiene *sé*.
—Á las once, *yama* el conde.

—Á las doce, le responde.
—El conde de *Ingalaterra*,
Mandó desollar una perra,
Con un *cuchiyo* de caña.
—*Ayá* 'rriba en la montaña,
Hay un pino,
En el pino un nido,
En el nido un huevo,
En el huevo un pelo.
—Tirando de este pelito
Salen los pajaritos.
—Pún-pún, que tocan á fuego.
—Pún-pún, que ya están aquí.
—Pún-pún, que echen á *juir.*

A medida que van saltando al decir esto últo último, salen todos huyendo, y para dar tiempo á que huya el último que salta, el que ha hecho el *burro* tiene obligación de dar tres vueltas, saliendo después en persecución de los otros, siendo sustituído por aquel que logra alcanzar.

Los jugadores tienen que imitar todo aquello que dicen cuando van saltando. Al sétimo salto, tienen que dejar un sombrero sobre la espalda del *burro* y quitarlo después al octavo salto, pero sin dejarlo caer al suelo, pues el que lo deja caer, pierde.

Hay otra variante que es exactamente igual en todo, excepto en el final, que es como sigue:

—Á las doce, le responde.
—Á las trece, le amanece.
—Á las catorce, huir ladrones

Que le roban los calzones.
—Á las quince, repartirse.

Todos se van á esconder, y cuando llaman va el otro á buscarlos.

Zafra.

Variante.

Se ponen los niños en la misma forma que en el anterior, y al saltar van diciendo:

—Linaje, de lino forraje.
—*Culâ*, que no vale dar.
—Chiquitita, pero *asentâ.*
—Primera *rodiyâ.*
—Segunda *rodiyâ.*
—Sexta, noru, noru,
La robinsona postetoru.
—*Juir*, que vienen los moros.
—*Juir*, que ya están aquí.
—*Juir*, que me dan á mí.

Salen todos huyendo y el otro los persigue. Al decir *primera rodiyâ* tienen que doblar la rodilla derecha sobre la espalda del paciente y la izquierda en el salto siguiente. (1)

Zafra.

(1) Llámase este juego en Sevilla *A Piola* y *Salto de la comba.* El Sr. Rodríguez Marín, en su obra citada, t. I, páginas 103 á la 106, trae tres variantes. También el señor Palomo Ruiz, en su articulito del *Folk-Lore Andaluz* ya citado, pág. 198, trae una versión sevillana, que es parecida á la variante extremeña. Héla aquí:

—Candaje.
Linaje.
San Bisente
Agua caliente.
San Blas
Una media é pan.
A la güerta verás.
La c... que te voy á da.
En la primera {perdoná.
{dá.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
En la sexta {perdoná.
{dá.
Los frailes capuchinos
Ban á picá er pepino.
Los frailes de San Bisente
Ban á bebé agua caliente.
Los frailes de Sanluca
Ban á comé asuca.
El rey tenía una siya
Que se sentaba él;
Daba tres güerta.
Y echaba á corré.

21.

El chinche la JABA.

Se pone un niño, que hace de *burro,* cogido á una ventana, con el cuerpo doblado. Los demás jugadores se van *escarranchando* sobre él, unos encima

En los *Jochs de la Infancia*, de Maspons, págs. 85 y 86, hay un juego igual á éste con pequeñas variantes, que denominan los catalanes *Saltar pilans.* Dice el Sr. Maspons:

«Hay un niño que por la suerte es designado para que sal-

de otros. Cuando todos están subidos, el de abajo pregunta y el de arriba contesta lo siguiente:

—¿Hay uvas?
—No están maduras.
—¿Hay peros?
—Entre V. por ellos.
—¿Y si me muerde el perro?
—Tírele V. con un leño.
—¿Y si me muerde la jaca?

---

ten sobre él los demás niños, cada uno de los cuales elige un número, desde el uno hasta el que alcance, según los jugadores que hay, y entonces van saltando correlativamente. Exceptuando al que le toca saltar, todos gritan:

—A la una.

A lo que tiene que ir contestando el que salta.

—Lo sol y la lluna.
—A las dos.
—La cara de gos.
—A las tres.
—Saltar y no dir res.
—A las quatre.
—Lo gat y la rat.
—A las cinch.
— Passa que ja 't tinch.
—A las sis.
—Lo peu de 'n Lluis.
—A las set.
—Lo senyoret.
—A las vuyt.
—Lo diná ja es cuyt.
—A las nou.
—Lo sopá ja 's cou.
—A las deu.
—Lo salt de lo guineo.

Y siguen de este modo hasta que saltan todos.»
Dice el Sr. Maspons que, á medida que van saltando, se van

—Tírele V. con una estaca.
—¿Y si me da una *patá?*
—Eche V. el borriquito á respingar.

El de abajo empieza á moverse, hasta que los que están encima pierden el equilibrio y vienen al suelo.

Zafra.

(Variante.)

¿Quién engrima?

Se pone un niño en la forma que ya hemos indicado, pero con los ojos vendados, otro de los jugadores salta sobre él y queda montado, en tanto que uno de los otros dice:

—¿Quién engrima?

El paciente tiene que decir quién es el que ha saltado; si acierta, cambian de puesto uno y otro; pero

---

poniendo en la misma forma que aquel sobre que han saltado, para que el que venga detrás vaya saltando por encima de ellos, haciéndose así el juego interminable.

Este último se hace también en Extremadura; pero forma juego aparte llamado *Quita y pon*, el cual damos á conocer con el núm. 22 de esta serie.

Los números 123 y 124 de la colección del Sr. Pitrè son muy semejantes al nuestro (págs. 220 á la 228).

En la Marca italiana, según el Sr. Nazareno Angeletti, se conoce con el nombre de *Saltamuletta*. También en el Monferrato existe con el nombre de *Il Volteggio*, señalado con el núm. XII en el artículo ya citado del Sr. Ferraro, quien afirma haberlo también en Ferrara con el nombre de *Spanon*.

Según Tommaseo, (canti pop. greci, pág. 88), este juego se usaba en Grecia como medio de ejercitarse en el salto.

si no acierta, dice el de arriba para que conozca que se ha equivocado:

—Otro encima,

y salta otro, repitiéndose la misma pregunta siempre que sube alguno, hasta que acierta.

Zafra.

22.

Quita y pon.

Se ponen los niños formando una especie de cordón, pero separados uno de otro, todos con el cuerpo inclinado, como en los juegos anteriores, excepto uno, que es el primero que salta. Este los va saltando todos uno después de otro, y á medida que salta va diciendo:

—Quita y pon.

Á lo que contesta el de debajo.

—Las doce son.

A medida que va saltando el que está inclinado, se levanta y sigue el ejemplo, saltando después de él, y todos van haciendo la misma operación. Cuando el jugador no encuentra niños que saltar, se pone él para que los otros salten, y lo mismo van ejecutando los demás, formando así una cadena interminable. (1)

Zafra.

(1) El Sr. Maspons trae un juego titulado *Caball fort*, que es muy parecido al nuestro. El que salta dice:

23.

Pasa gente.

Se reduce este juego á lo siguiente. Se ponen dos niños en una esquina, se *escarrancha* el uno sobre el otro, hasta que pasa un transeunte. Cuándo esto sucede, cambian de puesto, quedando entonces debajo el que estaba encima, y este cambio se repite siempre que pasa alguno, en cuyo caso el de debajo dice:

—Mosca.
—Abajo la rosa, —

contesta el de arriba, y se baja.

Zafra.

24.

Ropa, que hay poca.

Este, más que juego, es un incidente casual de los demás juegos. Cuando uno ó dos jugadores se caen, otro de ellos se echa encima diciendo:

Ropa, que hay poca,

—Caball fort, tente fort,
si per cas caus,
digas fava, del teu cor.

El de debajo, así que no puede aguantar y para que se bajen, dice:

—Fava.

á cuyo grito los demás acuden echándose unos sobre otros, hasta que el primeramente caído, pide por Dios que se levanten.

Otras veces lo emplean como juego.

Zafra.

25.

La soga.

Se ponen los niños en fila cogidos de la mano. Los dos de los extremos, dirigen el juego y representan el uno á San Miguel y el otro al Demonio. Entre estos dos se entabla el siguiente diálogo:

— Mozo *mocejao.*
—¿Qué manda el *reinao*?
—¿Cuántos panes hay en el arca?
—Veintiuno y el *quemao.*
—¿Quién lo quemó?
—El ladrón.
—¿Con qué dinero?
—Con el cascarón de huevo.
— Que pase por aquí mi caballero.

Éste, éste, éste, van repitiendo todos á medida que pasan precedidos de el demonio, por entre San Miguel y el chico que está á su lado, de modo que al pasar todos hacen dar á este último media vuelta sin soltarse, quedando con los brazos cruzados y la espalda vuelta. A esta posición le dicen estar casado, por eso al tiempo de ir pasando le dicen todos (suponiendo que el aludido se llame Manuel):

—Adios, Manolito del alma,
Que te casaste y no me convidastes.

Cruzado el primero, sigue la misma operación con los otros, hasta que todos quedan vueltos de espaldas, excepto San Miguel y el Diablo. El primero dice al segundo, que contesta lo siguiente:

—¿Me compra V. esta soga?
—¿Cuánto quiere V. por ella?
—Cinco duros.
—¿Es fuerte?
—Tire V. á ver si se rompe.

Tiran los dos con toda su fuerza, hasta que el más débil de los jugadores no puede sostener la tirantez, y suelta la mano, en cuyo caso cada uno de los directores arrastra consigo un grupo de chiquillos. Éstos se ponen respectivamente detrás de San Miguel y el Diablo, y agarrándose unos á otros por la cintura. Los directores se ponen frente á frente, y el Demonio dice:

—Angelitos del Cielo
Venir al Infierno.
Angelitos del Cielo, etc.

Se cogen de la mano derecha, y tiran hacia sí, ayudado cada uno de los que tienen detrás, y el grupo mayor concluye por arrastrar consigo al otro.

Suele suceder algunas veces que las fuerzas están niveladas, y no cede ninguna de las partes, y á una contracción de los músculos causado por los esfuerzos

que hacen, se les sueltan las manos y salen todos rodando, lo que forma la parte cómica del juego.

Zafra.

(Variante.)

Los niños se ponen en la misma forma, y los de los extremos dicen:

—¿San Juan de las cadenetas?
—¿Qué manda mi señor?
—¿Cuántos panes hay en la cesta?
—Veintiuno y el quemón.
—¿Quién lo quemó?
—La perrilla del mesón.
—Pues allá voy yo.

Pasan, y dejan uno cruzado. Cuando todos están en la misma forma, dicen:

—¿Me empresta V. una soga?
—Tiene muchos *nuos.*
—No importa, tire V.

Tiran, y así que la soga se rompe, salen todos corriendo tras los directores, diciendo:

—A repelar la madre,
A repelar la madre, etc. (1)

Mérida.

---

(1) Llámase este juego en Sevilla *La cadena*, y hemos presenciado la manera de jugarlo. Los chicos se ponen en la misma forma que en Extremadura, y dicen:

26.

El arbolito.

Reunidos los jugadores, uno que hace de director y que por lo general es el más ingenioso, plantea el juego de la manera siguiente:

—Tengo un arbolito, tan alto, tan alto, como...

—Compadre ajo.
—¿Qué manda el ajo?
—¿Cuántos panes hay en el horno?
—Veintiuno *quemaos.*
—¿Quién los quemó?
—La *perriya* e tío Simón.
—¿Quién da la *buerta?*
—La *perriya* tuerta.
—¿A quién l' ha *tocao?*
—Ar pañá c...
—Préndelo, préndelo, por *sordao.*

Y pasan por el arco hasta formar la cadena como en el extremeño, concluyendo con la rotura de la cadena.

El Sr. Rodríguez Marín, en sus *Cantos populares españoles*, t. I, págs. 99 y 100, trae algunas variantes.

En Olvera, pueblo de la provincia de Cádiz, según un amigo nuestro natural de dicho pueblo, lo juegan de este modo:

—Compadre, ajo.
—Matemelobón.
—¿Cuántos panes hay en el arcón?
—Veintiuno y el quemón.
—Matemelobón.

Forman la cadena y luego dicen:

—¿Compra V. una soga?
—Tiene muchos *nuos.*
—Tire V. á ver si se rompe.

Tiran, y á los que se sueltan les imponen un castigo, ó les

esa pared, (v. gr.) que tiene las hojas verdes y brillantes, que da una flor blanca, chiquitita y que

---

dan á escoger entre el Cielo ó el Infierno. Si eligen el primero, le tocan las palmas, si el segundo, le dan una grita.

Este juego en Cataluña, según el Sr. Maspons (pág. 37), es de este modo:

—Mossen Joan de las Abadessas:
—¿Qué mana mi Senyó?
—¿Quantas fullas hi ha al arbre?
—Trinta mil y un canó,
—¿Per quin pont passarém?
—Pel pont de las formigas.

Van pasando para hacer la cadena, y al pasar van diciendo:

—¡Ay, que pican!
—¡Ay, que pican!

El Sr. Rodríguez Marín, al ocuparse de este juego como rima infantil, en su obra citada, hace notar que todas estas versiones son derivadas de la fórmula recogida por Alonso de Ledesma á principios del siglo XVII en su obra (Juegos, etcétera). Héla aquí:

—¡Ah, fray Juan de las Cadenetas!
—¿Qué mandáis, señor?
—¿Cuántos panes hay en el arca?
—Veinte y un quemados.
—¿Quién los quemó?
—Ese ladrón que está cabe vos,
—Pues pase las penas que nunca pasó.

Pasan los niños, y queda cruzado el aludido.

En el Monferrato, según el Sr. Ferraro, (núm. XXIV de sus juegos monferrinos) se llama *Il Fornaio*. He aquí la fórmula:

—¿O fornaio è cotto il pane?
—Si, ma ê un po bruciato.
—¿Chi lo brució?
—Questo bel giovane.

Pasan formando la cadena, y concluida ésta, dicen:

huele mucho, y la fruta es redonda, color de oro. —¿Qué es?—

Aquí empiezan todos á dar tormento á la imaginación para ver qué arbol será el descrito (las descripciones son siempre variadas), y no falta alguno que, con la mayor frescura, emite su opinión diciendo:

—¿Diamo la corda ó il cordone? etc.

En Calabria le llaman *La catina.*

El Sr. Pitrè en su colección (pag. 241, núm. 132) presenta este juego ilustrado, como otros muchos, con una lámina en fototipia que representa á los niños en aptitud de jugarlo. Lo titula, *A tila, tila, tila.* Cita las variantes de Avola, Cianciana y Mazzara. Las dos últimas son las más parecidas al juego nuestro. Hélas aqui:

Cianciana.

1.ª parte.—¡O de celu e celu!
—¿Chi cumanna ssu celu?
—¿Quantu pani cc' è supra la banca?
— Un pani e mezzu.
—¿L' autru mezzu cu' si lu mancia?
—Ssu canuzzu ch' aviti á lu giru.

—

2.ª parte.—¿Aviti vistu 'na ritina di muli?
—Cumpà' li vitti.
--¿Com' eranu?
—Senza capristi.
— ¿D' unni pigliàru?
—A jiri ddocu.

Mazzara.

2.ª parte.—¿A cu' havi curdicedda?
—Vi la vinnu jeu.
—¿A quantu?
— A tri granu; scorcia d' ovu.
—¿Ad un granu mi la dati? etc.

—¿Será la calabaza?— Opinión que le vale el epíteto ¡animal!, con que le bautizan los otros. Cada cual va diciendo lo que le parece, hasta que uno más afortunado llega á decir: —¡El naranjo!—

Al ver que uno acierta, dice el director:

¡Hilo *morao*
Traérmelo *atao!*

Al escuchar *hilo morao*, sale á escape el que acertó, huyendo de los otros que lo persiguen para traerlo *atao*, según dice el director. Si lo consiguen, lo traen sujeto por las orejas, pero esto rara vez sucede toda vez que, para dar auxilio al que huye, cuando el director lo ve muy acosado, grita: —¡Roma! ¡Roma!— á cuya voz, el perseguido se convierte á su vez en perseguidor de los otros. Para prolongar el juego, el director vuelve á gritar: —¡Hilo *morao*, etcétera!— repitiendo este cambio de palabras cuantas veces lo cree oportuno. Cuando alguno de los perseguidos se deja coger, es llevado al director para que éste le imponga un castigo que, por lo general, se reduce á que lleve *encuestas* (á cabrito) á los otros chiquillos, diez ó doce pasos, ó cosas parecidas.

Zafra.

(Variante.)

La arboleda.

El que hace de director se pone en medio con un pañuelo anudado por una punta, y la otra extremi-

dad la entrega sucesivamente á los que pregunta, diciendo:

—Niños que van
Niños que vuelan
Es un árbol
De esta manera.

Hace la descripción de un árbol ó fruto, y sigue:

—¿Qué es?

Si no acierta el preguntado, pasa el pañuelo á otro para que conteste, hasta que uno acierta diciendo, por ejemplo:

—¡Nogal!
—Pues da nueces,

dice el director, y suelta el pañuelo para que el que ha acertado salga pegando á los demás que huyen delante de él. Cuando están á distancia oportuna á juicio del director, éste dice:

—Con hilo verde
Con hilo encarnado,
Traérmelo atado.

Corren entonces los otros tras el del pañuelo, y si lo alcanzan, lo cogen de las orejas hasta que llegan y repite delante del director el nombre del árbol ó fruta.

Como se ve, la diferencia entre el juego y la variante consiste solamente en que, la pregunta que en el primero es general, es particular en la segunda,

en la variación de la fórmula y en hallarse invertida la especie, pues así como en el primero el que acierta es el que primeramente es perseguido, en la segunda es él el que persigue. Por lo demás, el juego es el mismo.

(Otra variante.)

Es exactamente igual al de Zafra, con la sola diferencia de que la fórmula es como sigue:

—*Ciminín cerra* (1)
Tengo un arbolito
De esta manera.
Ni más chica ni más grande,

y hace la descripción. Después, cuando uno de los jugadores acierta, dice el director:

—Ciminín cerra,
Ciminín cerra, etc.

y el chico que acertó sale perseguido por los otros. Para variar y que no se alejen demasiado, dicen:

—Cera, cera, cera, etc. (2)

Mérida.

(1) *Ciminin-cerra*, corrupción de las palabras latinas *similis herba*, esto es, semejante yerba, una yerba ó planta de esta clase, etc. Esta frase solía aplicarse al principio de toda adivinanza que se refería á los árboles, plantas ó frutas.

(2) También lo hemos visto jugar en Sevilla. La *madre* (director) propone el juego de este modo:

—Ciminin-cerra
Cantaba una perra

27.

El jinque.

Este juego, generalmente no lo juegan los niños más que cuando la tierra está húmeda. Preparan en

---

Es un arbolito
De esta manera.

Hacía la descripción del árbol, y cuando uno conseguía adivinarlo, la *madre* decía:

—¡A oreja!

y el que había adivinado salía huyendo de los otros que trataban de cogerlo. Cuando la *madre* lo veía muy apurado, gritaba:

—¡Canuto!

y entonces el perseguido salía detrás de sus perseguidores.

En Sevilla, como en Zafra, el que acierta la adivinanza es el que primeramente sale perseguido, al contrario de lo que sucede en la variante que debemos al Sr. D. Joaquín Sama, en la cual el que acierta es el que persigue primero. La misma interpretación que en este último le dan en Cataluña, donde es conocido este juego con el nombre de *Romamá*, según el señor Maspons (Jochs de la Infancia, pág. 83) en que el que acierta la adivinanza (que no dice el Sr. Maspons cómo es), sale pegando á los otros en tanto que el director dice:

—¡Romamá, romamá!

Pero cuando dice:

—¡Romamí, romamí!

los perseguidos se vuelven contra el perseguidor que huye hasta que el director dice:

— Romamí tocam á mi,

en cuyo caso acuden todos y empiezan el juego de nuevo.

El Sr. Pitrè lo trae también en su colección con el título de

un sitio terrizo una especie de hoyo, donde la tierra mojada se hace un barro pegajoso y de bastante consistencia, para que al tirar sobre él un *jinque* quede clavado por una punta sin caerse. El *jinque*, es un palo de unas veinte pulgadas de largo, algo grueso y aguzado por uno de los extremos. Para arrojarlo, se coge por el extremo más grueso y se tira con fuerza sobre la tierra de modo que quede clavado perpendicularmeente, y entonces el compañero tira el suyo en la misma forma, pero procurando dar un golpe al otro, á ver si lo hace saltar. Si no lo consigue, vuelve á tirar el otro jugador, que lleva el mismo interés, con el palo del contrario. Cuando por la violencia del golpe se hace saltar el palo del compañero, se toma con la mano izquierda y cogiendo el propio con la derecha, se despide el del contrario todo lo lejos que sea posible para que su dueño vaya á recogerlo. Este juego lo hemos visto jugar también en Villafranca, donde le llaman *el jincote*, y en Mérida. En este último punto, cuando despiden el palo contrario mientras el dueño va á recogerlo, el que lo

A Rumè (núm. 154, pág. 278). Es muy semejante á la variante extremeña, *La arboleda*. Para llamar dicen:

—¡Rumè, ch'u mastru è sulu! ¡Rumè!

El Sr. Pitrè dice que es conocido en Avola con el nombre de *A Rumeu*, en Chiaramonte y Ragusa, *A Ramá*, en Marsala, *A merrameu spagnolu*, en Mesina, *Curniola lassa e pegghia*, en Girgenti, *ô nerbu*, en Siracusa, *ô Mazzuni*, en Módica, *auriccia* y en Catania, *A li frutti*.



despide tiene que clavar cuatro veces el suyo, diciendo:

—*Son, cañón, Talavera y Lobón.* (1)

Zafra.

28.

El caballo de caña.

Este es un juguete que se hace de una caña larga, á la cual se le pone en uno de los extremos otro trozo de caña de unas cuatro ó cinco pulgadas, figurando la cabeza de un caballo, á la que con una guita ó correa, se le simula una especie de brida. Suelen hacerlo los mismos niños, unas veces para jugar solos y otras para jugar varios á los *soldados de caballería.* (2)

Zafra.

(1) Es otro de los juegos citados por Polux (IX, 120), y lo explica de este modo: «Se juega con estacas aguzadas, y es preciso, no sólo clavar la estaca en el suelo húmedo, sino hacer saltar las otras estacas que están clavadas, dándoles en la parte superior.»

El mismo Polux dice que este juego dió origen al refrán tan conocido de «un clavo saca otro clavo,» «una estaca saca otra estaca.»

(2) Es tan antiguo este juego, que ya Plutarco en su obra (Apophth, lacon LXX), dice hablando de la vida de Agélisas: «Agélisa amaba mucho á sus pequeños hijos y tomaba parte en sus juegos cabalgando sobre una caña á estilo de caballo. Como uno de sus amigos lo sorprendiese un día en esta ocupación, le rogó á este amigo que nada dijese á nadie hasta que él mismo tuviese hijos.»

Valerio Máximo (VIII, VIII) refiere también esta anécdota, pero se la atribuye á Sócrates, á quien Alcibiades sorprendió

29.

El taco.

Éste, más que juego, es un pasatiempo de los chiquillos. Cortan un trozo de sauco de siete ú ocho pulgadas de largo, y sacándole el corazón que es estoposo como el de la higuera, queda convertido en una especie de cañón. Este es el taco. Después cortan un palo delgado algo más grueso que el hueco que deja la parte estraída, se adelgaza por un lado en una longitud algo más corta que el taco, de modo que pueda penetrar por el hueco ya indicado, sujetándose en la parte más gruesa. Esta es la baqueta. Introdúcese en el hueco del taco, y con auxilio de la baqueta, una bala de estopa humedecida en la boca, obligándola á que asome por el otro extremo, pero sin que salga, para lo cual la parte de la baqueta es un centímetro más corta que el taco. Cogen otra bala y la introducen del mismo modo, teniendo antes cuidado de llenar de aire el cañón, á fin de que el aire comprimido haga saltar con estrépito la primera bala al impulso de la segunda. Los muchachos suelen desafiarse unos á otros para ver cual de los tacos hace

montado sobre una caña. Horacio (que era célibe) encontraba esto ridículo en un hombre con barbas.

Es el núm. 12 de la colección del Sr. Pitrè, titulado: *Lu cavaddu*.

subir ó alejar más la bala. Estos juguetes se construyen también de otra madera más dura que el sauco, en cuyo caso el tubo del centro se le hace con una barrena ó tarraja. En Villafranca le llaman *el trabuco*. (1)

Zafra.

30.

El jabalero.

Se juega, por lo general, las noches de luna. La parte iluminada por este astro es el habal, donde uno de los niños, que es el *jabalero*, guarda las habas. Los otros chicos, que están en la sombra, van á robarlas. El guarda se hace el dormido para que se acerquen mucho á ver si los coge, y los otros, fiados en la ligereza de sus pies, se suelen acercar algunas veces demasiado. Los ladrones, haciendo demostración de coger habas, dicen:

—Tío *jabalero*,
Que le roban á V. las *jabas*.

Cuando el guarda cree que están más descuidados, sale tras los ladrones, que huyen á ampararse de la sombra que proyectan las paredes cercanas, terreno á donde no alcanza la persecución del guarda, pero si

(1) En el Monferrato se llama *I Mortareti*, núm. XLIV de los del Sr. Ferraro.

alguno se deja coger, en la parte iluminada por el astro nocturno, tiene que reemplazar al guarda en su puesto, y sigue el juego en la misma forma.

Zafra.

31.

El sombrerillo.

Consiste este juego en poner todos los sombreros en el suelo, dejando entre uno y otro el espacio suficiente para que quepa un pie de lado. Colocados en esta disposición, el jugador, con un solo pie (el derecho) va saltando de uno en otro espacio, pero sin pisar los sombreros, pues si los pisa, pierde. Cuando llega al último, despide con el pie el sombrero que está de punta, y vuelve retrocediendo del mismo modo á despedir el del otro extremo, hasta que los despide todos, pero sin que le sea permitido descansar.

Zafra.

En Olvera (Cádiz), existe también este juego, conocido por *la tanganilla*, si bien fijan el número de siete á los sombreros.

32.

La pina.

En un suelo terrizo, señalan los niños un redondel de regulares dimensiones con un hoyo en el centro, que se llama el *moso*, y un niño, que está dentro

de este círculo, se nombra el *mosero*. Los demás jugadores dan la china, y el último que se queda con ella, es el *porra*, y le toca guardar la *pina*, que es un trozo de madera pesada, ó una piedra; los otros niños quedan *oscos*, (libres). A una distancia convenida del redondel, hacen una raya recta en el suelo. Todos los niños están armados de varas con una porreta en la punta. El *mosero* coge la *pina*, y con el palo la despide en dirección á la raya, y el *porra* tiene que ir á traérsela dándole con la porreta, pero los demás procuran impedirlo dándole del mismo modo en direción contraria, esto es, hacia la raya dicha. Como ellos son muchos y el otro es solo, claro es que se la llevarían en seguida; pero el caso es, que para darle, tienen que andar con cuidado, porque si al tiempo de hacerlo, el *porra* les toca con la punta de la vara, el que se ha dejado tocar se convierte en *porra*. Por eso procuran al darle, huir el cuerpo, puesto que el otro no puede perseguirlos, por no dejar abandonada la *pina*. Cuando consiguen hacerle pasar la raya entonces el *porra* ha perdido y lleva la *palera*, que es el castigo que se le impone al que pierde. Pero si por el contrario el *porra* es listo y logra hacerla entrar en el círculo, dándole con la vara, gana, y dan de nuevo la china. Si al darle á la *pina* ésta pasa del redondel, el *porra* tiene derecho á echarla á mano, no solo en el redondel, sino, si le es posible, en el *moso*, lo que trata de impedir el *mosero* moviendo la

vara en todas direcciones, porque si la *pina* entra en el hoyo, el *mosero* y el *porra* cambian de puesto, y empiezan de nuevo.

Para dar la *palcra*, el que ha perdido coge su vara y la despide cuan lejos le es posible, y hasta tanto que llega al sitio donde la vara cae, los demás se están quietos; pero en el momento de llegar, todos arrojan sobre él las varas, procurando el castigado escapar á los palos.

Villafranca.

En Zafra se juega también este juégo casi en igual forma. (1)

33.

Arranca tierra.

Se trazan en un suelo terrizo, formando un gran círculo, tantos *hiles* (redondeles) cuantos niños toman parte en el juego. Cada jugador tiene una vara igual á las que usan en el juego anterior, y también un trozo de madera al que igualmente dan el nombre de *pina*. Las varas están aguzadas por uno de los extremos. Para empezar ponen la *pina* en el suelo, y cogiendo las varas á estilo de pluma, las van

(1) El Sr. Ferraro trae uno con el núm. XXXVIII, que titula *Ghin-nha*, que es muy parecido. Los niños, divididos en dos facciones, se colocan á veinte pasos. El director arroja un trozo de madera contra los contrarios. y unos y otros se disputan el arrojarlo fuera de la liza con los palos.



arrojando de punta uno á uno sobre la *pina*. El que dé más cerca es el *mano*, y el que dé más lejos, el *porra*. Pasan entonces cada uno á su *hile*, y cogiendo el *porra* la *pina*, se la echa al *mano*, que la recibe con la vara y tiene que darle, pues si no lo logra, se convierte en *porra*. Èste procura tirarla de modo que el otro no le dé, pero á su vez el *mano* tiene derecho á decir: —no la quiero,—cuando vé que viene mal dirigida, solo que ha de decirlo antes de amagar, porque si hace la tentativa, no le sirve, y pierde. Una vez tirada la *pina*, y recibida en el palo por el contrario, éste la coge, y sirviéndose de la vara, la despide tan lejos como le es posible, y allí tiene que ir el *porra* á recogerla. Mientras éste va por ella, los demás jugadores, valiéndose del extremo aguzado de la vara, empiezan á arrancar tierra en el *hile* del que ha ido por la *pina*, retirándose á sus respectivos *hiles* cuando lo ven venir. Si alguno se distrae y el *porra* consigue echar la *pina* en el *hile* del distraído, cambian los papeles, y éste último tiene que coger la *pina* y quedarse de *porra*. Cuando ya todos tienen tierra arrancada en sus redondeles, ó cuando les parece, van á ver quien tiene mayor cantidad, la miden, con más ó menos trampa, y el que tiene más tierra, sufre la *palera*, como en el juego anterior. (1)

Zafra.

(1) En Italia hay un juego muy parecido, solo que en lugar de arrancar tierra lo que hacen es robársela unos á otros.



34.

Los perros y las liebres.

Se reduce este juego á que los niños divididos en dos bandos, figuran unos ser las liebres y otros los perros. Hay un espacio que denominan las cuevas, y lo demás es monte. Cuando las liebres salen al monte y son perseguidas por los perros, procuran refugiarse en las cuevas donde éstos no pueden perseguirlas. Toda liebre cogida en el monte, queda fuera de combate.

Zafra.

35.

La Justicia y los ladrones.

Los niños se dividen en dos bandos, como en el juego anterior, sólo que uno de éstos es una partida de ladrones y el otro representa la guardia civil; ésta persigue á aquéllos, sólo que hay un sitio determinado donde cesa la persecución. Cuando la guardia apresa algún ladrón, lo llevan á presencia del juez, papel que desempeña otro niño, acompañado de un escribano y un alguacil. Se forma la causa y el reo es condenado á presidio. Después siguen persiguiendo á los demás, hasta que los cogen á todos. (1)

Zafra.

---

(1) Esta clase de juegos se hallan en todas partes. Lo

36.

Contrabandistas y carabineros.

En este juego, á semejanza de los dos que le preceden y conforme lo indica el título, los niños se dividen en carabineros y contrabandistas. Desde luego, y de común acuerdo, señalan una línea que indica la frontera, la cual está guardada por los primeros. Los segundos tratan de atravesarla para introducir el contrabando, y los carabineros se oponen; vienen á las manos los dos grupos, y aquel que puede más es el que vence.

Zafra.

37.

Moros y cristianos.

Este juego es una viva reproducción de nuestras antiguas luchas con los árabes durante la dominación sarracena en nuestra península, lucha en que siempre quedan vencidos los moros. El juego reviste muchas formas, pues unas veces es una altura la que hay que tomar, otras una boca calle la que se disputan, ya es un castillo ó una ciudad que hay que entrar á

trae el Sr. Ferraro en sus juegos monferrinos y lo mismo sucede al Sr. Pitrè, que trae cinco ó seis variantes.



saco, ó bien una batalla campal la que se libra; pero en todas ellas, como hemos dicho, salen siempre perdiendo los moros, que están representados por el grupo menos numeroso. (1)

Zafra.

38.

Correr la rata.

Se toma un objeto cualquiera para figurar la rata, generalmente una correa, un zapato ó un pañuelo anudado por una punta, uno de los chicos designado por la suerte es el encargado de buscar la rata; los demás, de correrla. Para ello se sientan todos, de espaldas, á lo largo de una pared, uno esconde la *rata* entre la pared y su cuerpo, y de este modo va pasando de mano en mano, sin dejarla ver del que la busca. Cuando éste lo hace en sitio donde no está, el que la tiene, si se encuentra cerca, se la hace sentir dándole con ella en la espalda y vuelve á esconderla rápidamente, diciendo:

(1) Este juego es también general en todas partes y en cada nación toma el nombre de las guerras más importantes que han sostenido, ya civiles ó extranjeras. Así en Grecia, por ejemplo, se llama *Turcos* y *Griegos*, y como en España son los *moros* los que quedan vencidos, en Grecia lo son los *turcos.*

El núm. XVII de los juegos monferrinos, titulado *La torre*, es igual á éste. Es un castillo que á la vez es atacado y defendido por las dos facciones.

—Ahí va la *rata;* el que se la deje coger tiene que buscarla. (1)

Zafra.

39.

La Rueda de Socorro.

Se ponen en rueda, pero en grupos separados de dos en dos, ó de tres en tres, etc. Uno, á quien designa la suerte, coge una correa y corre tras otro, también designado por suerte. Corre el uno á dar al otro, y éste, cuando se ve acosado, se entra en la rueda, y se coloca delante de uno de los dos grupos. En el momento tiene que salir el de detrás, para que no le peguen con la correa si se deja alcanzar. Cuando van muy distantes el perseguidor y el perseguido, aquél pide «¡manos atrás!» para entregar la correa y que se encuentre con ella el perseguido.

Zafra.

Como se ve, este juego tiene algunos puntos de contacto con el núm. 16 de esta serie.

40.

La Rueda de las coces.

Se cogen los niños de la mano, excepto uno, y empiezan á dar vueltas con la rapidez que les es posi-

(1) Muy parecido á este juego es el núm. 90, pág. 176 de la colección del Sr. Pitrè, titulado *A la Frischietta.*

ble. El niño que ha quedado fuera tiene que tocar con la mano á uno de los del círculo, misión que no es muy fácil conseguir sin exponerse á recibir un golpe, porque los de la rueda, para evitarlo, al dar vuelta van soltando talonazos, ó como dicen los chicos, *patás*, extendiendo las piernas para no dejarlo aproximar. Cuando, á pesar de todo, consigue tocar á uno, entra á formar parte de la rueda, siendo reemplazado por el que se dejó tocar. (1)

Zafra.

41.

El Oficialito.

Reunidos los niños que han de jugar, proceden al acto de *dar la china* con objeto de ver cuál es el que ha de hacer de *Oficialito*. Uno de los niños hace de maestro y no toma parte en la china ni en los saltos. Designado por la suerte el oficialito, lo llama aparte el *maestro*, y sin que los otros lo oigan, le indica el oficio que ha de tomar y la herramienta con que, al saltar, ha de perder el que la nombre. Después el oficialito se pone inclinado en la misma forma que en el núm. 20 de esta serie, para que los demás vayan saltando sobre él. Al ir saltando, los jugadores dicen:

—Oficialito nuevo,
¡qué lindo lo tenemos!

(1) En Sicilia le llaman *A lu lupu*, según el Sr. Pitrè, núm. 167, pág. 269.

Vuelven á saltar para el otro lado y le preguntan:

—¿De qué oficio?
—Carpintero,

contesta el oficialito, suponiendo que éste sea el oficio indicado por el maestro.

Ya, al volver á saltar, cada uno le va haciendo una pregunta acerca de las herramientas de su oficio, cuidando de nombrar una distinta cada jugador, porque si hay repetición, el que incurre en ella, pierde. Dicen así:

—¿Tendrá V. buenas sierras?

y el oficialito contesta:

—Muy buenas.
—¿Tendrá V. buenos cepillos?
—Muy buenos.

y así van nombrando los demás utensilios del oficio, hasta que uno acierta á nombrar el que el maestro señaló para que pierdan; por ejemplo, el escoplo, y al decir uno de los niños,

—¿Tendrá V. buenos escoplos?
—Aquí se vende eso.

dice entonces el maestro, y el oficialito es sustituído por el que nombró los escoplos. (1)

Zafra.

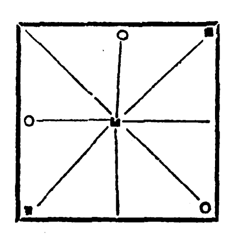
(1) Es el núm. 126, pág. 229 de la colección citada del Sr. Pitrè, titulado: *¡A scavu su' mastru!*

42.

Las tres en raya.

Este juego que en Andalucía, ó al menos en Sevilla, conocen con el nombre de *trincarro* (tres en carro) y nosotros denominamos quizá más gráficamente *tres en raya*, se juega del modo siguiente:

Sobre una losa, una tabla ó una mesa, se dibuja con tiza ó lápiz un cuadro; este cuadro se cruza por dos rayas diagonales y dos perpendiculares, quedando de este modo el cuadro dividido en ocho espacios triangulares, siendo ocho también los puntos donde las rayas se tocan, cuatro en los ángulos, cuatro en las mitades de los lados del cuadro y un quinto punto, centro de la figura donde se cortan, como puede verse en el siguiente modelo:



El juego se verifica entre dos niños; cada uno dispone de tres fichas. Estas fichas, que podemos dividir en negras y blancas, se van poniendo una á una y al-

ternativamente por los jugadores sobre los puntos en que las rayas se unen, empezando siempre por el central, y como éstos son nueve, resultan seis ocupados y tres libres para la defensa del juego. Este consiste en colocar el jugador sus tres fichas en línea recta, operación que el contrario procura evitar al mismo tiempo que tiende á colocar las suyas. Si los jugadores son listos, la operación es difícil, pues las fichas no pueden levantarse ni saltar ningún punto, sino solamente puede ser corrida á uno de los puntos inmediatos ó al centro, si éste está vacante, procurando no sólo que sea el más conveniente para su juego, sino á la vez ver el medio de no quedar en descubierto con el enemigo. Cuando uno de los jugadores consigue, como se ve en el modelo, poner sus tres fichas (las negras) sobre una de las ocho rayas que forman la figura, está conseguido el objeto, y dice:—*¡Tres en raya!*—y gana un juego, volviendo á empezar de nuevo. (1)

Zafra.

43.

La Rayuela.

Este juego consiste en señalar sobre el suelo con una piedra, si es terrizo, ó con tiza, si está enlosa-

(1) En la miscelánea del núm. 3 de la Revista del *Folk-Lore Andaluz* y en la pág. 80, se ocupa el Sr. Machado y Alvarez de este juego, llamado en Andalucía el *Trincarro.*

do, una figura rectangular, uno de cuyos de extremos está terminado por un medio punto, como puede verse en los modelos que presentamos más adelante. Esta figura está dividida en varios compartimientos, figurando una escalera. Cada división, como se verá, tiene su nombre particular. El modo de jugarlo es el siguiente:

El jugador, empezando por la parte inferior ó recta del rectángulo, echa una pequeña piedra plana, redonda ó cuadrada, sobre la primera división, y penetrando en ella sostenido solamente sobre el pie derecho, (1) tiene que hacer salir la piedra por el sitio donde entró. Concluído esto, la arroja á la segunda división y hace lo mismo, y sucesivamente va efectuando la misma operación en los demás espacios de la figura, aumentando la dificultad á medida que avanza. Como la posición no deja de ser molesta, le está permitido á los jugadores descansar en el espacio cuarto y en el sétimo, con prohibición absoluta de hacerlo en los otros cinco.

El jugador pierde en los casos siguientes: 1.º Cuando descansa en las divisiones 1.ª, 2.ª, 3.ª, 5.ª y 6.ª

2.º Cuando pisa alguna de las rayas de que consta la figura.

3.º Cuando pisa la piedra, ó ésta, al ser despedi-

(1) *Pijoleando*, decimos los extremeños. A *pie cogetá*, dicen en Olvera (Cádiz), y á *pé zopett* dicen en Italia los niños parmesanos.

da, se pára sobre una raya, lo que los niños llaman *caer en raya*, ó sale por uno de los lados laterales; y,

4.º. Cuando al echar la piedra á uno de los espacios, ésta rueda y pasa á otro que no le pertenece, ó sale de la figura.

Poseemos unas cuantas variantes de este juego pertenecientes á diversos puntos de la Península y del extranjero, como verán los lectores más adelante, y es de notar que, si bien se dan diferentes nombres y formas á los espacios, y áun hasta el mismo juego, todos, sin embargo, coinciden en la configuración del trazado general, que es un rectángulo redondeado por uno de los extremos, salvo raras excepciones, como son el de Utrera (Sevilla), Villafranca (Badajoz) y Palermo (Sicilia, Italia). En cuanto al modo de jugarlo, en todas partes es igual.

Este juego tiene un remoto abolengo, pues según el escritor italiano Sr. Giusseppe Ferraro, (*Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, p. 246. Palermo, 1882), era ya de antiguo conocido entre los griegos y egipcios. El mismo señor nos lo presenta con el nombre de *El Disco*, (número XXI de sus juegos monferrinos).

Se conoce además este juego en varios puntos de Italia con los nombres siguientes, según el Sr. Ferraro:

En Roma. . . . . La Campana.
» Palermo . . . . Nnicchia lu pálasu.
» Toscana . . . . Il Truccino.

En Venecia	El Campanon.
» Bergamo.	El Mond.
» La Marca.	La Campana.

Y según el Sr. Giusseppe Pitrè:

En Licata.	A Paradisu.
» Mazzara.	A Franza.
» Girgenti	A strittula.
» Biceglie	La Campana.
» Parma.	Al mont ó mond.
» San Giusseppe Jato . . .	A sciancarella.
» Colle di Val d' Elsa . . .	La settimana.

Respecto á nuestra Península, también se conoce con distintos nombres, según los datos que hemos podido recoger. Hélos aquí:

Badajoz.	Alange.	El Calajanso.
	Almendralejo.	» »
	Fregenal.	La Teta.
	Llerena	El Calajanso.
	Mérida.	» »
	Villafranca	El Chinche.
	Zafra.	La Rayuela.
Cádiz . .	Olvera.	El Futi.
	Ubrique	El Tejo.
Córdoba.	Andújar	La Cruceta.
	La Rambla.	La Coroza.
Granada.	Malaha.	La Rayuela.
Huelva .	La Palma.	La Escanchuela.
Logroño.	Hornillo	El Truco.

Sevilla..	Arahal	El Teje.
	Dos Hermanas.	La Soria.
	Estepa.	Las Toldas.
	Osuna.	La Teta.
	Sevilla.	El Pico y El Tejo.
	Utrera	El Pique.
Soria. . .	Soria	El Calderón.
Avila.. . .	Avila.	El Pitajuelo.
Madrid.. .	Madrid.	El Truquemele.

Como hemos dicho, se observa que en la forma general de la figura, todas obedecen á un solo tipo, pero no deja de ser curioso el modo cómo cada pueblo ha distribuído ese espacio, ofreciendo en ello una idea de sus caracteres. Así vemos que, mientras en unos se le ha dado forma sencilla como sucede en el Monferrato, Olvera, Sevilla, Zafra, etc., en otros, como Andújar, Granada y La Rambla, han hecho una distribución muy caprichosa de la figura, sobre todo en este último punto, que es complicadísima. Esta distribución demuestra el ingenio de sus autores, y más que nada su paciencia, porque bien la necesitan para andar sobre un pie entre los múltiples espacios de esa figura, qne se parece al célebre laberinto de Creta.

Vista esta figura, no pueden extrañarnos esas preciosas vasijas de barro blanco que de multitud de formas expenden en Sevilla, procedentes de La Rambla. Estas vasijas, adornadas en el exterior por capricho-

sos dibujos hechos con un hilo sumamente delgado del mismo barro, no serán ciertamente una obra maestra, ni pueden serlo, toda vez que se trata de objetos de escaso valor; pero hay que reconocer que, á más de mucho ingenio, representan un trabajo ímprobo, una gran dosis de paciencia, pues todo está hecho á mano, lo cual demuestra su aptitud para otra clase de trabajos más delicados, y prueba que esos obreros son de la madera de donde se hacen los buenos artistas.

En Zafra existen dos variantes de este juego, no por la forma que es exactamente igual, excepción hecha del de la quinta división, que en uno es más estrecha que en el otro, sino por los nombres aplicados á esas divisiones. (Véanse, si no, las *figuras* 1 y 2 de la lámina colocada al final de este tomo.)

El número 1, como se vé por los nombres de los espacios, aunque no igual, parece obedecer á la regla general de los que presentamos, no así el número 2, que parece ser una originalidad de los hijos de aquella antigua villa. Fué la primera forma que conocimos, y en la que más jugábamos en nuestro tiempo, pero jamás se nos ocurrió averiguar el por qué de haber aplicado el nombre de los días de la semana á los siete espacios de que se componía la figura. Así lo encontramos, y así lo dejábamos, sin meternos en más dibujos. Después, cuando hemos pensado en ello, creemos haberlo comprendido. A nuestro entender, esta clasificación debió salir de las escuelas. Siendo siete los

espacios de la figura, y siete los días de la semana, los nombres de estos últimos los aplicaron á los primeros. Hasta aquí nada hay que llame la atención. Pero las siete divisiones de la figura, ¿son iguales? No, ciertamente; y por eso creemos que la aplicación de esos nombres haya salido de las escuelas, por la relación que parece existir entre una cosa y otra.

Desde luego se observa que las dimensiones de los espacios 1.º, 2.º, 3.º, 5.º y 6.º, en los que el jugador está en contínuo ejercicio, y no le es permitido descansar son exactamente iguales, así como iguales también son para los niños en la escuela los días correspondientes á esos espacios que para ellos significan días completos de estudio y sujeción, por mañana y tarde. Examinando la 4.ª división, encontramos que, no solo es de más dimensiones que las cinco mencionadas, sino que además le es permitido al jugador descansar el tiempo que necesite para ello. Y esto guarda perfecta analogía con lo que para los niños significaba el jueves. Ya se sabe que de muy antiguo en algunos pueblos, (no sabemos si en todos), existía la costumbre de que los jueves no había clase más que por la mañana, la tarde la tenían libre, ó cuando más venían á clase, pero era para ir con el profesor al campo á divertirse; por lo que el jueves lo consideraban como día grande, esto es, de asueto. Nada diremos del 7.º espacio, que en forma de medio punto prolongado en la parte inferior, termina la figura. Sus

dimensiones son mayores que las de los otros, y puede el jugador, no solo revolverse con más desahogo en tanto está sobre un pie, sino descansar con los dos el tiempo que crea conveniente. Es, por lo tanto, el espacio de la figura, que reune más ventajas para los jugadores, del mismo modo que el domingo para los muchachos es el día magno de la semana, toda vez que á ninguna hora del día tienen que habérselas con el profesor, pudiendo, por el contrario, jugar, como vulgarmente se dice, á *casquete quitao*.

Entre todas las formas que conocemos, solo una hallamos igual á la de Zafra núm. 2; la de *Colle di Val d' Elsa*, en Italia, donde, según el ilustre escritor Sr. Giusseppe Pitrè, no sólo le dan los mismos nombres á los espacios, sino que la misma figura se llama la *settimana*. Lo que no nos dice el Sr. Pitrè, son las dimensiones de esos espacios. Sin que podamos explicárnoslo, no deja de llamar nuestra atención esta extraña coincidencia.

La siguiente descripción y la figura á que ésta se refiere (véase la figura núm. 3) la debemos á la galantería de nuestro amigo el dignísimo Presidente del *Folk-Lore Extremeño*, Sr. D. Luis Romero y Espinosa, ilustrado jurisconsulto de Fregenal de la Sierra, que, accediendo á nuestros deseos, y no obstante sus muchas ocupaciones, ha tenido la bondad de dedicarnos por un momento su actividad y reconocida competencia en estos asuntos.

Juego de la teta.

El jugador que por la suerte le toca ser *mano* tira la china (*a*) á los cuatro triángulos *A*, *B*, *C* y *D* (véase la figura 3.ª de la lámina) por su orden, cuidando de que no caigá en raya, y la saca *pijoleando* sin pisar las rayas. Los saltos en esta primera división de los cuatro triángulos comprendidos dentro del primer cuadro deben darse del modo siguiente:

1.º, al triángulo *A*; 2.º, al *B*, sin pisar la raya que los separa; 3.º al *C*, cuidando de hacer lo mismo; 4.º, al *D*, sin pisar la intersección de las dos diagonales.

Luego va pasando la teta á los seis espacios siguientes, y en todos ellos hay que saltar sin pisar la raya que los separa, ni el aspa de la primera división triangular.

Al llegar al *Cielo* termina el juego, y el que primero *se sale* despide desde allí, *pijoleando su teta*, y pijoleando cruza los espacios rayados. Así continúa hasta que el *porra* coge la teta dejándola en el primer espacio y puede dar alcance al *mano*, que sale en dirección contraria de aquella en que arrojó la china; una vez cogido el *mano* por el *porra*, éste lleva á aquél en *cuestas* desde el sitio en que le da alcance hasta donde está la figura que sirve para el juego.

(*a*) Tejoleta: rodaja de barro cocido ó de pizarra blanda.



Nota. Se pierde al pisar las rayas, *al montar* (pisar la tejoleta) ó al sacar la teta por los *pucheros*, indicados por dos pequeños círculos en la figura.

Los demás modelos extremeños que hemos podido adquirir van insertos en la lámina con los números 4, 5, 6, 7, 8 y 9.

La palabra *pelulta* de la figura 4.ª significa *penúltima.*

Como se ve en dichas figuras, aunque las de Alanje, Almendralejo, Llerena y Mérida llevan el mismo nombre, no sucede lo propio con los espacios, ni aún con la distribución de ellos, que es diferente. El método del juego es igual que en Zafra, si bien en Llerena, como lo indica el nombre de dos espacios, la partida es de *malas* y *buenas*, como en el juego de naipes llamado *las cuarenta.*

En Villafranca, además del juego en que nos ocupamos, y que denominan *el chinche,* conocen ese otro que llaman *la teta*, que sólo varía en la forma, pero no en el modo de jugarlo.

Ponemos las demás formas españolas que nos han sido facilitadas por varios amigos, naturales todos de los puntos respectivos de donde aquéllas proceden. (Véanse las figuras 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19 de la lámina).

A los seis redondeles de la figura de Andújar le llaman *Infierno.*

Como se ve, la de Estepa se parece mucho á la de Mazzara (Italia). En cuanto al modo de jugarlo es el siguiente:

En los seis espacios primeros se tira la *totda* (tejo-

leta), y se saca con el pie como en Zafra y Fregenal. Al tirarla al 7.º espacio, sin descansar hay que coger la tolda y ponérsela en la corba de la pierna que está en el aire, y sin que se caiga salirse de la figura pijoleando. En *Caliente*, se pone la tejoleta en la boca, y por último, en *Mocha*, después de quitarse el sombrero se pone la tolda en la cabeza, bien entendido que si cae de alguna de estas tres partes, pierde el jugador y empieza el compañero.

Renunciamos á hacer la descripción particular de los juegos en cada punto por no cansar á los lectores, pues poco más ó menos tendríamos que reproducir lo que ya dejamos dicho sobre los de Zafra, Fregenal y Estepa; no obstante haremos algunas observaciones que creemos necesarias para la inteligencia de los que se dedican á estos estudios. En Almendralejo descansan en la 4.ª y 6.ª división; en Llerena, en los dos medios puntos de la 3.ª y en la 6.ª; en Mérida, en el círculo de la 1.ª y en *Gloria;* en Alange en la 4.ª y en el *Cielo;* en Villafranca, en los mismos espacios é igual hacen en Olvera; en Malaha, en *Más* y en *Luna;* en Hornillo, en los dos triángulos centrales de la 2.ª división y en el triángulo central de la 4.ª; en Sevilla en la 4.ª y 7.ª; en Dos Hermanas, en la 5.ª y no sabemos si en la 7.ª; en Utrera, en los dos triángulos donde dice *Infierno;* en La Rambla, en *Chiriembustes* y en *Corona;* en Soria en la 4.ª y 6.ª, y en Andújar, en *Descansaderas* y *Torre-campo.*

Por lo que reopecta á Italia, sólo sabemos sino que descansan todos en el último espacio, y en el juego de Mazzara, descansan además del 9.º, en el 5.º y 8.º.

Los círculos que aparecen en el centro de las figuras de Olvera y La Rambla, son hoyos que sirven para echar la china y saber cual ha de empezar el juego. Los dos cuartos de círculos que tienen las figuras de Sevilla y Dos Hermanas en los ángulos inferiores del rectángulo, se llaman los *recobecos*, y pierde el jugador cuando la piedra, al salir despedida, toca en alguno de ellos. Lo mismo sucede con los círculos señalados con el número 7 en el de La Rambla, á que llaman los *quiricoles*. Las rayas de esta última señaladas con el número 8 las denominan *cuernos*. Al jugar, empiezan por *1.ª* y siguen á *2.ª*, *3.ª*, *4.ª*, *embudo*, *chiriembustes*, *migas*, *aruñagatos*, *mojo*, *1.º*, *2.º*, *3.º*, *4.º*, *5.º* y *corona*. Las cinco subdivisiones del 4.º espacio, los denominan 1.º, 2.º y 3.º *reaños*, *chica* y *grande*. Aunque el modo de jugarlo es como en todas partes (*pijoleando*), se hace el juego más difícil por la complicación de espacios; no obstante, como si quisieran hacer un alarde de habilidad, cuando el jugador tiene ganado un juego de la manera que ya hemos explicado, lo someten á dos pruebas más, sin las cuales no puede ganarlo.

1.ª *La Punta.*—Poniéndose el jugador en el lado de 1.ª, pero fuera del rectángulo, y, colocando la chi-

na ó tejoleta sobre la punta del pie derecho, tiene que arrojarla á la *corona*, bien entendido que si cae fuera del espacio indicado, pierde. Una vez la china en su puesto, atraviesa sobre un pie la figura, y al llegar á la *corona* sin descansar, da un puntapie á la china, que tiene que salir recta y de una vez por la 1.ª sin tocar á los *quiricoles*.

2.ª *La Ciega*.—Consiste en repetir la misma operación, pero con los ojos vendados. Al considerar la dificultad de salir airoso de esta última jugada, no pudimos menos de hacer á nuestro amigo esta observación:

—Nos parece así como imposible, el poder sacar la china de ese modo.

—Pues se saca:—nos contestó con ese aplomo propio del jugador que tiene completa confianza en su destreza.

En cuanto al castigo impuesto al que pierde, se reduce á que, llevando *en cuestas* al favorecido por la suerte, dé, alrededor de la figura, las vueltas convenidas antes de empezar.

Véanse ahora las formas italianas que conocemos, debidas las del Monferrato y Marca italiana al señor Giusseppe Ferraro, y las otras tres al Sr. Giusseppe Pitrè. (Figuras 20, 21, 22, 23 y 24.)

Respecto á las analogías que se observan en las figuras, creemos inútil analizarlas, toda vez que los lectores pueden darse cuenta de ellas á la vista de

los modelos, no obstante, haremos constar, que de los españoles que anotamos, solo el de Malaha, coincide con el de Zafra, si bien discrepan mucho en la distribución de los espacios. El espacio cruzado por dos diagonales que se observa en la figura italiana de La Marca, lo encontramos también en las correspondientes á Fregenal, Llerena, Mérida, La Rambla, Andujar, Malaha, Hornillo y Utrera. Los nombres *Gloria*, *Cielo*, *Infierno*, etc., se encuentran en muchos de ellos, así en los españoles como en el italiano mencionado. Del mismo modo observamos que en las figuras referentes á Zafra, La Rambla, Malaha y Hornillo, se encuentra un espacio más estrecho que los otros, y que respectivamente llevan los nombres de *angosta*, *embudo*, *á Pilatos* y *estrecha.*

Otra cosa nos ha llamado la atención, y es que en las cinco subdivisiones en que está compartido el cuarto espacio de la figura de La Rambla, el núm. 1 ocupa el centro, hallándose los impares á la derecha y los pares á la izquierda, encontrándose en el mismo caso la figura veneciana y la de Andújar.—En la figura granadina por hallarse divididos los citados espacios; lo hacen en el lado de la izquierda, esto es, al lado de los pares.

No somos nosotros, ciertamente, los llamados á descifrar estos problemas, y solo tratamos de llenar, en la medida de nuestras fuerzas, la tarea

que nos habíamos impuesto, que era simplemente recoger unos cuantos juegos infantiles extremeños. (1)

---

(1) El insigne escritor italiano Sr. Giusseppe Pitrè al ocuparse de este juego en el prólogo de su preciosa colección (XXXVII) dice, sin asegurarlo, que el juego de *La rayuela*, llamado en Francia *La Merelle*, en Inglaterra *Hof scotsch*, en Suecia *Hoppa hage*, y en Finlandia *Hoppa morsgryta*, que tiene de siete á doce compartimientos; es simbólico y debe tener su origen en la práctica astrológica de los antiguos. Añade que si como en Bermagasco, es apellidado *Mond* (mundo) y aun *Mont* (monte), y los espacios son doce, es de creer que en ellos estén representados los doce signos del Zodiaco, y la piedra redonda y plana con que se juega, figure el sol que cuando recorre los doce espacios muere. Creemos que es digna de tenerse en cuenta esta opinión del ilustre mitógrafo italiano, no obstante que en las figuras españolas que damos á conocer, las hay, como la de Soria, que tienen menos de siete espacios, y como las de Malaha y la Rambla, que tienen catorce y quince respectivamente.

APENDICE

Al final de la colección de juegos infantiles del fecundo escritor italiano Sr. Giusseppe Pitrè, se encuentran unas láminas litografiadas que representan gran número de esos juguetes de palo, caña y papel que fabrican los niños por sí propios para su entretenimiento. Todos ellos son conocidos de los niños extremeños, y áun algunos más.

Habíamos hecho propósito de reproducirlos en litografía para incluirlos en esta colecioncita; pero causas ajenas á nuestra voluntad nos impiden satisfacer este deseo. En su defecto, procuraremos anotar todos aquellos que nos son conocidos.

Juguetes de papel.

La paloma, (de movimiento).
La pájara sencilla.
La pájara doble ó *de bolsillos*.
Las aguaderas.
El carro.
La artesa.

El cajón.
El espejo.
El barco.
El farol.
La flecha.
La cadena, (para cola de cometas).
La gorra, (para soldado y torero).
La cometa, (tres formas).

Juguetes de caña.

El caballo.
El rifle.
La escopeta.
El sable.
La chicharra.

Juguetes de madera.

El arco y la flecha.
La ballesta, (para cazar pájaros).
El retaco ó trabuco.
El sable.
El pito, (de huesos de albaricoque ó de guinda y cereza).

Otro pito ó castañuela. (Se hace con la cuarta parte de una cáscara de nuez, á la que atan un hilo con cuatro ó seis vueltas; luego introducen un palito por entre este hilo en la parte hueca de la cáscara, y le dan vueltas quedando en la misma disposición que el

palo con que los carpinteros aprietan la sierra. Para tocarlo pasan los cuatro dedos de la mano derecha (sin el pulgar) sobre la punta del palo que está al aire, y produce un repiqueteo parecido al de una castañuela).

La flauta. (La hacen con la corteza de la adelfa, sacándola enteriza).

El cochinito. (La forman de una bellota, cuatro alfileres, que son las patas y un palito por rabo).

El repión. (Parten la bellota por el medio, y en la parte inferior le introducen por el lado de la sección un palito, y se valen de él para repiarlo).

El fraile. (Pelan la bellota, y valiéndose de los dientes, le hacen una incisión todo en redondo en la parte superior, formando una especie de cabeza).

No recordamos el nombre de otro juguete, que se compone de este modo: una chapa redonda de plomo con dos agujeros en el centro, por los que se pasa un hilo, que después se ata por los dos extremos. Se coge este hilo con los dedos índices, y haciendo bajar la chapa al centro del hilo, se le dan multitud de vueltas, y así que el hilo está convertido en una especie de cordón, se estira, y, merced á un movimiento acompasado de los dedos, se hace girar la chapa hacia delante y hacia detrás.

Además hacen *la sierra* con una hebra de hilo atado por los dos extremos. Uno de los niños la coge con la boca y las dos manos, y otro con la mano de-

recha imprime el movimiento semejante al de esta herramienta. También con la misma hebra de hilo, y entre dos niños, hacen varias figuras: merced á la colocación de los dedos, cada vez que pasa de las manos de un niño á las del otro, sufre el hilo una transformación. Una de éstas se llama la *cuna*.

DE LOS MALEFICIOS Y LOS DEMONIOS

LIBRO QUINTO «DEL HORMIGUERO»

escrito por el Prior Fr. Juan Nyder, del Orden de Predicadores
y trasladado del idioma latino al castellano

CON INTERESANTES ADICIONES

POR

DON JOSÉ MARÍA MONTOTO
(Mosen Oja Timorato)

VELADA CUARTA

R.—Suspendimos anoche la sesión cuando V., seogr M., nos estaba refiriendo lo que dice respecto á duendes el Sr. Covarrubias; y si algo más añade autor tan respetable, ruego á V. que no lo omita.

M.—Más dice, y en verdad que no es para omitido, y que bien merece la pena de esperar un tanto la lectura del capítulo III del *Hormiguero*.

«Alejandro de Alejandris, continúa el citado autor, menciona, como cosa conocida y vulgar, que en Roma había ciertas casas tan infames por esta causa, que nadie se atrevía á vivirlas. San Gregorio, en el libro III de los *Diálogos*, capítulo IV, dice, que Dacio, Obispo de Milán, habiendo llegado á Corinto, y no encontrando apenas casa que habitar, supo de una que hacía muchos años que estaba vacía, porque nadie se atrevía á vivir en ella á causa de varias ilusiones del demonio y varios espectros que en la misma aparecían. Entró Dacio en aquella casa, y en una noche tempestuosa, fué molestado por inmensas vo-

ces, grandes clamores, que imitaban rugidos de leones, balidos de ovejas, silbidos de serpientes y gruñidos de puercos; y habiendo él hablado al demonio con divinas palabras, por fin lo expulsó de la casa, la cual fué habitada en lo sucesivo, sin temor de tales ilusiones.

» Luciano, refiriéndose á Arignoto, aunque lo cuenta entre los más embusteros, dice que en Corinto tenía Ebatida cierta casa que nadie se atrevía á habitar, por las mismas causas antes referidas, hasta que el mismo Arignoto, platónico, echó al demonio con algunos versos mágicos y egipcios, y que al día siguiente se halló en aquel lugar el cadáver de un hombre, que fué sepultado en otro sitio, pudiendo desde entonces habitarse la casa libre de semejantes ilusiones.

Aun cuando algunas veces, y acaso con frecuencia, sean falsas, no negaré, en manera alguna, que puedan acontecer, pues las he leído en muchos autores de probadísima fe. Los demonios nada pueden obrar, según la potencia de su naturaleza, que es la misma materia angélica, maligna por propio vicio, sino lo que Dios permite, cuyos juicios, muchos son ocultos, ninguno injusto. San Gregorio escribe que algunas veces los demonios son enviados por Dios para castigar á los hombres, como fué enviado un espíritu embustero para castigar á Achab, y que esto se hace, según la justicia divina, por los pecados,

aunque el demonio entonces castigue, aterre é infeste á los hombres por odio y envidia. Pero á veces el mismo demonio, como enseña Sto. Tomás, no enviado por Dios, sino por permisión divina, por razones que nos son ocultas, tientan á los hombres, instigándolos al pecado, ó los aterran y los ilusionan con varias imágenes, espectros, terroríficas figuras, é innumerables fantasías, y no solamente á los hombres malos, sino también á los santos. No hay cuestión entre los teólogos sobre si los demonios tienen esta potestad por permisión de Dios. El autor del *Martillo de maléficas* y otros que escribieron de lo mismo, y principalmente Francisco Victoria, que enseñó teología en Salamanca con público aplauso y gran utilidad de la república cristiana, lo afirman. Esto mismo sintieron contra Aristóteles los autores infieles, atendiendo á secretos arcanos de la filosofía, y á veces lo profesaron clara y manifiestamente, como prueba Agustino Eugubino en el libro VIII *de perenni filosofía.* Consta que Temesa, ciudad de los Locrenses, en Italia, de tal suerte fué vejada por cierto Genio, que los Temesenses, para huir de tal peste, pensaron muchas veces dejar su patria, hasta que recibida respuesta de Apolo, se les mandó aplacar aquel demonio con la oblación en cada año de una virgen que ofrecían en el templo dedicado á aquel Genio, el cual, vencido por el ánimo y fortaleza de cierto Eutimio, abandonó al fin aquella ciudad. La causa que de ello

se da por los historiadores gentiles es, que un compañero de Ulises, á quien Stratón llama Palito, y Pausania, Lebante, habiendo por medio del vino violado á una virgen, fué en pena muerto á pedradas por los Temesenses, á quienes amenazó que sus manes dañarían siempre á los hombres de cualquiera edad en aquel campo, de donde nació el proverbio de que había que guardarse del Genio Temesense, de lo cual hacen mención Pausanias, Eliano, Estrabón y Leonido. Plinio, en el libro VII, carta á Sura, habla mucho de esto, y principalmente escribe que en Atenas había cierta casa, espaciosa, pero pestilente é infame, por cuanto en el silencio de la noche se oían en ella sonidos de hierro y de grillos, primero á lo lejos y después más próximos, hasta que aparecía un fantasma con la figura de un viejo flaco y asqueroso, con barba y cabello horrible, que llevaba grillos en los pies y cadenas en las manos, dando golpes, con que despertaban los habitantes, á quienes hacía el miedo pasar noches tristes y desdichadas. Cuenta después que aquella casa, condenada á la soledad y dejada toda á aquel mónstruo, se anunció en arrendamiento, y Atenodoro, cierto de lo que en ella pasaba, la arrendó, y en el silencio de la noche, habiéndosele aparecido aquella terrible imagen, no se acobardó, antes bien, llamado por ella, la siguió hasta un sitio, en que desapareció, dejando solo al filósofo, que puso allí una señal. Al día siguiente, habiendo ido á la

casa un magistrado, mandó cavar en el sitio señalado, y se hallaron, con cadenas y grillos, huesos de un cuerpo que el tiempo y la tierra habían consumido, los cuales fueron recogidos y públicamente sepultados, viéndose desde entonces la casa libre de aquellos espectros y terrores.

R.—El P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, se muestra completamente incrédulo en materia de duendes.

M.—Sin embargo, parece que se inclina á creer lo del duende de Barcelona, que tanto dió qué hacer á un militar.

G.—Pues con que se dé por cierto un solo caso, no podrá decirse en absoluto que es falso cuanto de los duendes se cuenta.

C.—Dejemos ya este asunto, y sírvase V. abrir el *Hormiguero*, Sr. M., pues tengo deseos vivísimos de saber lo que dice el P. Nyder en el capítulo III de su *insigne libro.*

M.—Dice lo siguiente:

CAPÍTULO III.

Sobreviniendo un frío grande á los huevos de las hormigas, impide la prole, ó retarda su nacimiento, ó del todo la mata, porque la intensidad del frío y el excesivo que tiene la nieve, quita el sér á los vivientes y daña muchas veces á los que han de ser vivificados.

Mas en el frío pueden entenderse los corazones de los malos, que, ajenos al calor de la caridad y al sol de la justicia, están llenos del entumecimiento de la malicia ó de la perfidia; al contrario de lo que se dice de la mujer fuerte en el capítulo último de los *Proverbios* con aquellas palabras: «*No temerá para los de su casa, los fríos de las nieves.*» A lo que añade la glosa: «Los fríos de la nieve, son los corazones de los malos, que están muy fríos con el entumecimiento de la perfidia.»

Por el frío, pues, en cuanto es nocivo á la procreación de las hormigas, pueden entenderse las supersticiones de los maléficos. Se dice *maléfico* el que hace mal, ó el que guarda mal la fe, pues ambas cosas se hallan en los maléficos, que afligen al prójimo con sus supersticiones y con sus obras.

Perezoso.—Sé por San Isidoro que hay muchas especies de supersticiones; pero ya que has hecho mención de los maléficos, díme de cuantos modos pueden dañar á los hombres.

Teólogo.—Siete se me ocurren con que pueden causar mal, aunque nunca sin permitirlo Dios. Uno, es cuando infunden un mal amor en un hombre hacia una mujer, ó en una mujer hacia un hombre. Otro es cuando procuran que se conciba algún odio ó envidia. El tercero está en el que es maleficiado para que no pueda engendrar. El cuarto, cuando hacen enfermar á uno de algún miembro. El quinto, cuando pri-

van de la vida. El sexto, cuando privan á alguno de la usuración. El sétimo, cuando por cualquiera de los medios referidos dañan á alguno en sus cosas ó en sus miembros.

Perezoso.—Quiero enterarme bien de todas esas cosas, porque hay quien las niega por completo, quien las concede crédito solo en parte, y quien las atribuye á causas naturales.

Teólogo.—El saberlas á fondo, perjudicaría; pues para ello sería preciso inspeccionar libros prohibidos y algunas cosas supersticiosas, cuya lectura sería un cargo de conciencia. No es necesario tampoco el que se sepan con mucha minuciosidad, principalmente tratándose de tí, que, por la condición de tu estado, no tienes tal obligación. Sin embargo, te daré algunos ejemplos y doctrinas acomodadas á tu petición, y que yo he adquirido, en parte de los doctores de mi facultad, y en parte de la experiencia de cierto juez secular, probo y fidedigno, que aprendió mucho en cuestiones y experiencias públicas y privadas acerca de esta materia, con el cual he conferenciado amplia y profundamente. Es este juez Pedro, ciudadano de Berna, en la diócesis Lausanense, que enterró á muchos maléficos de uno y otro sexo, é hizo á otros huir del territorio. También he conferenciado con el Sr. Benedicto, monje de la Orden de San Benito, que, áun cuando está ahora de religioso en el Monasterio reformado de Vicenza, sin embargo,

cuando diez años antes vivía en el siglo, fué nigromante y juglar insigne y experto entre los nobles señores. Asimismo he oído algunas cosas de las que voy á referir al inquisidor Eduense que fué devoto reformador de nuestra Orden en el convento de León de Francia, y procesó á muchos reos de maleficios.

Hay, pues, ó había hace poco, como el mismo inquisidor y el Sr. Pedro me refirieron, y es fama común, cerca del distrito perteneciente á Berna, ciertos maléficos de ambos sexos que, contra la inclinación de la naturaleza humana, y áun contra las condiciones de todo género de animales, á excepción solamente de los lobos, tragan á los pequeñuelos de su misma especie. En la ciudad de *Bottigen*, de la diócesis de Lausana, cierto hombre llamado *Staededín*, gran maléfico, preso por el citado Pedro, juez de aquella localidad, confesó que en una casa en que vivían un marido y su mujer, había matado en el vientre de ésta unos siete niños, de suerte, que en el espacio de muchos años solo tuvo abortos. Lo mismo hizo en dicha casa con los fetos de los animales, de los cuales en aquellos años, ni uno solo nació vivo, según lo probaban los hechos. Preguntado cómo hacía estas cosas, contestó que debajo del umbral de la puerta de la casa había colocado una lagartija, y que si ésta se quitaba de allí, desde luego sería restituída la fecundidad á los habitantes. Como se buscase aquel animal y no se hallase, quizás porque se había

reducido á polvo, se quitó éste, y la tierra que en aquel sitio existía, y en aquel año mismo volvió la fecundidad á la mujer y á todos los animales de la casa, siendo el maléfico entregado al fuego por el dicho juez, después de habérsele aplicado el tormento, en el cual no confesó.

Oí además al citado inquisidor referirme este año que en el ducado Lausanense ciertos maléficos habían cocido y comido á sus propios hijos pequeñitos. Aprendían tal arte, según dijo, concurriendo á cierta reunión, donde por obra de los maléficos aparecía en figura de hombre el demonio, á quienes los discípulos hacían promesa de renegar del Cristianismo, no adorar jamás la Eucaristía y pisar sobre la Cruz, cuando ocultamente pudieran hacerlo.

Fué también fama común, según me dijo el juez Pedro, que en el territorio de Berna habían sido devorados por los maléficos en el espacio de poco tiempo trece niños; por cuya causa obró la justicia rigurosamente contra los parricidas, y como Pedro preguntase á una maléfica de qué modo comían los niños, le contestó: «El modo es éste: Ponemos asechanzas á los no bautizados, y áun á los bautizados, principalmente si no están defendidos con el signo de la cruz y con oraciones; los matamos con nuestras ceremonias cuando están en la cuna ó durmiendo al lado de sus padres, creyéndose luego que murieron oprimidos ó por cualquiera otro accidente, los robamos clandes-

tinamente de las sepulturas, los cocemos en un caldero, hasta que, desprendidos los huesos, casi toda la carne se hace líquida y potable; de la parte más sólida de esta materia, hacemos un ungüento acomodado á nuestras voluntades, artes y transformaciones; de lo más líquido llenamos un odre, y cualquiera que de él bebiere, añadidas algunas ceremonias, al instante se hace sabio y maestro de nuestra secta. Lo mismo me manifestó más distintamente otro maléfico joven, que fué preso y quemado, aunque creo que al fin murió verdaderamente arrepentido. Detenido con su mujer, y puesto en distinta torre que ésta, dijo: «Si pudiese conseguir perdón de mis maldades, de buen grado declararía todas las cosas que sé de maléficos; pero ya veo que convendrá el que yo muera.» Mas, como oyese que si verdaderamente se arrepentía, podía obtener completo perdón, se ofreció alegremente á la muerte, y declaró en estos términos: «El orden, dijo, con que yo también fuí seducido, es éste: Conviene en primer lugar que en un día que sea domingo, antes de que se consagre el agua bendita, entre en la iglesia el futuro discípulo con los maestros, y allí reniegue delante de ellos de Cristo, de su fe, del bautismo y de la iglesia universal. Después, que preste homenaje al *Maestrillo*, esto es, al pequeño maestro, (que así y no de otra manera llaman al diablo). Por último, que beba del odre referido; hecho lo cual, al momento siente en su interior concebir

y retener la imagen de nuestro arte y los principales ritos de esta secta. De este modo he sido seducido, y mi mujer igualmente, á quien creo tan pertinaz, que sufrirá la hoguera antes de confesar lo más mínimo. Pero ¡ay! los dos somos reos.» Como el joven lo dijo, así se halló en todo la verdad, muriendo él con gran contrición, al paso que su mujer, convicta por declaraciones de testigos, ni en la misma tortura, ni en la muerte quiso confesar, y pereció maldiciendo al que ordenaba el incendio, ó lictor.

De lo dicho aparece cuán nocivo sea el frío de la perfidia, que suele matar los niños é impedir los partos.

Perezoso.—¿Es, por ventura, lícito quitar de su lugar el maleficio?

Teólogo.—Los antiguos lo niegan, los modernos lo conceden, y unos y otros tienen razón; pero es necesario distinguir; porque, ó se puede quitar por otro maleficio, lo cual no es permitido, antes bien debe el hombre primero morir que consentir en ello; ó se puede quitar sin nuevas obras de superstición, como por movimiento local, según se dijo del polvo de la lagartija, y esto es lícito.

Sobre el primer caso me refirió el inquisidor Eduense que el modo de quitar el maleficio ó de vengarse del maléfico se practicaba en su tiempo de la manera siguiente: Iba uno dañado en sí ó en sus cosas, á una maléfica, excitándola á que dijese quien era el

malhechor; la maléfica entonces agitaba en el agua un plomo, hasta que por obra del demonio se veía en él una figura, y en el momento preguntaba la maléfica al explorante: «¿En qué parte quiere que sea dañado el maléfico, y conocerle por la misma herida?» Y luego que el preguntado decía el lugar, la maléfica hacía una cisura con un cuchillo en la figura del plomo, é indicaba el punto donde se hallaría al reo, sin nombrarle, y siempre acreditó la experiencia que se hallaba el maléfico herido como su imagen de plomo.

M.—Termina aquí el capítulo III, y supuesto que tan corto ha sido, y que todavía falta algún tiempo para que quede invertido el acostumbrado de nuestras veladas, lo completaré explicando á Vds. los diferentes nombres de maleficios de que los autores hablan.

Llámase *maleficio* el daño causado con la cooperación del demonio y con pacto con él mismo; cuando tiene por objeto el amor, se dice *filtro*, y cuando hacer mal en uno, en su persona ó en sus bienes, *beneficio.*

Hay *adivinación* cuando alguno invoca, expresa ó tácitamente, la ayuda del demonio para conocer las cosas contingentes, que pueden ó no suceder, y que son ocultas y naturalmente inconoscibles.

Cuando la invocación se expresa y se hace por medio de ídolos, se llama *oráculo*; si se hace por la aparente resurrección de los muertos, *nigromancia* en especial; si por los sueños, *necromancia*; si por figuras

fingidas, *prestigio;* si por las entrañas de los animales, *aurispicina;* si por figuras en la tierra, *geomancia;* si por figuras en el agua, *hidromancia;* si se hacen en el aire, *aeromancia*, y si en el fuego, *piromancia.*

Cuando la invocación de la ayuda del demonio es tácita, y se hace por el lugar y movimiento de los astros, se llama *astrología;* si por el vuelo de las aves, *agüero;* si por la suerte, como abriendo un libro ó arrojando los dados, *sortilegio;* si por el rostro, disposición ó habitud del cuerpo, *fisionomía;* si por las líneas ó rayas de las manos, *quiromancia;* y si para curar á un enfermo, se usa de las palabras de los salmos, *ensalmo;* el cual no se considera ilícito, si no intervienen otras palabras; y se hace pidiendo á Dios por la salud del paciente.

« *Crommiomancia*, dice el P. Feijóo, es una especie de adivinación por las cebollas que he leído; es ahora aún muy común en Alemania entre las doncellas deseosas de saber quiénes les han de tocar por maridos. La que por este medio supersticioso quiere averiguar su destino, escribe en distintas cebollas los nombres de todos aquellos que probablemente pueden lograr su mano. No quiero decir lo demás que se sigue en esta damnable práctica, porque considero en esta materia tan ardiente la curiosidad de algunas doncellas, que si llega á su noticia, querrán hacer la experiencia atropellando leyes divinas y humanas. »

¿Hay fascinación natural? Hace esta pregunta cierto autor, que la contesta con las siguientes palabras: «Dicen teólogos eminentes que hay ojos que inficcionan el aire hasta determinado espacio, y aconsejan que los que sepan que poseen esta pestífera cualidad, deben abstenerse del demasiado contacto con los demás y bajar los ojos; pero es general la creencia de que no hay tal fascinación.»

R.—Gracias á Dios que en cuanto á esto podemos vivir tranquilos.

M.—Pues, para que ustedes se admiren hasta donde puedan admirarse, han de saber que en el siglo XVI se publicó un libro de filosofía y medicina, escrito, al parecer, por doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera, natural de la ciudad de Alcaráz, la cual en una carta dirigida á Felipe II, tiene la modestia de decir: «Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran. Todo este libro faltó á Galeno, á Platón y á Hipócrates en sus tratados de *natura humana*, y á Aristóteles, cuando trató *de anima y de vita et morte.* Faltó también á los naturales Plinio, Eliano y los demás, cuando trataron *de homine.* Esta era la filosofía necesaria, y la mejor y de más fruto para el hombre, y ésta toda se dejaron intacta los grandes filósofos antiguos. De este *Coloquio* del conocimiento de sí mismo y naturaleza del hombre, resultó el *Diálogo* de la vera medicina, que allí se vino nacida, no acordándome yo de medicina, porque nunca la estudié; pero

resulta muy clara y evidentemente, como resulta la luz del sol, es tan errada la medicina antigua, que se lee y estudia en sus fundamentos principales, por no haber entendido ni alcanzado los filósofos antiguos y médicos su naturaleza propia, donde se funda y tiene su origen la medicina.»

Ahora juzguen ustedes del mérito del libro, por lo que dice respecto á la *fascinación*, que es lo siguiente:

«El aojar también es un veneno, que se pega por el aire y entra por los ojos, aliento ó narices (mediante el tocamiento del aire) sin sentirlo, y llegando al cerebro hace el mismo daño, derribando y haciendo fluxo ó decremento de jugo de cerebro, porque es cosa tan delicada, que fácilmente se apega este daño de hacerse caduca y vicioso por tocamiento del aire, por ojos ó respiración, como por el cuero y sangre; y no es de espantar, considerando aquello del betún nombrado *Naphta*, al cual se pega el fuego y arde desde muy lejos por el aire, aunque sea de un cerro á otro, ó de cualquier lugar que se vean. Esto hacen las personas llenas de mal humor, que están catarrizando siempre, y pégaseles á los niños y animales tiernos, á más y menos, y así mata en breve tiempo ó da enfermedad, según fué la calidad de catarrizar que se le pegó á la cosa tierna. Cuenta Plinio de una familia de gente en Africa, que todos los de aquel linaje aojan, y todo lo que alaban, árboles, animales y niños, todo muere. Y otro linaje en Iliria, que mueren todos

los que éstos miran ahincádamente, y más con ojos airados; el cual daño sienten más los mozos, y dicen que tienen dos niñetas en cada ojo, y de otro género de gente, nombrados *Tibios*, que tienen dos niñetas en el ojo y en el otro una figura de caballo, y hacen el mismo daño, y que todas las hembras que tuvieren dos niñetas harán lo mismo. Cuenta el mismo Plinio que el basilisco en la provincia Cirenáica es una serpiente de doce dedos no más, con una mancha redonda y blanca en la cabeza como diadema, el cual mata con la vista, y que de su silbo huyen las serpientes, que mata los árboles con su resuello, abraza las yerbas y quiebra las peñas. El animal *Catoblepas* mata con la vista, y por esto tiene (providente natura) tan gran cabeza y pesada: que siempre mira á la tierra y con dificultad la alza; críase cerca de la fuente *Nigris*, cabeza del río Nilo.»

G.—¿Y un libro que tales cosas dice era el que faltaba en el mundo? Como no consistiese la falta en que había pocos que quemar, no comprendo la verdad del jactancioso dicho de la tal señora doña Oliva.

M.—Me parece excusado el decir á ustedes los remedios que esa médica-filósofa propina para la curación del aojamiento.

G.—Si, sí, suprímalos usted, porque creemos que, Dios mediante, no hemos de necesitar de echar mano de ellos.

M.—También lo creo yo; pero no suprimiré un

caso extraordinario de sortilegio, que acabo de leer en un periódico de la corte, y que considero digno de la atención de ustedes. Dice así el diario aludido:

«Carlos I.

Las *suertes virgilianas* olvidadas por espacio de algunos siglos, fueron consultadas por Carlos I, Rey de Inglaterra, en una circunstancia solemne, y la respuesta que obtuvo fué justificada por los sucesos ulteriores con una exactitud maravillosa. Jamás una adivinación accidental puede llegarse á comparar á las predicciones dadas en aquel caso á la ciencia ó á la inspiración.

En el año de 1643, al comenzar el mes de Septiembre, Carlos I acababa de empezar la guerra con el Parlamento, y reunía todas sus tropas en Oxford. Para distraerse de sus graves preocupaciones, quiso visitar la magnífica biblioteca de la Universidad é hízolo en compañía de Lucio Cari, vizconde de Falkland, primer gentil-hombre de su cámara.

En esta época los puritanos habían recurrido á la costumbre de adivinar, por medio de las suertes de que hemos hablado. Después de haber examinado aquellos manuscritos, el Rey fijó su atención sobre un original ejemplar de Virgilio, escrito y adornado con viñetas en el siglo VI, por un copista de la abadía de Northamptón. Le chocó sobremanera, y dijo, volviéndose al favorito:

—Gran parte de los hombres serios, que no dan cré-

dito á los agüeros, han recurrido, sin embargo, á este libro, y yo creo que ya que la ocasión nos lo depara, debemos dar crédito á los ancianos que achacan á sus predicciones el resultado de las grandes batallas. Abridlo, pues, y veamos qué suerte nos vaticina.

—Sire—replicó Falkland,—permitidme haceros observar que sería una superstición vana, y adoptaríamos el método usado por nuestros enemigos.

—No importa—replicó Carlos Stuardo: —quiero ver si la casualidad me depara algún párrafo en el que encuentre alguna predicción útil.

El vizconde abrió el volumen y leyó varios versículos, á partir del 52 del libro XI de la *Eneida:* «Evandro, Rey de Arcadia, estrechaba entre sus brazos el frío cuerpo de su hijo Pallas, á quien Turno había quitado la vida, y exclamaba: —¡Oh, Pallas! Me has hecho promesas que no has cumplido: te has expuesto imprudentemente al furor de Marte.»

—No es este paraje muy agradable—dijo el rey; sin duda por eso se estremece vuestra mano, pero dejadme á mí; tal vez encuentre otro cuya lectura sea para nosotros de mejor augurio.

Carlos entreabrió el libro á su gusto, y su vista cayó sobre el verso 614 del libro IV.

«Así lo quieren los destinos; ellos han señalado el término de tu carrera: *un pueblo audaz te declarará la guerra,* y vencido por las armas, errante de comarca en comarca, privado de los abrazos de Julio, verás á

los tuyos perecer miserablemente: en vano te sujetarás á las leyes de un país inicuo, *perderás tu reino y la vida, pues sucumbirás prematuramente.*»

Una singular concordancia reinó entre estos dos fragmentos y los sucesos ulteriores. Atacado como Pallas de una muerte imprevista el vizconde de Falkland, antes de terminar el mes de Setiembre, pereció en el campo de batalla de Newbnir. Los más acérrimos partidarios de Carlos Stuardo, el coronel Margand, los condes de Sunderland y de Carnavan fueron muertos en diversos combates. En fin, el pueblo en masa se sublevó contra el infortunado Monarca, que quiso en vano apaciguarlo.

Se sabe que después de una encarnizada lucha, fué vencido, juzgado por el Parlamento y decapitado en 1649, á la edad de cincuenta y un años. (E. de la B. traducción del francés por S. V.)»

VELADA QUINTA.

CAPÍTULO IV.

Las hormigas que carecen de alas, ó que salen demasiado al público, son muertas fácilmente por otros animales; pero las aladas se elevan para no ser presa de sus enemigos (1).

Entiéndense por alas las virtudes, porque por ellas se obtiene mucho bien; por lo cual dice Ezequiel: «y

(1) No está esto muy en consonancia con el adagio, refrán ó proverbio que se habla entre los que recopiló el Comendador Hernán Núñez, que después incluyó en su *Filosofía Vulgar* Juan de Malhara y que dice:

«Dánse alas á la hormiga,
para que se pierda más aina.»

Pero no hay contradicción alguna atendiendo á que la palabra *alas* se dice en diversos sentidos ó acepciones, y así como á veces se entiende por alas lo mismo que por virtudes, otras sucede que se entiende por soberbia y atrevimiento; como el mismo Malhara escribe con estas palabras: «Alas en muchas maneras de hablar quieren decir soberbia y atrevimiento, pues tomar una cosa tan pequeña como la hormiga alas, viene á perderse muy presto. Consejo es para que los bajos se tengan en aquel adagio: *Nosce te ipsum.* (*Conocete*;) y que consideren los subidos en alto qué caídas dan tan grandes.»

arrebatóme el espíritu, y oí detrás de mí una voz muy estrepitosa que decía: «Bendita sea la gloria del Señor que se va de su lugar.» Y oí el ruido de las alas de los animales, de las cuales la una batía con la otra, y el ruido de las ruedas que seguían á los animales, y el ruido de su grande estruendo.»

Así expone esto S. Gregorio en el libro XXIV de sus *Morales*: «¿Qué debemos entender por alas de animales, sino las virtudes de los santos, que cuando desprecian las cosas terrenas, vuelan á las celestiales?» Y por eso se dice rectamente por Isaías: «Los que confien en el Señor mudarán la fortaleza, tomando alas como águilas. Los animales que vuelan, á veces se hieren con sus alas; y las mentes de los santos, consideradas en cuanto apetecen las cosas superiores, se excitan mútuamente con diferentes virtudes. Aquel me hiere con su ala que me incita á lo mejor con el ejemplo de su propia santidad, y hiero con mi ala al vecino, cuando manifiesto alguna buena obra para que se incite.

Pero aquellas hormigas monjas, que no están aladas con las plumas de las virtudes, ó que salen con frecuencia incautamente de su casa, esto es de la Iglesia católica, cayendo en la perfidia, son devoradas por los osos fácilmente, pudiéndose entender por osos los maléficos y nigrománticos, como sucedió á aquellos simples muchachos, que saliendo de casa de sus padres y burlándose de Elises, fueron devorados

por los osos, según se refiere en el libro IV *de los Reyes*.

Perezoso.—Ya que has mencionado á los nigrománticos, dime si se diferencian de los maléficos, y si así es, cuales son sus obras.

Teólogo.—Llámanse propiamente nigrománticos los que ostentan con ritos y supersticiones que pueden levantar de sus sepulcros á los muertos, para que digan las cosas ocultas; cual lo fué en otro tiempo aquella Pitonisa, á quien rogó Saul que hiciese aparecer á Samuel, para que le dijese el éxito que tendría la guerra, cual lo fué también el malvado Simón Mago, que, atribuyéndose más poder que el que tenía el príncipe de los Apóstoles, fingió que había resucitado á un difunto.

Pero conmunmente aquellos se dicen nigrománticos, que por pacto con los demonios predicen las cosas futuras, ó que por revelación del demonio manifiestan algunas ocultas, ó que dañan á sus prójimos con maleficios, y muchas veces son dañados por los demonios.

Hubo, y hoy vive en Viena, en el Monasterio dicho *ad Scotos*, el hermano, de quien en el capítulo anterior dije que era de la Orden de S. Benito, el cual, cuando estaba en el siglo, era famosísimo nigromántico, porque tuvo de los demonios libros de nigromancia y vivió mucho tiempo, conforme á ellos, bastante miserable y disolutamente. Tuvo una herma-

na, virgen muy devota de la Orden de los Penitentes, por cuyas oraciones creo que fué él sacado de las fauces del demonio. Fué compungido, á los monasterios reformados de varios puntos, pidiendo se le concediese el hábito de la santa conversión; mas, como era de gigantesca estatura y de terrible aspecto, y conocido como el primero, respecto á maleficios y cosas de joglar, apenas había quien le diese crédito. Admitido, por fin, en el monasterio antes dicho, al ingresar mudó de nombre y de vida, llamándose Benedicto; y de tal manera aprovechó en la regla del Santo Padre Benito, que á los pocos años, hecho espejo de la religión, fué elegido prior, y habiendo partido á Ambona para asuntos seculares, se captó las voluntades del pneblo con sus sermones. Este, pues, siendo aún novicio, según él mismo me contó, sostuvo muchas vejaciones de los demonios, á quienes había dejado. Se confesó un día sacramentalmente, vomitando el virus de su perversa vida con la esperanza del perdón; y llevando la noche siguiente una lucerna en la mano, sintió la presencia del demonio, que con violento ímpetu, hizo que se cayese la lucerna al suelo, y la emprendió con él á golpes. Pero el soldado de Cristo venció la tiranía de aquel oso, porque ya había tomado las alas de las virtudes por las que, con sagradas oraciones, se libró de la boca de la bestia.

Además, según oí, á dicho juez Pedro, en el terri-

torio de Berna y en los lugares á él cercanos, hace sesenta años, fueron practicados por muchos los referidos maleficios, de los cuales fué el principal autor un tal llamado *Escavio*, el cual se atrevió á gloriarse públicamente de que cuando quisiera podía convertirse en ratón á los ojos de todos sus émulos y deslizarse de las manos de sus enemigos, como en efecto se dice que se escapó así muchas veces. Mas cuando la justicia divina quiso poner término á su malicia, hallándose sentado cerca de una ventana, los que le acechaban entraron por ella inopinadamente, y cuando él menos lo temía, y murió miserablemente á los golpes de las lanzas y de las espadas. Dejó, sin embargo, sus malas artes á un su discípulo llamado *Hoppo*, é hizo maestro en maleficios al referido *Staedelin*.

Supieron estos dos, siempre que quisieron llevarse del campo ajeno al suyo, granos, heno y otras cosas, sin que nadie los viese, promover grandes granizadas y nocivos vientos, arrojar á los niños, en presencia de sus padres, al agua, cerca de la cual andaban, hacer estériles á los hombres y á los animales, dañar á los demás en sus bienes y en sus cuerpos, emitir de sí pestilentísimos olores cuando iban á ser cogidos, hacer frenéticos á los caballos, cuando tenían el pie á los que los montaban, los cuales creían que eran trasportados por los aires de un lugar á otro, hacer temblar las manos y los ánimos de los que los co-

gían; manifestar á otros cosas ocultas, predecir las futuras, ver las ausentes, como si estuvieran presentes, matar á veces con un rayo; y supieron, en fin, hacer otras cosas pestíferas dónde y cuándo la justicia de Dios permitió que se hiciesen.

Perezoso.—Dos cosas quisiera saber aquí. Primera, si los demonios y sus discípulos pueden hacer los maleficios que has dicho en rayos, tormentas y otras cosas semejantes, de lo cual dudan algunos; y segundo, si confesaban aquellos miserables cuales eran las obras divinas con que se impedían aquellas maquinaciones.

Teólogo.—A la primera te respondo, que sin duda pueden; pero permitiéndolo Dios. Así vemos, que, recibida de Dios la potestad, al instante el demonio hizo que los Sabeos quitasen á Job los bueyes y los jumentos, que el fuego consumiese las ovejas del mismo y áun á los pastores, que los Caldeos se llevasen los camellos, pasando á cuchillo á los que los guardaban, que los hijos pereciesen bajo los escombros de una casa, y que el mismo Job fuese ulcerado desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. Por lo cual el santo doctor dice: «Preciso es confesar que, permitiéndolo Dios, pueden los demonios perturbar los aires, concitar los vientos y hacer que caiga fuego del cielo. Aun cuando la naturaleza corpórea no obedece á la voluntad de los ángeles buenos ni malos, para recibir forma, sino sólo á Dios cria-

dor, sin embargo, en cuanto al movimiento local, la naturaleza corporal es nacida para obedecer á la espiritual, como lo vemos en el hombre, pues al sólo imperio de la voluntad se mueven los miembros para ejecutar lo que ella dispone. Cualesquiera cosas por consiguiente, que pueden hacerse con sólo el movimiento local, las pueden hacer por natural virtud tanto los ángeles buenos, como los malos, á no ser que divinamente se prohiba; es así que los vientos, las lluvias y otras semejantes perturbaciones del aire pueden hacerse por el sólo movimiento de los vapores exhalados de la tierra y el agua; luego para procurar tales cosas basta la natural virtud del demonio.» Hasta aquí Santo Tomás.

Suele Dios castigar con los males correspondientes á nuestros pecados, valiéndose para ello de los demonios, como de sus atormentadores ó ministros de tormentos; y por eso dice la glosa sobre aquellas palabras del salmo 104: *Hizo venir el hombre sobre la tierra y destruyó todo sustento.* «Dios permite èstos males por medio de los ángeles malos, que son los destinados á tales cosas. Llama, pues, al hambre, esto es, al ángel destinado á causar mal por el hambre.»

Finalmente, en cuanto á la segunda duda, conocerás que se puede contrarrestar á los maléficos de muchas maneras; pues así lo confiesan muchos en los tormentos, algunos con dificultad, y otros espontáneamente. Y en cuanto en suma pude colegir

de las palabras del mencionado Pedro, cinco medios hay para impedir las obras maléficas, á veces en todo, á veces en parte, á veces el que se hagan en la persona de uno, ó en sus amigos; y esos cinco medios son: guardar íntegra la fe ó los preceptos de Dios en caridad, armarse con la señal de la cruz y con la oración, reverenciar los ritos y ceremonias de la Iglesia, administrar bien la justicia pública, y repasar verbal ó mentalmente la pasión de Cristo.

Del primero y segundo me refirió Pedro los siguientes ejemplos, que había él oído de los maléficos.

«Conocí, dijo uno, á cierto simple, que vino á pedirme que privase de la vida á su enemigo ó le dañase en su cuerpo con un rayo, ó de otra manera. Llamé al *Maestrillo*, esto es, al demonio, el cual me respondió, que ni una ni otra cosa podía hacer. «Tiene, dijo, buena fe, y se defiende diligentemente con la señal de la cruz; por lo tanto, no en el cuerpo, sino en la undécima parte de sus frutos del campo, si se quiere, le podré dañar.»

Conocí á cierta virgen veterana, que se llamaba Seriosa, en los confines de la diócesis de Constancia, madre y espejo de todas las vírgenes del pueblo, la cual tenía gran confianza en el signo de la cruz y en la pasión de Cristo, vivía en un miserable tugurio de una aldea pobre y pobre ella misma voluntariamente, en una tierra donde se sabe que algunas veces tenían lugar bastantes maleficios. Un amigo su-

yo fué dañado en un pie con grave maleficio, de que por arte ninguno podía sanar. Después de aplicados muchos remedios, visitó dicha virgen al enfermo, quien le pidió que aplicase al pié alguna bendición, á lo que ella accedió, y silenciosamente aplicó la oración dominical y el símbolo de los apóstoles, con repetidos signos de la vivificadora Cruz. Sintiéndose el paciente curado en aquel instante, quiso saber, para lo sucesivo, qué clase de versos había aplicado la virgen, y ésta le dijo: «vos, por debilidad ó por mala fe, no os adherís á los ejercicios aprobados por la Iglesia, y aplicáis frecuentemente á vuestras enfermedades versos y remedios prohibidos, que, sin obrar en el cuerpo sino rara vez, perjudican á vuestra alma; pero, si confiaseis en la eficacia de las oraciones y de los signos lícitos, muchas veces sanaríáis. Nada os he aplicado más que la oración dominical y el símbolo de los Apóstoles, y ya estáis curado.»

Consta además, por confesión de los maléficos, que son vencidos sus maleficios con los ritos de la Iglesia, guardados y venerados, como por la aspersión del agua bendita, la toma de la sal consagrada, el uso lícito de las luces y palmas consagradas en los días de la Purificación y de Ramos, y por otros semejantes; porque la Iglesia exorcisa estas cosas, para que disminuyan las fuerzas del demonio.

De la justicia pública dicen todos los maléficos, y

lo dice la experiencia también, que en el mismo instante en que aquellos son cogidos por los oficiales de justicia de la república, queda enervada toda su potestad. Por lo cual; como muchas veces el dicho juez Pedro quisiese coger, por medio de sus criados, al citado *Staedclin*, tanto hedor percibieron, que no se determinaron á acometerle; y diciéndoles el juez que le echasen mano, pues, tocado por la justicia, al instante perdería todas sus fuerzas, hiciéronlo así, y quedó probado el dicho del juez.

Éste mismo refirió lo siguiente: «Habiendo cogido á *Staedelin*, que había dañado gravemente con granizos, causado hambre, y ocasionado con rayos muchas devastaciones, le pregunté cuál era la verdad en esto, y me contestó: «Procuro con facilidad los granizos; pero no puedo dañar á mi arbitrio sino á aquellos que están destituídos del auxilio divino: los que se defienden con la señal de la cruz, no morirán con mi rayo.» Y preguntándole luego que cómo procedía para concitar las tempestades y granizos, dijo: «En primer lugar invocamos en el campo al príncipe de todos los demonios, para que nos envíe á uno de los suyos; después, viniendo cierto demonio, inmolamos un pollo negro, tirándolo á lo alto, y tomado por el demonio obedece éste al instante y concita el viento, arrojando rayos y granizos, no siempre á los lugares por nosotros designados, sino donde el Dios vivo lo permite.» Preguntéle, por tercera vez, si podían reme-

diarse de alguna manera tales tempestades concitadas por los maléficos y por los demonios, y respondió: «Pueden remediarse, pronunciando estas palabras: «Os conjuro, granizos y vientos, por los tres divinos clavos, que taladraron las manos y los pies de Cristo, y por los cuatro santos Evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, para que descendáis resueltos en agua.»

Ya aparece de lo dicho que la sabiduría y clemencia de Dios, dispone suavemente los maleficios de los hombres pésimos y de los demonios, de tal manera que cuando busquen con su perfidia el disminuir y enfermar el reino y la fe de Cristo, se afirmen uno y otra y echen mayores raíces en el corazón de muchos. Pueden venir á los fieles muchas utilidades de los males referidos, porque así se robustece la fe, se ve la malicia del demonio, se manifiestan la misericordia y potestad divinas, miran los hombres por guardarse y se acercan á la reverenda pasión de Cristo y á las ceremonias de la Iglesia.

M.—No pasa de aquí el capítulo cuarto; y ya que en él se habla de las tempestades concitadas por los demonios á ruego de los maléficos, voy á referirles á ustedes un caso que he leído en el *Martillo*, que no deja de ser gracioso.

Cuentan los autores de aquel prodigioso libro, que en una ciudad próxima á las orillas del Rhin había una maléfica que era sumamente odiosa á sus conve-

cinos; y como no hubiese sido convidada á ciertas bodas, á que lo habían sido casi todos los del pueblo, quiso, indignada, vengarse de tamaño desaire. Al efecto, llamó al diablo, le contó su cuita y le pidió hiciese caer una granizada sobre los que en las bodas se encontraban. Accedió el demonio á la petición de su devota, á quien elevó y llevó por los aires hasta un monte inmediato á la ciudad, en cuya cumbre la depositó. Luego que ella se vió en el suelo hizo un hoyo, donde vertió agua, y con el dedo empezó á revolver el líquido á presencia del mismo demonio, el cual, elevando el vapor que de tal laboratorio salía y convirtiéndolo en grueso granizo, lo arrojó sobre los que, muy alegres y contentos, cantaban y bailaban en las bodas. Estos, al grito de «sálvese el que pueda,» se dispersaron en completa derrota llevando á su casa la cabeza llena de los golpes con que el granizo los había atormentado.

Discurriendo sobre tan extraño suceso, todos sospechaban de la maléfica, hasta que por la declaración de unos pastores que casualmente se hallaron en el monte cuando se confeccionó la tormenta, y tuvieron ocasión de ver sin ser vistos el diabólico artificio, las sospechas se convirtieron en evidencia; por lo cual, y por otras habilidades por el estilo que se averiguaron, á aquella infernal mujer, la llevaron al quemadero, donde pagó todo lo que debía á la justicia humana, partiendo al tribunal donde la divina se administra.

R.—Siento que no se haya detenido Fr. Juan Nyder en decir algo sobre los llamados propiamente nigramánticos, y en especial sobre el suceso de la Pitonisa de Eudor, que, áun cuando nunca me lo he podido explicar satisfactoriamente, siempre he creído que no debe entenderse tal como suena.

M.—Pues procuraré suplir en esta parte el silencio del autor con algo de lo que en otros he leído.

Uno dice: «El evocar las almas de los muertos, para que digan las cosas ocultas y futuras llamábase nigromancia, y es muy antigua. Este arte tuvo origen del error de aquellas que creían que las almas existían desde la eternidad y eran partícipes de la sustancia divina, y libres del cuerpo, como que conseguían la divinidad; por lo cual los romanos y los hebreos creían que, no con lamentos, sino con himnos y cánticos se habían de celebrar las defunciones. Mas como dicho fundamento sea falso, ni está en potestad de las almas el aparecer cuando quieran, de aquí es que no son las almas de los muertos las que aparecen, sino los demonios.»

Prohibe el canon XIV del concilio iliberitano el que se enciendan cirios en los cementerios *porque no deben inquietarse los espíritus de los santos*, y con ocasión de esto, dice un escritor: «Obsérvese que no se prohiben los cirios dentro de las iglesias, en las cuales, ni en tiempo del concilio iliberitano, ni en los siguientes se permitía enterrar los cuerpos de los fieles,

sino sólo en los cementerios. Porque este canon no prohibe las ceremonias del culto divino, sino los prestigios de la nigromántica impiedad y de la adivinación demoniaca de que usaban muchos, género de víboras nacidas de la escuela de Simón Mago y de sus discípulos Basilides, Menandro y Saturnino, de la que surgió en España la diabólica propagación de los Priscilianistas, dados á las encantaciones y adivinaciones. En los mismos sacrilegios consistía la curiosa evocación de los muertos por medio de los demonios, de quienes, como de oráculos, decían que se podían saber los más ocultos misterios y los sucesos futuros. Las sagradas historias de los Reyes refieren que el infelicísimo rey Saúl, el día antes de su muerte y de aquel funesto conflicto con los filisteos, sintiéndose abandonado de Dios y que á él y á los suyos amenazaban grandes peligros, salió de los reales en una noche tempestuosa y fué á Eudor á pedir á una Pitonisa que evocase el alma de Samuel, para saber por sus respuestas la suerte que le esperaba. De Apión escribe Plinio que evocó los manes de Homero, para que le dijesen cuál era su patria y otras cosas vanas y de ninguna importancia, sin atreverse después á manifestar lo que le hubiesen respondido. De Apolonio de Tiana, escribe Filostrato, que fué al sepulcro de Aquiles y evocó sus manes, para que se le presentase á la vista la imagen de aquel héroe tal cual había sido en vida. Cuenta Tertuliano que los *Nosamo-*

nas, según las historias de Heraclido, Nynfodoro y Herodoto, acostumbraban consultar á los oráculos, pernoctando junto al sepulcro de sus padres. Lo mismo dice de los celtas, citando á Nicandro. Enseña que las imágenes de los muertos, aparecidos á estos evocadores, en manera alguna son las almas de los difuntos, sino vanos espectros, con que el demonio fascina su vista. Añade el mismo Tertuliano que no fué el alma de Samuel la que apareció á Saul, sino su mentida efigie, y que no fueron en realidad convertidas en serpientes las varas de los magos de Faraón, sino que los demonios las hicieron aparecer tales, fascinando al efecto los ojos de los que estaban presentes. Finalmente, los santos, que este canon dice, que no se han de inquietar, deben entenderse los mismos fieles, á quienes las sagradas escrituras suelen muchas veces significar con el nombre de santos, como hace también frecuentísimamente el apóstol San Pablo en sus epístolas.»

M.—Es interesantísimo un diálogo de San Cirilo sobre esta materia; y aunque no todo, porque es bastante largo y ya se va acercando la hora de nuestra retirada, creo que no ha de pesar á ustedes el oir alguna parte de él. Es como sigue.

«Pal.—¿Quién vendría á tal grado de demencia que creyese que los ventrílocuos y encantadores que vaticinan de los muertos, hacen semejantes portentos por medio de Dios, que por su ley condenó al último

suplicio á los que á estas cosas se aplican? Entonces sucedería que iba contra sus propias leyes.

«Cir.—Piensas perfectamente. Pero ¿juzgaremos, por ventura, que las almas de los santos son tan abyectas y de ningún precio, ó más bien que han venido á tal miseria, que estén sujetas á los malos é inmundos espíritus, á cuyo arbitrio sean llevados de aquí para allí? El libro del Apocalipsis, que San Juan nos escribió y los santos Padres aprobaron, manifiestamente afirma que las almas de los santos se miran ante el mismo altar divino. Si, pues, las arrebatan de las mansiones celestes y de los sacratísimos lugares, é impunemente, sin que ninguno se oponga, los llevan á otra parte, se sigue que el cielo está franco á todos los demonios y verosímilmente les está abierta á éstos la puerta del paraíso, cediendo ante ellos la espada de fuego, y que no sólo les está libre la entrada y la salida, sino que también pueden sacar á su arbitrio á los que están dentro. Pero ¿no es esto arrancar la esperanza en Cristo y constituir á los santos en cierta vida miserable?

»Pal.—Así parece.

»Cir.—Ninguna duda cabe. Mas si después que nos hemos separado de los vivos y nos hemos asociado á Cristo, hemos de venir á estar bajo la potestad de espíritus enemigos, irrita nuestra fe, según la escritura, y nadie después dejaría de juzgar que valía incomparablemente más el que nuestra alma estuvie-

se siempre en el cuerpo y no se asociase á Cristo; y, lo que es más grave é intolerable: cuando aún gozamos de esta vida mortal, ningún derecho tiene sobre nosotros el diablo, antes bien pisamos sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda potestad del enemigo, según la voz del Salvador; pero después, cuando merecemos reunidos con Cristo, ¿cómo hemos de estar en peor lugar? El cómo Él mismo lo dice con estas palabras: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán en el siglo, ni nadie las arrebatará de mis manos. Mi padre que me las dió es superior á todos, y nadie arrebatará cosa alguna de la mano de mi padre.» ¿Y engañaría acaso á los que pelean por su fe en Cristo el sapientísimo Pedro, que escribe así: «Por tanto, aquellos mismos que padecen por la voluntad de Dios, encomienden por medio de las buenas obras sus almas al Criador, el cual es fiel.» Si, pues, Satanás hace fuerza al alma encomendada á Dios, llevándola donde quiere, ¿cómo se ha de creer preferida el alma del santo, al ser puesta como en depósito ante Dios? Es, pues, necio delirio el creer que el alma del Profeta fué verdaderamente sacada de los lugares, á la misma designados, por las profanas encantaciones de una impurísima mujer.

» Pal.—¿Cuál es entonces la manera de resolver esta cuestión?; pues creo estas cosas tan torpes, que ninguna razón de ellas puede concebir el ánimo.



«Cir.—Puesto en primer lugar el texto de la Sagrada Escritura, saquemos el sentido, y tendremos fijamente la verdad. Dice así: «Había ya muerto Samuel y llorádole todo Israel amargamente, habiéndole sepultado en Famatha, su patria. Saul, por consejo suyo, había limpiado el reino de magos y adivinos.»

«Reunidos, pues, los filisteos, fueron y plantaron sus reales en Sunam. Asimismo Saúl, juntando todas las tropas de Israel, fué á Gelboe.»

«Y visto el grande ejército de los filisteos, temió y desmayó su corazón sobremanera.»

«Consultó, pues, al Señor; mas no le respondió, ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas.»

«Dijo entonces Saúl á sus criados: Buscadme una mujer que tenga espíritu de Pithon, (1) é iré á encontrarla y á consultar al espíritu por medio de ella. Respondieron sus criados: En Eudor hay una mujer que tiene espíritu pitónico.»

«Disfrazóse luego, y mudado el traje, se puso en camisa, acompañado de dos hombres. Fué de noche á casa de la mujer y díjola: Adivíname por el espíritu de Pithón, y hazme aparecer quien yo te dijese.»

«Respondióle la mujer: Sabes bien cuanto ha hecho Saúl por estirpar de todo el país los magos y

(1) El espíritu de Pithon, quiere decir el espíritu de Apolo, divinidad famosa entre los gentiles, por razón de sus oráculos. Véase Act. XVI. v. 16. (Torres Amat.)



adivinos; ¿por qué, pues, vienes á armarme un lazo, para hacerme perder la vida?»

«Mas Saúl le juró por el Señor, diciendo: vive Dios que no te vendrá por esto mal ninguno.»

«Díjole entonces la mujer: ¿Quién es el que debo hacer aparecer? Respondióle: Haz que se me aparezca Samuel.»

«Mas luego que la mujer vió á Samuel, exclamó á grandes gritos: ¿Por qué me has engañado? Tú eres Saúl.»

«Y díjola el Rey: No temas. ¿Qué es lo que has visto? He visto, respondió la mujer, como un dios que salía de dentro de la tierra.»

«Respondió Saúl: ¿Qué figura tiene? La de un varón anciano, dijo ella, cubierto con un manto. Reconoció, pues, Saúl que era Samuel, y le hizo una profunda reverencia, postrándose en tierra sobre su rostro.»

«Pero Samuel dijo á Saúl: ¿Por qué has turbado mi reposo haciéndome levantar? Respondió Saúl. Me veo en un estrechísimo apuro: los filisteos me han movido guerra, y Dios se ha retirado de mí, y no ha querido responderme, ni por medio de los profetas, ni por sueños: por esta razón te he llamado, á fin de que me declares lo que debo hacer.»

«Respondióle Samuel: ¿A qué viene el consultar conmigo, cuando el Señor te ha desamparado y pasádose á tu rival?»



«Porque el Señor te tratará como te predije yo de su parte. Arrancará de tus manos el reino, y le dará á tu prójimo, á David, tu yerno.»

«Por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignación de su ira exigía contra los Amalecitas: por esto el Señor ha hecho contigo lo que estás padeciendo.»

«Y además, el Señor te entregará á tí y á Israel en manos de los filisteos. Mariana, tú y tus hijos estaréis conmigo, y también el campamento de Israel le abandonará el Señor en poder de los filisteos.»

«Cayó Saúl al instante, tendido en tierra, despavorido al oir las palabras de Samuel, y estaba además falto de fuerzas, á causa de no haber comido en todo el día?»

«¿Puede todavía caberte duda de que Saúl pagó las penas, condenado por su propio juicio? Cuando temió á los enemigos que contra él se habían congregado, cierto de su debilidad para la batalla, procuraba saber de Dios lo que había de suceder, y como Dios callase, sin revelarle cosa alguna, para vejar á aquel que se había propuesto el silencio, fué á la mujer que vaticinaba por los muertos, por aquéllos dice, que se creen peritos en las cosas futuras. Después dijo: «Tráeme á Samuel,» no porque el arte encantadora ó mágica pudiese sacar el alma del santo, sino porque muchos de los que vaticinan usan de semejante voz. Oí, sin embargo, que aquellos á quienes los

demonios fascinan y encantan con el agua, ven en ésta como en un espejo, ciertas figuras y sombras, que no son otra cosa que los demonios que procuran parecerse á aquellos de quienes se dice ser las figuras. Dijo primero la mujer: «veo que salen dioses de la tierra;» después dijo: «Y vió la mujer á Samuel.» No es difícil que se hubiese visto una sombra que representase una figura igual al beato Samuel y un simulacro hecho por arte diabólica.

«Sí, pues, si alguno cree que el alma del profeta fué realmente evocada, y da fe á las palabras de la mujer, cuando dice que ve ascender dioses de la tierra, no atribuirá mentira á los ritos del vaticinio; pero creerá que hay ciertos dioses con el cargo de levantarse de la tierra, aunque, según la naturaleza, existe Dios único y sólo.»

«Pal.—Dices rectamente; pero dirá alguno: Todo lo que se le dijo á Saúl que había de sucederle, salió cierto, y, sin embargo, se enseña que nada de verdad hay en los espíritus impuros.»

«Cir.—Y así es en efecto. No hay conveniencia ni sociedad alguna entre la luz y las tinieblas, ó Cristo ó Belial; pero á veces los encantadores predicen por permisión de Dios cosas verdaderas.»

M.—Por lo dicho hasta aquí por San Cirilo, comprenderán Vds. que las respuestas que los espiritistas dicen que les dan los espíritus que evocan, son respuestas dadas por los demonios.

R.—¿Luego deben ser contados los espiritistas entre los nigrománticos, encantadores y adivinos?

M.—Sin duda, como que lo que ellos hacen no es otra cosa que lo que siempre se ha conocido con el nombre de magia. Esto lo oirían Vds. perfectamente expuesto en pocas palabras, si les leyese lo que sobre el particular publicó un autor anónimo en el Boletín eclesiástico de Zaragoza con el título de *El magnetismo, sonambulismo y espiritismo*. Pero, áun cuando he traído ese escrito con ánimo de leérselo a Vds., no lo consiente el tiempo trascurrido, y habré de dejarlo para mejor ocasión.

C.—Ninguna mejor que mañana mismo; y así, ruego á Vds. que dé principio á la próxima velada con esa lectura, pues me perezco de curiosidad por saber algo del tal espiritismo.

M.—Así lo haré sin falta.

Conforme á lo prometido, leyó M. en la noche siguiente el escrito del autor anónimo, concebido en estos términos.

VELADA SEXTA

¿Qué son el magnetismo, el sonambulismo y el espiritismo?

Son tres de los auxiliares de que en nuestros días se vale principalmente el demonio para perder las almas. El desarrollo que teórica y prácticamente han tomado y van tomando cada día; la pertinacia con que se defienden y los funestos estragos que en el orden moral y religioso han producido, muestran á las claras que no son un enemigo despreciable, sino que, al contrario, importa mucho estar prevenidos contra sus insidiosos ataques.

Tal es lo que nos proponemos manifestar en este breve escrito, explicando la naturaleza de estos errores y la línea de conducta que los católicos deben seguir en presencia de los mismos.

El magnetismo, sonambulismo y espiritismo no son, como podría alguno figurarse, tres cosas esencialmente distintas, sino simplemente tres retoños de un árbol muy antiguo, á saber: la antigua magia. Este error suele predominar en las épocas de infidelidad, por cuanto es el medio más adecuado con que el

demonio puede llenar el vacío que la falta de fe deja en los entendimientos, toda vez que el entendimiento humano tiene una tendencia irresistible á lo sobrenatural, y cuando no puede satisfacerla experimenta la falta de una condición esencial de vida. Esta es la sencilla explicación del predominio de la magia ó comercio del hombre con el diablo en los últimos tiempos antidiluvianos y en los largos siglos del paganismo, como lo es también de su visible decadencia y casi completa extinción en los primeros tiempos del Cristianismo, y por consiguiente la fe ha menguado tan considerablemente en las conciencias.

A mediados del siglo pasado fué cuando Mesmer empezó á enseñar su sistema sobre el magnetismo, que luego se llamó mesmerismo, del nombre de su autor; y aunque éste calificaba su sistema de meramente científico, bien pronto acreditaron los hechos que distaba mucho de poderse explicar por causas puramente naturales.

El mesmerismo, que se manifestaba especialmente en las extraordinarias curaciones de enfermos que debían colocarse alrededor de una tinaja, de la que se desprendía el pretendido flúido magnético, se convirtió en sonambulismo bajo la direccion de M. Puysegur, discípulo de Mesmer. El sonambulismo no es más que el mesmerismo perfeccionado, por cuanto en él no se requieren los utensilios que Mesmer necesitaba para producir sus maravillosos efectos, sino que

basta para esto simplemente infundir el sueño *magnético* á la persona sobre la cual se quieren verificar los experimentos.

El espiritismo propiamente dicho, que consiste en la comunicación directa con los seres invisibles, nació en Norte-América á mediados de este siglo, siendo principalmente importado á Europa por Mr. Duglas-Home.

II.

¿Qué fenómenos se atribuyen al magnetismo, sonambulismo y espiritismo, y qué debe pensarse de los mismos?

Los principales atribuídos al magnetismo son: 1.º, movimientos extraños de mesas y otros objetos, sin causa visible que los produzca; y 2.º, contestaciones dadas por los mismos á las preguntas que se les dirigen. Los que se atribuyen al sonambulismo, sobre todo si se trata, no del sonambulismo común ó simple sueño magnético, sino del llamado sonambulismo lúcido, son, además de una especie de sopor en el sonámbulo, del cual ninguna fuerza puede despertarlo, 1.º, una lucidez que él mismo se dice que posee, la cual le permite ver á larga distancia, aunque haya objetos intermedios; y 2.º, adivinación por parte de los *mediums* de cosas ocultas. Por último, los que directamente se atribuyen al espiritismo son: 1.º, movimientos de lápices producidos por agentes invisi-

bles, que reproducen exactamente el carácter de letra de una persona difunta; y 2.º, aparición de fantasmas ó presencia invisible de espíritus, pretendiendo unos y otros ser las almas de personas difuntas.

Concediendo que no pocas veces la farsa y la prestidigitación juegan un papel importante en estos fenómenos (1) es, sin embargo, imposible negar en absoluto su realidad. Muchos de ellos vienen atestiguados por centenares de testigos mayores de excepción por su capacidad y honradez; los tribunales de justicia más competentes han conocido de los mismos; los escritores católicos, al combatir el espiritismo, nunca ponen en cuestión la realidad de los hechos que éste se atribuye, reduciéndose tan solo la polémica á investigar y explicar su causa; y sobre todo, los Prelados de la Iglesia y la Sagrada Congregación, al ser consultados sobre el particular, tampoco han puesto en tela de juicio la realidad de dichos fenómenos, limitándose á reprobarlos y á declarar su ilicitud.

En presencia de estos datos, atribuir á la superchería *todos* los fenómenos del espiritismo, sería resistir á la evidencia.

---

(1) Y tanto es así, que áun en los casos de posesión diabólica, la Iglesia, sumamente previsora, no permite á los sacerdotes el uso de los exorcismos sin autorización especial.



III.

Pero si son verdaderos, ¿cómo deben explicarse? Sus partidarios se dividen en dos clases: primera, la de los que quieren explicarlo todo por causas naturales, que en su concepto no son otras que las manifestaciones del flúido magnético; menos aún, simples alucinaciones, como pretende Mr. Litrè; y segunda, la de los que suponen la intervención de las almas de los difuntos, y estos son los espiritistas propiamente dichos.

Desde luego es inadmisible la primera explicación, porque este flúido, sea lo que fuere de sus fuerzas ocultas, no pasa, por confesión de todos, de ser un flúido no espiritual; es, si acaso, una de tantas fuerzas de la naturaleza, y no más, y por tanto incapaz *á radice* de producir efectos que revelan necesariamente inteligencia é intención en su causa, según aquel sabido axioma: *ningún efecto puede ser jamás superior á la causa que lo ha producido.*

Tocante á la hipótesis de la alucinación inventada por Mr. Litrè, será, si se quiere, un expediente muy cómodo para salir de apuros, pero no creemos que nadie pueda tomar en serio la existencia, ni siquiera la posibilidad de una alucinación tan *sui generis* que ataca á centenares y millares de personas, sin que pueda señalarse causa, razón ni pretexto alguno de

un efecto semejante, y sobre todo una alucinación que enseña repentinamente á hablar idiomas desconocidos y descubrir cosas ignoradas.

Igualmente es inadmisible la segunda explicación, porque, como enseña Santo Tomás, según los principios de la sana filosofía, el alma humana, destinada como está á informar un solo cuerpo, no puede obrar en manera alguna sobre las demás sino por medio de los órganos del cuerpo á que está sustancialmente unida, y por ende carece de todo medio de acción sobre aquéllas cuando está separada de su cuerpo. Como la índole de este escrito no nos permite engolfarnos en especulaciones filosóficas, basta para confirmar lo dicho consignar un hecho atestiguado por la experiencia, á saber: que el alma, mientras está unida al cuerpo, tiene acción sobre este cuerpo que ella anima, pero no sobre ningún otro, hasta tal punto, que si á una persona se le amputa un miembro, ó áun sin amputársele, si por una enfermedad cualquiera pierde enteramente dicho miembro, la sensibilidad, el alma deja ya de tener acción sobre el mismo desde que deja de vivificarlo.

Luego el alma sólo tiene acción sobre el cuerpo que vivifica; es así que después de la muerte de una persona su alma ya no vivifica ningún cuerpo; luego las almas de los difuntos no tienen acción sobre ningún cuerpo; luego es falso que sean las almas de los difuntos las que se aparecen por las evocaciones de los

espiritistas, las que contestan á sus preguntas, etcétera, etc. Y nada vale decir que lo que las almas no pueden por naturaleza lo pueden por permisión de Dios; porque si bien es cierto que algunas veces Dios ha permitido, por motivos especiales, y siempre de grande importancia, la aparición de algún alma, sería ridículo y altamente injurioso y depresivo del concepto que debemos tener de Dios, suponerle á disposición de cualquier *medium* para que le sirviera de cómplice en sus especulaciones, ó cuando menos en sus caprichos (1).

Desechadas, pues, ambas explicaciones, sólo queda una, que es la que damos los católicos, á saber: la intervención del maligno espíritu.

En primer lugar, esta intervención es posible, porque el diablo, como es un puro espíritu, tiene acción sobre los cuerpos. A diferencia del alma humana, el diablo no tiene su fuerza circunscrita ó limitada sobre un cuerpo solo; y como por otra parte, al ser despojado de sus prerogativas de gracia, conservó las dotes de su naturaleza angélica, tiene, por consiguiente, el poder de cambiar de lugar los cuerpos casi instantáneamente, de realizar con suma rapidez lo que

(1) Estas últimas razones que apuntamos sirven á mayor abundamiento para rechazar la hipótesis que atribuye á los ángeles buenos los fenómenos del espiritismo. Esta hipótesis fué ideada por Mr. Billot, y ha sido poco seguida, que sepamos.



las fuerzas de la naturaleza ejecutan con suma lentitud, y por último, de producir vehementes ilusiones en los hombres, ya sea inmutando sus sentidos, ya excitando su fantasía.

En segundo lugar, esta intervención del demonio no sólo es posible, sino real y verdad de fe en ciertos casos. Basta para probarlo recorrer las Sagradas Escrituras, en cuyas páginas se pueden leer los prestigios obrados por los magos de Egipto, los mil casos de personas presas por el demonio, y sobre todo las tentaciones que padeció Nuestro Señor Jesucristo.

En tercer lugar, la Iglesia siempre ha creído en la persistencia de esta intervención, como lo prueban las doctrinas de los Santos Padres, las decisiones de los Concilios contra los magos y hechiceros y la fórmula de los exorcismos que pone en todos los Rituales.

IV.

¿Qué conducta deben, pues, seguir los católicos respecto al magnetismo, sonambulismo y espiritismo?

Contestamos á esta pregunta transcribiendo las siguientes disposiciones de la Iglesia, advirtiendo que antes que se sometiera la cuestión al oráculo de la Santa Sede, ya los teólogos y los Obispos, según lo que les correspondía por razón de su ministerio, se habían pronunciado muy claramente sobre el particular, reprobando las prácticas del magnetismo, so-

nambulismo y espiritismo como perniciosas por lo que toca á la fe y peligrosas en lo que se refiere á la moral.

Lo que dió origen á la primera decisión de Roma fué la consulta hecha en 1841 por el Obispo de Lausana ó la Sagrada Penitenciaria, exponiendo los fenómenos que sus adeptos atribuyen al magnetismo, la cual obtuvo la siguiente respuesta: *Sancta Penitenciaria, maturé perpensis expositis, respondendum censet, prout respondet; lisum magnetismi prout in casu exponitur non licere.* Después, en 1856, la Sagrada Congregación de la Inquisición romana expidió una Carta Encíclica á todos los obispos, en la cual, después de haber enumerado los varios fenómenos atribuídos al magnetismo, dice: *In hisce omnibus, qua cumque demum utantur arte, vel illusioni, cum ordinentur media phisica ad effectus non naturales, reperitar decepcio omnino illicita et hæreticalis, et scandalum contra honestatem morum.* Y concluye excitando el celo y vigilancia de los obispos, para que aparten de los fieles la corrupción de costumbres, que produce semejante magnetismo. Posteriormente, por decreto de 20 de Abril de 1864, se condenaron y proscribieron todos los escritos de Allan Kardec sobre el espiritismo.

De estas decisiones inferimos: 1.º, que no es lícito nunca tomar parte en los fenómenos *præter naturales* atribuídos al magnetismo y espiritismo, aunque se haga pacto explícito ó implícito de no querer comuni-

cación con el maligno espíritu; 2.º, que no es lícito asistir como meros espectadores á las reuniones espiritistas; 3.º, que no es lícito leer ni retener las obras ó revistas que defienden sus prácticas; y 4.º, que debe inculcarse con toda eficacia á los fieles el peligro gravísimo de eterna condenación en que se pondrían, si no se apartasen de las sugestiones, disfrazadas muchas veces, de los aficionados á esta secta infernal, cuyo fin último no es otro que reemplazar el culto y adoración de Jesucristo con el culto y adoración de Satanás.» R. C.

C.—Me ha satisfecho por completo el escrito leído, y ya no me queda la menor duda de que los espiritistas son hermanos carnales de la Pitonisa de Eudor y de cuantos han ejercido la nigromancia en este mundo.

M.—Para poner término á esta materia de la nigromancia, leeré á ustedes el siguiente relato, que tomado de las *Memorias inéditas* de Lallemand, pone en su historia del conde de Cagliostro mi siempre queridísimo amigo el Sr. D. José Velázquez y Sánchez, cuyo fallecimiento, que acabo de saber, me tiene en gran manera contristado.

«Ninguna de las aventuras del Conde hizo más ruido en París, y áun en el reino, que el convite entre doce personas de su más íntimo trato, que tuvo lugar en una rotonda de su casa, labrada expresamente en el jardín, para aislar aquella pieza del resto

del edificio, que era un caserón espacioso, pero viejo y algo sentido en sus muros. El Conde había hablado á ciertas personas de su mayor confianza, algunas conocidas por su declarado ateismo, de las apariciones de difuntos, para dar testimonio de la otra vida, diciendo que el conjuro á que obedecían los espíritus era casi familiar en la India y en lo interior del Egipto, y que comunicar con ellos sin hacerles tomar formas visibles, lo sabían hasta las viejas persas y los niños de las costas de Coromandel. Instado por los que creían en el poder sobrenatural del noble hechicero, y por los que ponían en duda la peregrina facultad de traer á la tierra á los emigrados de este valle de lágrimas, consintió Cagliostro en someterse á la prueba, exigiendo que se diera un banquete en la rotonda, poniéndose entre los convidados sillones vacíos, que ocuparían los muertos que se lo designaran, hasta el numero de seis. Llegado el día del tremendo convite, el Conde encargó á sus comensales que no se preocuparan de la escena que tendría lugar á los postres, y que no frustrasen el efecto de la aparición visible con ninguna especie de movimiento arrebatado ni de sensación extrema.

En el momento oportuno se levantó el procer italiano, y fué llamando á Voltaire, Diderot, d'Alambert, Montaigne, Boileau y Molière, quienes aparecieron á evocaciones sucesivas en los seis sillones que se les tenían dispuestos, perfectamente visibles al

través de una especie de neblina, que parecía servirles de atmósfera particular.—En este hecho están conformes todas las referencias de los doce convidados de la rotonda; pero corren por París algunos dichos agudos puestos en bocas de los muertos, como el de Voltaire sobre haber averiguado en el otro mundo que los Papas eran buena gente, el de Diderot, que declaraba el mérito de su Enciclopedia en el redactor del índice, y el de Molière, llamando á Luis XIV el primer cómico de la majestad.—El duque de Argensón refirió al Rey los rumores que circulaban en París respecto al banquete de los difuntos; pero Su Majestad encogiéndose de hombros, contestó al duque: —*He ahí los espíritus fuertes de nuestra época: niegan á Dios para creer en el diablo.* »

M.—Ahora apuraremos el tiempo que de esta velada resta con el capítulo V del *libro insigne* que dice así:

CAPÍTULO V.

Con humores viscosos se les impide á las hormigas el que puedan trabajar y moverse; pues los animales débiles, cuando andan por sitios bituminosos, se pegan á ellos, así como cuando hay tempestad sufren en sus cuerpos y hallan obstruídos los caminos.

Por los lugares viscosos ó bituminosos se significa la ocasión de las voluptuosidades carnales de los que viven fingidamente en la fe cristiana; porque de estos

halagos no se puede salir para obrar bien, sino que, por el contrario, se es cautivado en las mismas terrenales delicias.

En figura de esto, en el lugar en que cayeron el Rey de Sodoma y de Gomorra con sus cómplices, por los que se entienden los lujuriosos é incontinentes, se lee que había en un valle inculto muchos pozos de betún, en los cuales los que caían se deslizaban en varias voluptuosidades del cuerpo; porque las costumbres incultas, como en el mismo lugar dice la glosa, atraen á los pertinaces al profundo de los males. Mas los que no fueron muertos, huyeron á la montaña, esto es, á las alturas de las virtudes.

A propósito, dice San Bernardo en la homilía IX sobre los cantares: «La liga del deseo pervertido no permite al alma volar, sino que antes bien atrae la mente, si por ventura es alguna vez levantada por una tempestad.»

También se dice que los voluptuosos están impedidos de ejercer el bién, porque los sectarios de los deleites carnales, halagados del humano favor, se hacen afeminados para las árduas obras de las virtudes. De ellos se dice en el capítulo 36 de Job: «Morirán de muerte violenta y acabarán su vida entre hombres afeminados y sodomíticos.» O, como dice otra traducción: «Su vida será herida por los ángeles.» Una y otra versión son verdaderas, áun cuando las palabras sean distintas, porque la vida de los

afeminados es herida por los ángeles, cuando éstos, como nuncios de la verdad, la combaten con los dardos de la santa predicación.

En el mismo sentido habla San Gregorio en el libro 26 de los *Morales*, y el Profeta aconseja á los elegidos, diciéndoles: «Obrad virilmente, y confórtese vuestro corazón, porque la mente lujuriosa se corrompe si se deleita con cosas transitorias. La vida de los que fingen muere entre los afeminados, porque se halla corrompida por la lujuria.»

Perezoso.—Hemos oído que en nuestros tiempos hay muchos que de tal manera son encendidos en amor por obra de los maléficos hacia las mujeres de otros, ó muchas mujeres hacia hombres ajenos, que ni con razones, ni con castigos se les puede hacer desistir. Por el contrario, hemos experimentado que entre los casados se suscitan por los maléficos tales odios, y también tales frialdades de la potencia generativa, que no pueden dar ni pedir el débito para tener prole. El amor y el odio existen en el alma; y como, según todos los que son competentes en tu profesión, el demonio no puede entrar en el alma, conviene saber qué es lo que hay de verdad ó falsedad en esto.

Teólogo.—Aunque, según el unánime sentir de los nuestros, el demonio no puede obrar inmediatamente en el entendimiento y voluntad del hombre, sin embargo, conforme a la doctrina de los mismos,

puede obrar en el cuerpo y en las cosas allegadas al cuerpo, ya sean sentidos interiores, ya exteriores, permitiéndolo Dios. Por eso se lee en Job: «Dijo, pues, el Señor á Satanás: Anda, en tu mano está, pero consérvale el alma.» Tocas, por lo tanto, con tu pregunta tres dificultades, á saber: cómo se causan en la potencia generativa el maleficio y en la voluntad el odio y el amor desordenado.

De la filocapción ó amor desordenado de un sexo á otro, debes saber que puede nacer de tres causas, cuales son: las incautas miradas, la tentación del demonio y el maleficio de los nigrománticos, igualmente que de los demonios.

En cuanto á lo primero dice Santiago: «Cada uno es tentado, siendo atraído y halagado por su concupiscencia; después, cuando la concupiscencia concibe, pare el pecado, y éste, cuando se consuma, engendra la muerte.» Por eso, como Lichem viese á Dina, que había salido á ver las mujeres del país, la amó, la robó y durmió con ella, uniéndose sus dos almas. Y, según la glosa, sucede al alma enferma, cuando, pospuestos los negocios propios, se cuida de los ajenos, ser seducida por las costumbres y consentir en las cosas ilícitas.

Respecto á lo segundo, esto es, al amor desordenado que nace principalmente de la tentación del demonio, vemos en el libro primero capítulo XIII *de los Reyes*, que Ammón amó á su hermana Thamar, her-

mosa en extremo, concibiendo por ella gran pasión, de tal manera, que por este amor enfermó. No hubiera concebido tal maldad, á no haber sido gravemente tentado por el demonio; y por eso dice allí la glosa: «Esto nos aconseja el que siempre obremos cautamente, para que no dominen los vicios en nosotros, y el príñcipe del pecado, que promete una falsa paz á los que peligran, hallándonos preparados, no nos acometa de súbito y nos mate cruelmente.»

De este segundo género de amor está lleno el libro de los Santos Padres, el cual refiere, que algunos se libraron en los yermos de toda tentación de amor carnal; pues á veces eran tentados en este particular más de lo que puede creerse. Por eso, en la carta segunda, capítulo XII, á los Corintios, dice el Apóstol: «Se me ha dado el estímulo de mi carne, como un ángel de Satanás, para que me abofetee.» Dice allí la glosa que la tentación en que no se consiente no es pecado, sino materia en que ejercitar la virtud; pero has de entender por esto, que si viene del enemigo y no de la carne, es pecado venial cuando no se consiente; y de este amor tienes ejemplo en el libro primero de nuestro *Hormiguero*.

De la tercera especie de amor desordenado, que es el que proviene de maleficio de los demonios y de los idólatras, se presenta ejemplo en Ezequiel 23, bajo la metáfora de una mujer de Israel, cuyo pueblo ya siguió los ídolos y los maleficios de los Asirios. Olla,

pues, dice, me fué infiel y perdió el juicio, yéndose tras de sus amantes los asirios, sus vecinos, que estaban vestidos de púrpura y eran grandes señores y de altos destinos, jóvenes, amables, caballeros todos, que montaban briosos caballos.» Consta que todos ellos tuvieron maléficos é idólatras.

Pedro de Laguna (1) menciona cinco modos de obrar el demonio en la imaginación, en la fantasía y en la potencia generativa. Primero: interponiéndose entre los cuerpos, para que no se aproximen. Por lo mismo que es espíritu, tiene potestad sobre la criatura corporal para hacer ó prohibir el movimiento local: por lo tanto, puede impedir, directa ó indirectamente, el que los cuerpos se aproximen, interponiéndose en el de alguno, como sucedió al que, habiéndose desposado con un ídolo, se casó con cierta jovencita, á quien no pudo conocer. Segundo: inflamando ó enfriando á los hombres por medio de las virtudes ocultas de las cosas, que él conoce bien. Tercero: turbando la estimación y la imaginación, que hace á la mujer aborrecer y ser aborrecida. Cuarto: reprimiendo directamente el vigor del miembro acomodado á la fructificación, como el movimiento local de cada órgano. Quinto: impidiendo la emisión de los espíritus á los miembros en que reside la virtud motiva; lo que puede hacer de muchas maneras.

(1) Petrus de Palude, dice el autor, y yo lo he traducido como se ve.



Cuando las mujeres hacen sortilegios con habas ó con testículos de gallos, no se ha de creer que hacen á alguno impotente por la virtud de esas cosas, sino por la oculta virtud de los demonios, que con ellas se burlan de las adivinadoras. Mas permite Dios por este acto, por el cual se difunde el primer pecado, que sobre otros actos humanos; lo mismo que permite más sobre las serpientes, que sirven para las encantaciones más que otros animales.

Acerca de la inflamación para aquel acto, tenemos ejemplo en la leyenda de la Virgen de San Basilio, la cual, como desease á un siervo de sus padres y enfriase al marido, no pudo conocer al siervo, lo mismo que sucedió al que, casado con un ídolo, no pudo conocer á su esposa.

Hay también respecto á la mujer, que de tál manera puede el diablo tentar su imaginación, que aborrezca al marido hasta el extremo, que por nada de este mundo consienta en que la conozca, y también puede maleficiarla, interponiendo un cuerpo, ú obstruyendo el vaso. Al hombre le puede impedir el acto de muchas maneras, y por eso es maleficiado más veces que la mujer. Y más permite Dios que el demonio se embravezca en los pecadores, que en los justos; por lo cual dijo el Angel á Tobías: «El demonio recibe potestad sobre los que á las liviandades se entregan.» A veces también la reciben sobre los justos, como sucedió con Job, por lo cual deben con-

fesarse y hacer otras cosas semejantes, para que no suceda que, permaneciendo el hierro en la herida, sea inútil la aplicación de la medicina.

Perezoso.—Aún me queda una duda sobre la liga del amor carnal, á saber: si los que existen en caridad pueden ser maleficiados con tal amor.

Teólogo.—La contestación á eso recibida de las palabras de Casiano que en la colación segunda del Abad Sereno concluye con estas palabras: «Define San Antonio, que en manera alguna puede el demonio invadir la mente ó el cuerpo, ni tiene facultad para acometer al alma, sin haberla antes destituído de todo pensamiento santo, volviéndola vacía y desnuda de toda contemplación espiritual.» No por eso vayas á entender que los demonios no acometen á los que viven en caridad y á otros semejantes; sino únicamente que no los puede acometer, si ellos quieren resistir con armas la virtud é impulso de las cosas naturales.» Tales armas te habíamos dado, dice la filosofía á Boecio, que si antes no las arrojases, te defenderían con invencible firmeza.»

Por lo cual, Casiano en el mismo lugar citado habla de dos paganos, filósofos y maléficos, los cuales, llenos de odio contra el santo varón San Antonio, porque acudía á él todos los días multitud de pueblo le enviaron con sus maleficios demonios á la celda, para que con sus tentaciones le hiciesen huir de allí; los demonios, según los filósofos, convertidos des-

pués á la fe, confesaron, «hirieron los pensamientos del santo con amarguísimos estímulos; pero él los rechazó, haciendo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, y recitando oraciones.»

Mas un ejemplo bastante terrible refiere Vicente (1) en el *espejo historial* de los hechos de San Basilio Magno, en cuyo tiempo, cierto rico tuvo una hija única, á quien disponía consagrar al Señor. Un esclavo de aquel rico, no pudiendo casarse con la joven, fué á un maléfico, invocó al diablo, renegó de la fe y obtuvo que el demonio de la fornicación entrase en aquélla, encendiéndole de tal manera, que, echada en tierra, clamaba que era atormentada por el esclavo, y para librarle, se le diera en matrimonio. Así lo hizo el padre con el corazón entristecido: el siervo, sin embargo, fué librado por San Basilio.

En el primero de los *Diálogos* refiere San Gregorio que cierto príncipe de los maléficos, llamado Basilio, quemados sus compañeros, huyó de Roma disfrazado de monge, y como tal monge fué admitido en un Monasterio por San Equicio; y, hallándose éste ausente, de tal manera malefició á la más hermosa de un Monasterio de monjas, que febricitante y llena de ansie-

(1) Este Vicente es Fr. Vicente Belvacense, del Orden de Predicadores, insigne en el siglo XIII. Sobre que el *espejo moral* que una mano pecadora mezcló con los demás *espejos* que él compuso, era apócrifo, y sobre si fué ó no fué Obispo, se ha escrito mucho y se han revuelto muchas bibliotecas

dad, clamaba con grandes voces: «Pronto moriré, si no viene el monge Basilio y me vuelve la salud con su curación.» Sabiéndolo San Equicio, la sanó con la palabra, áun estando ausente, y mandó espeler del Monasterio al maléfico. (1)

---

(1) San Gregorio refiere además que un Obispo recomendó al maléfico Basilio á fin de que fuese recibido por San Esquinio, el cual le dijo: «Este que me recomendáis, Padre, no veo que sea monge, sino diablo.» Y como el Obispo le repusiere que aquello no era más que un pretexto para no atender su recomendación, contestó el santo: «Os lo denuncio tal cual lo veo; mas, para que no creáis que no quiero obedecer, hago lo que me decís.» Admitido en la Comunidad el fingido monge, sucedió con la religiosa lo que cuenta el autor del *Hormiguero*, y al saberlo San Equicio, exclamó «¿No había yo dicho que ese no era monge? Id, y arrojadle de la celda.» Así lo hicieron los monges, y él después dijo, que aunque había suspendido muchas veces en el aire la celda de San Equicio, nunca le había podido hacer daño. Al poco tiempo fué quemado en Roma.

En el tomo V de la *Biografía Eclesiástica*, publicada en Barcelona, se dice: «El Papa San Gregorio *el Grande* en el primer libro de los *Diálogos*, cap. IV, entre los muchos prodigios que refiere, obrados por Dios por intercesión de San Equicio, al tratar de este suceso, cuenta, que habiendo llegado á Roma la fama de los sermones de San Equicio, no faltaron algunos en acriminarle ante el Pontífice, porque sin ser sacerdote, se entregaba á la predicación, principalmente siendo hombre de escasos conocimientos, y no estando autorizado por Su Santidad: que el Papa, queriendo proceder con el debido pulso, envió un mensajero al Santo, mandándole que pasase á Roma, para dar cuenta de su conducta, y al propio tiempo encargó al mensajero se lo trajese consigo, pero con decoro y sin la menor violencia, que al llegar el mensajero al Monasterio, no halló á Equicio, pues había salido, y sabiendo que á la sazón se encontraba en el campo, envióle á buscar con un criado suyo, hombre muy mal edu-

Perezoso. — Supuesto que la potestad del demonio se impide algunas veces por permisión divina, pregunto: ¿de cuántas maneras se hace esto?

Teólogo. — Según Hugo, de cinco maneras: 1.º Por el límite que á la potestad del diablo pone Dios, como se ve en Job; 2.º, por milagro hecho exteriormente, como en la burra de Balaam; 3.º, por impedimento añadido exteriormente, como en los dos discípulos heridos de locura, de que habla San Lucas en el ca-

---

cado: que éste, apenas vió á los segadores, preguntó en tono de desprecio, quién de ellos era Equicio. Mas no bien hubo proferido estas palabras, principió á temblar, en términos, que cuando estuvo cerca de él, se arrojó á sus pies, los besó y le comunicó con todo decoro la orden de su amo. Contestóle el Santo que en acabando de segar iría; y en efecto, cogiendo la guadaña, y con los vestidos andrajosos que llevaba, se presentó Equicio al enviado del Papa. Que Juliano, (así se llamaba el mensajero), al verle llegar tan humilde y pobre, formó de él muy mal concepto, y no sabía cómo tratarle; mas que, al acercársele, infundió Dios á Juliano tal respeto, que apenas acertaba á pronunciar siquiera una palabra, hasta que echándose á sus pies, le manifestó el deseo que tenía el Sumo Pontífice de conocerle: que el Santo Abad entonces, levantando los ojos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacía su Vicario en la tierra en haberse acordado de él y le mandase llamar, y que en el momento manifestó estar pronto para la partida: que Juliano dijo hallarse muy fatigado, y que podrían aguardar al día siguiente: *Mucho me pesa, hijo, repuso Equicio; porque si no vamos hoy, no iremos mañana:* y que así aconteció; porque al día siguiente, al amanecer, llegó un extraordinario de Roma, por cuyo medio el Papa mandaba á Juliano que dejase á Equicio y que no le molestase. Que no bien lo supo el Santo, cuando, dirigiéndose al embajador, exclamó así: *¿No os lo dije yo, que si ayer no íbamos, no iríamos hoy?* Y que quedó en el Monasterio alabando al Señor por las muchas mercedes que le dispensaba.

pítulo último; 4.º, por juicio de Dios que lo dispone interiormente por medio del ángel bueno, como á Asmodeo, que mató los esposos de Lora, mujer de Tobías; 5.º, por cautela del mismo demonio, pues no quiere algunas veces lo que puede, para obrar peor, como se ve en la carta primera á los Corintios. A veces tampoco quieren los ángeles malos, por la nobleza del sér en que fueron creados, tentar con viles pecados, como la sodomia á simple fornicación, ni se acercan al hombre cuando ha fornicado, particularmente el primero y segundo día, por lo reciente del pecado. Por eso dice Ezequiel: «Multiplicaste las idolatrías para irritarme.» Y allí mismo: «Y te daré á las almas de los que te odian, (esto es, al demonio) que se avergüenzan en tu malvado camino.» Hasta aquí Hugo en el segundo de las sentencias.

VELADA SÉTIMA.

CAPÍTULO VI.

Las hormigas que no se precaven del vino, caen repentinamente en embriaguez, andando pesadamente y bamboleándose, como perdido el tino, según lo ví por experiencia; pues siguen con avidez las cosas dulces, que si están rociadas en pan ó vino tinto, se emborrachan con estas comidas.

Por tales hormigas embriagadas con vino, pueden entenderse aquellos que, embriagados con las voluptuosidades de este siglo, y como locos, faltos de razón, siguen las cosas carnales por falsas locuras, á los cuales habla así Dios por boca de Isaías: «Oye estas pocas palabras, ébrias, y no de vino. Esto dice tu dominador Señor y tu Dios: He aquí que quité de su mano el cáliz del sopor: no añadiré el fondo del cáliz de mi indignación para que lo bebas en lo sucesivo.» Que por el vino debe entenderse la lujuria, lo enseña el proverbio de Salomón, capítulo XX, cuando dice: Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de

desórdenes la embriaguez: «no será sabio quien con ella se deleite.» Y en el capítulo XXI: «el que gusta de dar banquetes, parará en mendigo: no será jamás rico el aficionado á vino y á los manjares regalados.» Y en el salmo CVI dice, por segunda vez, de aquellos que están ébrios, y no por el vino: «Llenos de turbación, vacilan como beodos, y se desvaneció toda su sabiduría.» Por lo cual, dice el apóstol á los efesios: «Ni os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria, sino lleváos del Espíritu-Santo, hablando entre vosotros y entreteniéndoos con salmos y con himnos y canciones espirituales; cantando y loando al Señor en vuestros corazones.»

Perezoso.—Bien veo ya por lo dicho, que no sufre menos locura ó embriaguez el entregado á los amores desordenados, que aquél á quien se mira embriagado de vino. Por lo tanto, quiero ahora saber tres cosas, que son: 1.ª, qué remedio se ha de aplicar á los tales, para que sanen ellos, ú otros cualquiera maleficiados en la potencia generativa: 2.ª, cómo podrán sanar los que, sin maleficio, están poseídos de amor desordenado: y 3.ª, si el ángel bueno puede hacer tanto beneficio con la castidad, como mal hace el espíritu maligno por medio de los suyos por el maleficio.

Teólogo.—Por la solución puedes conocer, en primer lugar, que hay cinco remedios que pueden aplicarse lícitamente, á saber: la peregrinación á los se-

pulcros de algunos santos; la multiplicación de la señal de la cruz y de una oración devota; la verdadera confesión ó contrición de los pecados; la exorcisación lícita con sobrias palabras; y la cautelosa remoción del maleficio. Del primero ya has visto ejemplo en el capítulo IV del libro I, y lo mismo que la peregrinación, son remedios los ayunos, abstinencias y otros obsequios reverenciales ofrecidos á ciertos santos. Del segundo has oído en el capítulo precedente cómo se defendió San Antonio del demonio. Del tercero también viste allí el consejo de Pedro de Laguna, consejo que antes que él dieron Santo Tomás y otros doctores. Del último se habló hace poco en el capítulo III, y en cuanto al penúltimo, ó sea los exorcismos, casi todos los que de esto tratan, admiten que se pueden hacer católicamente; por lo cual Santo Tomás IV, *Dist.* 6, dice: «Por el pecado del hombre recibe el diablo potestad sobre el hombre, y en todas las cosas que son del uso del hombre, para daño del hombre mismo; y porque no hay convención alguna entre Cristo y Belial, por eso, cuando se ha de santificar algo para el culto divino, primero se exorcisa, á fin de que, dejándolo libre de la potestad del demonio, que se cree lo toma para daño del hombre, se consagre á Dios. Y esto se ve en la bendición del agua, en la consagración del templo, y en todas las cosas de la misma clase; y así como la primera consagración con que el hombre se consagra á Dios se

hace en el bautismo, conviene también que primero sea el hombre exorcisado con más razón que las otras cosas; porque en el hombre mismo está la causa por la que el diablo adquiere potestad sobre el hombre y sobre otras cosas que son por el hombre, á saber, el pecado original y el actual; y esto significan aquellas palabras que se pronuncian en los exorcismos, cuando se dice: «Retírate de él, Satanás.» Hasta aquí Santo Tomás.

También dicen los doctores que es lícita la aplicación de los exorcismos contra las potestades del demonio; pero se ha de tener cuidado de que no haya en ello carácter alguno desconocido, ni desconocidas palabras, ni nada supersticioso.

Pero no obstante la aplicación de todos los remedios dichos, todavía algunas veces el maleficiado no es absuelto de la pena, áun cuando lo sea del recato ó pecado por el que ocurre el maleficio; por lo que Santo Tomás IV, *Dist.* 34, dice: «que el maleficio, á veces es de tal manera perpétuo, que no puede tener remedio por obra humana, si bien Dios puede prestarlo, obligando al diablo, y también resistiéndole. No siempre conviene que lo que se ha hecho por algún maleficio, pueda destruirse por otro maleficio, como los mismos maléficos confiesan. Si se pudiera poner remedio por medio de maleficio, se reputaría pecado, porque nadie debe invocar por maleficio el auxilio del demonio.

Tampoco conviene el que, si por el pecado se ha dado potestad al diablo sobre alguno, cese esa potestad cesando el pecado; porque á veces la pena queda, pasada la culpa. Tampoco valen siempre los exorcismos de la Iglesia para reprimir al demonio en cuanto á todas las molestias corporales, exigiéndolo así el juicio de Dios. Valen, no obstante, siempre contra aquellas infestaciones del demonio contra los que principalmente se han establecido.» Esto dice aquí Santo Tomás. Pero los que anteponen á los remedios divinos y de la Iglesia los remedios humanos, han de guardarse mucho de invocar los remedios de los maléficos, porque con tales invocaciones se tienen á veces peores resultados; como se ve en el ejemplo que pone San Gregorio en el primero de los *Diálogos* de la mujer que, poseída de un demonio cuando se intentaba librarla por medio de maleficios, entró en ella una legión por obra de los mismos maléficos.

Perezoso.—Tengo todavía tres dudas acerca del exorcismo: 1.ª, si, no teniendo el exorcista orden puede lícitamente exorcisar los demonios; 2.ª, cual, sea la diferencia entre el efecto del agua bendita y el exorcismo, supuesto que uno y otro se ordenan contra la molestia del demonio; 3.ª, si el exorcismo es sólo un signo, ó si también es agente.

Teólogo.—A lo primero contesta el Santo Doctor, diciendo que al conferirse cualquiera de las ordenes, aun las menores, se adquiere la potestad de esto ó

aquello que por oficio se puede hacer, como exorcisar; y también se puede hacer lícitamente por el que no tiene orden, no como por oficio, ó aun cuando no lo tenga por oficio; así como puede decirse misa en casa no consagrada, aun cuando la consagración de la Iglesia se ordena para el fin de que en ella se diga misa, si bien esto pertenece entonces más á la gracia gratis dada, que á la gracia del Sacramento.

A lo segundo responde el mismo Santo Tomás diciendo: «El diablo nos combate interior y exteriormente: el agua bendita se ordena contra el combate exterior del diablo, pero el exorcismo contra el combate interior; por lo que aquellos contra quienes se da, se dicen *energúmenos*, esto es, que trabajan interiormente ó por mala incitación ó por la posesión corporal del demonio.»

A lo tercero responde asimismo Santo Tomás, que el exorcismo también obra ó es agente, lo cual aparece de que se dice con modo imperativo y no sólo como oración, como: «Sal, diablo maldito.» También San Gregorio sobre Ezequiel dice: «El sacerdote, cuando impone las manos á los creyentes para exorcisarlos, y prohibe á los malos espíritus el que habiten en su mente, ¿qué otra cosa hace sino arrojar fuera los demonios?» Ni es inconveniente el que se exorcise el ya bautizado cuando se omitió el exorcismo el decir que entonces hace algo, cohibiendo por impugnación del diablo. Como también después

del bautismo se reprime algo la potestad del demonio por el agua bendita, si es exorcisado un niño y muere antes del bautismo, tanto vale para su vida, cuanto la potestad del diablo se haya debilitado.

Por lo tanto, los exorcismos no sólo significan, sino que hacen algo tanto en el cuerpo, como en el alma, porque en uno y otra está el veneno de la concupiscencia. Es efecto del exorcismo el que el diablo no pueda sobre el bautizado tanto como antes del bautismo, ni le impida cosas buenas. Todo esto es de Santo Tomás.

En cuanto al amor *hereos* ó *histithi* (1) como lo dice Avicena, que es enfermedad en que uno cae por amor, pone el mismo Avicena, entre otros, siete remedios en el libro tercero. Uno es conocer á la persona por quien se tiene la pasión; lo que se deduce de la fisonomía del enfermo ó variedad del pulso al nombrársela, pues así se tiene la raíz de la enfermedad, como lo pone San Ambrosio al hablar de la pasión de Santa Inés respecto al hijo del juez (2). Otro es el uso del matrimonio, si puede contraerse; pues con él sanan algunos, obedeciendo á la naturaleza. El tercero es la

(1) Otros escriben *hislithi:* pero el doctor Calavenero, anotador del *Hormiguero*, dice que se debe escribir *ilisci*. *(N. del T.)*

(2) Procopio, hijo de Sinfronio, Gobernador ó prefecto de Roma. Hermosísima es la relación que de esto hace San Ambrosio, como hermosísimo es cuanto escribió aquel elocuentísimo Santo Padre. *(N. del T.)*

aplicación de las medicinas que allí menciona y enseña. El cuarto es el convertir por medios lícitos el amor que á uno se tiene en amor á otro. El quinto, si el enamorado es consejible, aconsejarle y hacerle ver que el amor es una miseria. El sétimo es que se ocupe de asuntos árduos, de oficios que le distraigan y de otras cosas semejantes. Aunque en tales casos deben consultarse los médicos se ha de dar la preferencia á la aplicación de los remedios teológicos dichos.

A la tercera duda sobre si el ángel bueno beneficia algunas veces á los justos, como consta que el ángel maleficia á los injustos, tienes la respuesta en los ejemplos de los Santos Padres, que en número infinito lo afirman. Cualquiera bien, tanto espiritual, como corporal, emana de Dios, fuente de toda verdad. Todo, según San Dionisio, lo tenemos por ministerio de los ángeles, y, como el Santo Doctor, en cierto lugar sobre el 3.º de las Sentencias, enseña: «Cuando Dios quiere infundir en nuestra mente una gracia notable, aunque á ella no puede extenderse ninguna potestad humana, sin embargo, coopera á ella *dispositivé* el ángel bueno. De la misma manera, áun cuando para la concepción del Verbo de Dios en la Benditísima Virgen, por la que Dios se hizo hombre, sólo concurrió eficientemente la virtud divina, no obstante, la mente de la Virgen fué muy excitada ó predispuesta al bien por la salutación, por la información en el ministerio angélico.

Es, además de esto, lo más común y concordante, tanto con la Sagrada Escritura, como con la Filosofía natural, la opinión que enseña que todos los cuerpos celestes se rigen y mueven por la virtud angélica, por lo cual, los ángeles se llaman por Cristo y por la Iglesia, virtudes de los cielos. Todas las cosas corporales de este mundo se rigen simplemente por influencias celestes, como atestigua el filósofo en el primero de los meteoros.

Es, además, doctrina del Santo doctor, que hay tres cosas en el hombre sobre las que pueden obrar los espíritus separados, aunque diferentemente, á saber: en la voluntad, el entendimiento y otras potencias del alma misma; adherentes á los miembros orgánicos y corporales. En la primera, solo Dios puede obrar. En el segundo, solo Dios y el ángel bueno para iluminar. En las terceras puede obrar y oprimir el espíritu malo, permitiéndolo Dios. Pero en el arbitrio de la voluntad humana está el rechazar las agresiones de los ángeles malos invocando la gracia de Dios, así como está el admitirlas descuidando dicha gracia.

Perezoso.—Aunque haya esos innumerables beneficios de los ángeles buenos, dispensados aún á los injustos, de lo cual yo ¡ay de mí! estaba hasta ahora ignorante, pero que no olvidaré en lo sucesivo; sin embargo, no pregunto principalmente acerca de ellos, sino de los que se refieren á los beneficios en la po-

tencia generativa, á saber: cómo hacen castos á algunos, así como los demonios hacen á los malos todo lo contrario.

Teólogo.—De que lo hacen no hay duda, mas conviene saber dónde y cuando. Así sucedió con San Seneno Abad, de quien Casiano, *cod. abba. Ser. prim*, dice: «Este, insistiendo día y noche por la interna castidad del corazón y del alma con oraciones, ayunos y vigilias, percibió que se habían extinguido en él por la gracia divina todos los grandes calores de la concupiscencia carnal. Después, encendido en mayor celo de castidad, pidió á Dios que ésta, que interiormente tenía, redundase en el cuerpo; y en una visión nocturna, viniendo á él un ángel, parecióle que le abría el vientre, y que, arrancando de sus vísceras y arrojando cierto tumor de carne encendido, restituyendo en su lugar los intestinos como antes estaban, le dijo: «Mira, han sido cortados los incentivos de tu carne, y conocerás que has obtenido en este día la pureza de tu cuerpo, según la petición que hicistes, para que en lo sucesivo no sientas el impulso ni aun de aquel natural movimiento que se excita hasta en los párvulos y en los que maman.»

San Gregorio, en el libro primero de los *Diálogos*, hablando del Abad Esquícia refiere, que cuando á éste, en el tiempo de su juventud, fatigaban con fuerte combate los incentivos de la carne, le hacían menos diligente en el ejercicio de la oración, y como de

esto pidiera remedio á Dios con contínuas preces, tuvo cierta noche la visión de que un ángel le castraba, hallándose desde entonces tan libre de tentación como si no tuviera sexo en el cuerpo; por lo que, confiando en el auxilio de Dios omnipotente, así como antes había presidido á los varones, empezó á presidir á las mujeres.

En las vidas de los Padres, de aquellos que San Heraclidas, varón religiosísimo, coleccionó en su libro titulado *Paraíso*, hace mención de cierto santo padre y monge, á quien llaman Helio, que, movido de la misericordia, reunió trescientas mujeres en un monasterio y empezó á regirlas. Pasados años, teniendo él de edad cerca de treinta y cinco, y siendo tentado por la carne, huyó al y mo, donde ayunando, clamó á Dios diciendo: «Señor . ios, ó mátame, ó líbrame de esta tentación.» Por la tarde le acometió un sueño, en el cual vió tres ángeles que se le acercaron, preguntándole por qué había huído del monasterio de las vírgenes; y no atreviéndose él á responder, por vergüenza, le dijeron los ángeles: «Si fueses librado, ¿volverías desde luego á cuidar de las mujeres?» Él respondió que con mucho gusto lo haría; y entonces aquellos, recibiendo de Helio el juramento que le exigieron, cogiéndole uno las manos, otro los pies y cortándole el tercero los testículos, le castraron, no porque en realidad hubiera sido así, sino porque así lo parecía. Preguntáronle después si sentía remedio, y contestó que

se hallaba muy aliviado. Al quinto día volvió con las llorosas mujeres, y en el espacio de cuarenta años que sobrevivió no sintió ni una centella de la antigua tentación.

No menor beneficio leemos que le fué concedido á Santo Tomás, doctor de nuestra Orden, en cuya habitación, sus parientes, para retraerle del estado religioso y aficionarle á las cosas del mundo, hicieron que entrase una ramera. Viéndola el santo, corrió al hogar, cogió un tizón encendido y con él arrojó de la habitación á aquella mujer; y puesto en seguida en oración, pidiendo el don de la castidad, se quedó dormido, y vió dos ángeles que se le aparecieron, diciéndole: «He aquí que de parte de Dios te ceñimos el cíngulo de castidad, para que en lo sucesivo por ningún combate puedas ser atacado; y lo que no se obtiene por mérito de la virtud cristiana, se te ha conferido por don de parte de Dios.» Sintió entonces el santo varón que le oprimían la cintura, y despertó dando voces. Desde entonces, de tal manera se halló dotado del don de castidad, que aborreció todo deleite. (1)

(1) En un *elogio* leído el 7 de Marzo de 1880, dice el doctor *D. Manuel Polo y Peyrolón:* «Cuando el santo se vió libre y solo, trazó una cruz en la pared con el mismo tizón, y cayendo de rodillas prorumpió en lágrimas pudorosas de gratitud y confusión. Temblando y lloroso pedía Tomás á Dios la hermosa virtud de la castidad; cuando sueño inusitado cerró sus párpados, dos espiritus puros le felicitaron por su victoria y ciñeron á su cuerpo el cíngulo de la virginidad, apretándole



CAPÍTULO VII

Las hormigas, comidas por los hombres, les dañan; no así á todos los animales, pues á algunos aprovechan, como á los osos, que con avidez las buscan. Con el nombre de hormigas se designa á los justos, como se ha dicho arriba hace poco.

Se entiende por comer quitar algo á la vida ajena ó en la fama ó en la sana doctrina, de cuya comida precave al hijo el que en el capítulo XXIII de los *Proverbios*, dice: « No asistas á los convites de los beodos, ni á las comilonas de aquellos que contribuyen á escote para los banquetes, porque con la frecuencia de beber y pagar escotes, vendrán á arruinarse. » Donde dice la glosa: « Llevar carne para comer, es á veces, en la común opinión, decir vicios de los próximos, cuya pena es la de que, haciendo tales cosas, se consumen. Conviene en contra de esto ocuparse en buenas palabras que contiene la divina sabiduría, con la que el alma podrá lícitamente saciarse. Sobre esto Salomón en el capítulo XXIV de los *Pro-*

---

con tal fuerza, que el dolor despertó é hizo lanzar un grito á nuestro héroe. Únicamente su confesor tuvo noticia de este singular privilegio. Durante toda su vida usó Santo Tomás este cinturón, que hoy se venera en la iglesia de los dominicos de Chieri, cerca de Turín.» Es de creer que no tuviese Nyder noticia de este cíngulo, cuando no habla de él, lo cual no deja de ser extraño. *(N. del T.)*



verbios, dice: «Come, hijo mio, la miel (La glosa: doctrina de la sabiduría), que es cosa buena, gusta del panal, que será dulcísimo á tu paladar. Tal será también para tu alma la doctrina de la sabiduría, con cuya adquisición tendrás esperanza en los últimos días, y esperanza que no será frustrada.» A la miel y al panal, dice la glosa, compara la doctrina de la sabiduría, porque así como aquélla, á las demás comidas, así ésta aventaja á las demás doctrinas. Y otra vez, de los que devoran las carnes humanas con el vicio de la detractación y con el maleficio de la superstición, se dice en el salmo: «Sus dientes, armas y saetas, y sus lenguas, aguda espada.» Y en el capítulo III de los *Proverbios*, entre las cuatro generaciones perversas, ésta es la última, de la cual dice: «Otra casta de hombres hay que tiene los dientes como cuchillos, y despedazan con sus quijadas, y se tragan los desvalidos de la tierra y los pobres de entre los hombres.» Donde añade la glosa: «La generación que tiene espadas por dientes, es aquella que trabaja por introducir en otros su perfidia, y á la manera que los cuerpos son muertos con espadas, así mata las almas de los que la oyen con el veneno de la conversación; y por eso dice *para que coma*, esto es, para devorar á los necesitados, esto es, á los inocentes y pobres, esto es, á los humildes.

El que la comida de las hormigas no aproveche á los hombres, sino á las bestias, como al oso, consiste

en que el oficio de los maleficios y el vicio de la detractación, no deleitan á los justos, sino á los pérfidos. En figura de lo cual, la segunda bestia de Daniel, que salió del mar y se puso al lado de la otra, era semejante á un oso, y había tres órdenes de dientes en su boca que le decian así: «Levántate, come carne en abundancia.» Por donde se señalan los tres daños que hacen los maléficos con sus obras, en los bienes temporales, en los cuerpos humanos y en las almas de los racionales. Por lo cual se dice en el capítulo XVII de los *Proverbios:* «El malvado anda siempre armando pendencias; pero el ángel cruel será enviado contra él para castigarle. Mejor es encontrarse con una osa, á quien robaron los hijos, que con un fátuo presumido en sus necesidades.» En donde dice la glosa: «El ángel cruel es el espíritu inmundo que se envía por el Señor contra los pecadores, para que al presente los aflija, como hizo con los egipcios, enviando contra ellos la ira de su indignación por medio de los ángeles malos.» Y añade: «Puede entenderse por el oso la malicia del antiguo enemigo, cuyos fetos robamos, cuando unimos á los hijos de Dios á aquellos que eran sus enemigos, catequizándolos y bautizándolos; y esto se hace muchas veces más fácilmente que el volver á la recta fe al hereje, ó que reducir al bien al católico que obra mal.

Perezoso.—Por los animales, que como dices, comen las hormigas, pueden entenderse los réprobos en

la fe y los maléficos: preséntame un ejemplo de cómo éstos llevan á cabo su obra, haciendo daño á los cuerpos humanos, convirtiéndoles de sanos en enfermos.

Teólogo.—Oye, pues, la maldad que tales bestias hicieron al juez Pedro, de quien antes he hablado. Hacía tiempo que deseaban vengarse de él; pero como guardaba bien la fe y procuraba guarecerse diligentemente con la señal de la cruz, y avisado algunas veces, se abstenía con oportunidad de aquellas cosas por las que suelen provenir los maleficios, escapaba ileso por la necedad de aquéllos, excepto en un tiempo en que por delito propio mereció no ser del todo guardado por el Señor, según él mismo me refirió. Había acostumbrado residir en el territorio de Berna en el castillo de Blanctemburg, cuando gobernaba aquella tierra. Después que resignó el oficio y volvió á entrar en la ciudad de Berna y tenía allí su domicilio, cierto día, volviendo á dicho castillo, donde le había sustituído en el oficio un pariente suyo, quiso despachar allí unos negocios, de que antes había conocido.

Llegada, pues, la noche, fuese á acostar, bendiciéndose con la señal de la cruz y proponiéndose levantarse antes de amanecer, para escribir algunas cartas, que precisamente habían de ser enviadas á su destino por la mañana. Despertó en aquella destemplada noche, pareciéndole, engañado por una luz fic-

ticia, que ya había venido el día, é incomodado por creer que el tiempo oportuno para escribir se le había pasado, se vistió sin santiguarse, como debía, y descendiendo por unas grandes escaleras á la habitación donde tenía el escritorio; mas como hallase éste cerrado, se encendió en mayor ira, se volvió murmurando al lecho por la misma escalera que había bajado, pronunciando indignado una sola maldición, como si dijera: «En nombre del diablo;» y he aquí que en el instante, en medio de densísimas tinieblas, fué precipitado, rodando los escalones, tan pesadamente, que el criado, que cómoda y descuidadamente dormía debajo de dicha escalera, se despertó, y encendiendo una luz, acudió á ver lo que habia sucedido, hallando á su amo solo, tendido en el suelo, privado del uso de la razón, con cardenales en todos sus miembros y arrojando de su cuerpo mucha sangre. Despertóse luego también la familia, y nadie acertaba la causa de la caída. Recuperó al fin Pedro el uso de la razón, aunque la salud del cuerpo apenas pudo recuperarla en seis meses; y si bien sospechaba de los maléficos, á quienes de todas veras deseaba exterminar, ignoraba, sin embargo, quienes fuesen los reos de la gran maldad que con él se había cometido.

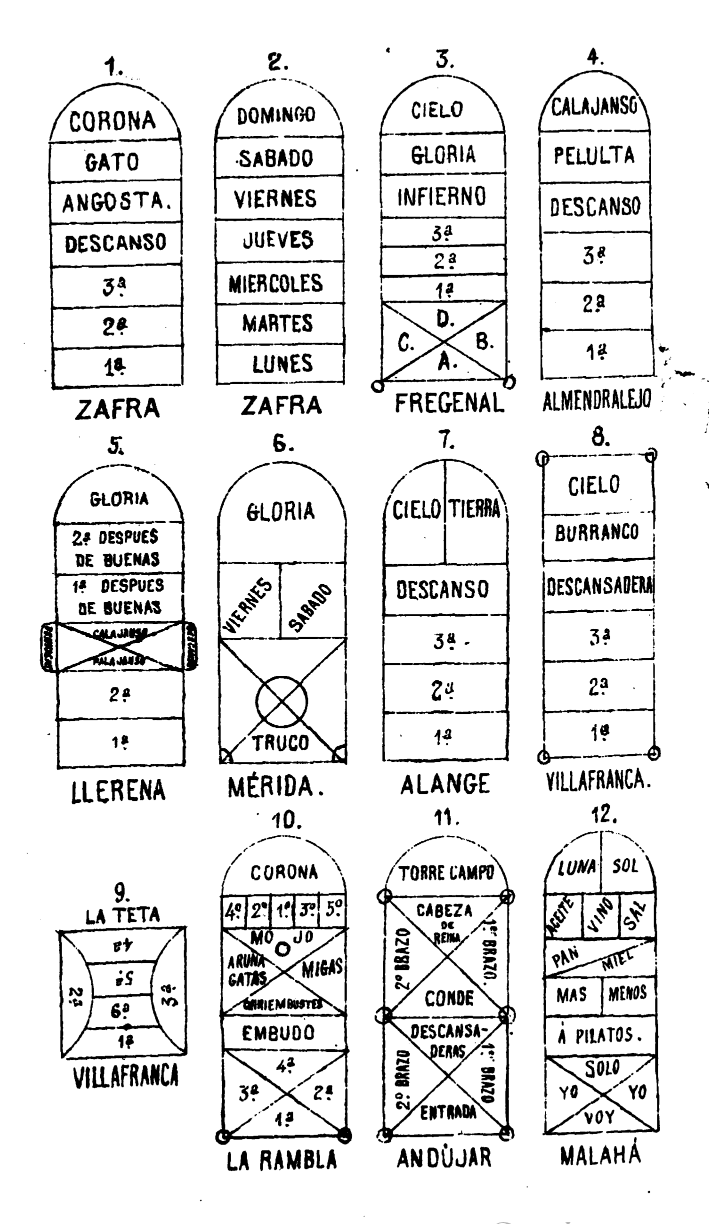
Pero, como nada haya encubierto que no se descubra, sucedió después, por casualidad, que cierto oculto maléfico, yendo desde el territorio de Berna, donde tenía su domicilio, á Friburgo, de la diócesis

Lausanense, y hallándose sentado en la taberna con otros bebedores, dijo á sus compañeros: «He aquí que estoy viendo en este vaso de agua que fulano (á quien nombró) me coge y me roba los anzuelos para pescar que puse en mi habitación.» Como los lugares distaban entre sí cerca de seis grandes millas teutónicas, era claro que aquel hombre no podía haber visto el hurto sino por medio del demonio. Publicado esto por los que lo oyeron, fué acusado de reo y reducido á prisión, en la que atormentado dos días seguidos, apenas quiso confesar cosa alguna sobre sus maldades; mas en el tercer día, el cual era sábado, día que se dedica comunmente á la Santísima Virgen, atormentado otra vez, vomitó su veneno; pues declaró que era verdad que había dicho aquellas palabras y había visto el hurto; y confesó que cuatro maléficos y presente una maléfica, á quien nombró, habían precipitado por la escalera á dicho Pedro, impelido por las manos de la maléfica, cuya vejezuela aborrecía á aquél, porque, mientras había ejercido la magistratura, no se había administrado á gusto de ella la justicia. Añadió que en los dos días anteriores nada había podido contestar en los tormentos, contenido por las maquinaciones del demonio; pero, como en aquél sábado, se celebraba la fiesta de la Santa Virgen, estaba libre para decir la verdad. Fué, por último, condenado al fuego, según las leyes disponían.

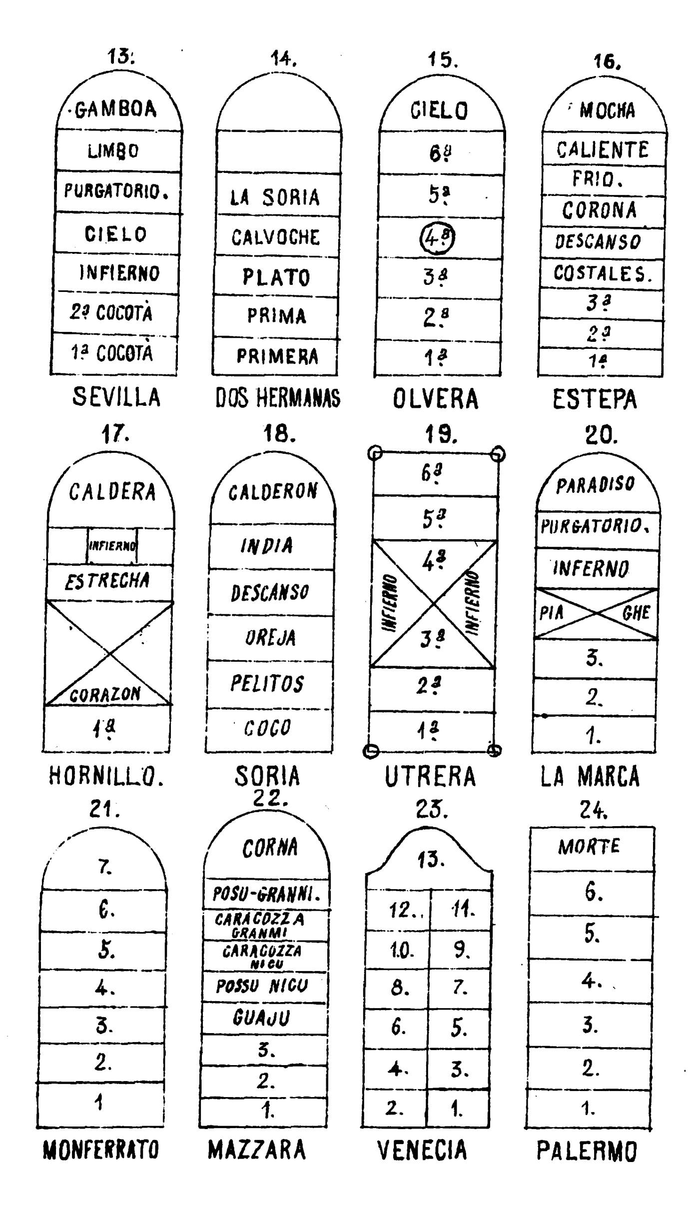
Se ha de advertir, sin embargo, que tales pseudo-profetas, engañados algunas veces por el padre de la mentira, suelen decir cosas enteramente contradictorias, según dijo el mismo Pedro que tenía acreditada la experiencia. Fué por él cogida y quemada cierta maléfica, la cual tenía un marido que no entendía de semejante maleficio, y éste, movido de curiosidad buscó á una vejezuela, de quien todos decían que predecía las cosas futuras, y habiéndola encontrado, la suplicó le dijese si su mujer, que se hallaba en la cárcel, saldría de ella con vida; y la vieja le contestó: «No temas porque indudablemente no morirá en este cautiverio;» con lo que se fué el hombre más alegre. Saliendo al día siguiente al encuentro al juez Pedro, le preguntó éste: «¿Dónde fuiste?» A lo que él contestó: «Fuí á úna profetisa, que me dijo que mi mujer sería librada de la cárcel y no moriría en ella.» Vuelto Pedro á su alojamiento fué llamado desde la cárcel por la maléfica, quien le dijo: «He visto que mi marido ha ido á una vieja que le aseguró que yo sería puesta en libertad, pero sé que miente, porque mañana seré quemada por sentencia tuya.» Como después dijese el juez esto al marido, esperaba éste riendo á ver cual de las dos maléficas decía verdad; pero al día siguiente dió testimonio la encendida hoguera de que la había dicho la que tenía marido.

Empero no debes creer, en cuanto al primer ejemplo que Pedro fué literalmente arrojado por la esca-

lera por las manos de los maléficos, los cuales no estaban en el castillo; sino que los demonios allí presentes, atraídos por los maleficios y ceremonias de los maléficos, fueron los que arrojaron á Pedro, y para que se engañasen las mentes de los maléficos, hicieron en la imaginación de aquellos hombres supersticiosos que les pareciese que ellos lo hacían. de la misma manera, respecto al segundo y tercer ejemplo, juzgaban que estaban presentes las cosas que se hallaban ausentes, según viste arriba en este libro y en el capítulo 5.º por las palabras del Santo Doctor.



1.
CORONA
GATO
ANGOSTA.
DESCANSO
3ª
2ª
1ª
ZAFRA
2.
DOMINGO
SABADO
VIERNES
JUEVES
MIERCOLES
MARTES
LUNES
ZAFRA
3.
CIELO
GLORIA
INFIERNO
3ª
2ª
1ª
D.
C.
B.
A.
FREGENAL
4.
CALAJANSO
PELULTA
DESCANSO
3ª
2ª
1ª
ALMENDRALEJO
5.
GLORIA
2ª DESPUES DE BUENAS
1ª DESPUES DE BUENAS
CALAJANSO
PALAJANSO
2ª
1ª
LLERENA
6.
GLORIA
VIERNES
SABADO
TRUCO
MÉRIDA.
7.
CIELO
TIERRA
DESCANSO
3ª
2ª
1ª
ALANGE
8.
CIELO
BURRANCO
DESCANSADERA
3ª
2ª
1ª
VILLAFRANCA.
9.
LA TETA
6ª
2ª
3ª
1ª
VILLAFRANCA
10.
CORONA
4º 2º 1º 3º 5º
MO O JO
ARUÑA GATAS
MIGAS
CHIRIEMBUSTES
EMBUDO
4ª
3ª
2ª
1ª
LA RAMBLA
11.
TORRE CAMPO
CABEZA DE REINA
2º BRAZO
1.er BRAZO.
CONDE
DESCANSADERAS
2º BRAZO
1.er BRAZO
ENTRADA
ANDÚJAR
12.
LUNA
SOL
ACEITE
VINO
SAL
PAN
MIEL
MAS
MENOS
Á PILATOS.
SOLO
YO
YO
VOY
MALAHÁ



13.
GAMBOA
LIMBO
PURGATORIO.
CIELO
INFIERNO
2ª COCOTÀ
1ª COCOTÀ
SEVILLA
14.
LA SORIA
CALVOCHE
PLATO
PRIMA
PRIMERA
DOS HERMANAS
15.
CIELO
6ª
5ª
4ª
3ª
2ª
1ª
OLVERA
16.
MOCHA
CALIENTE
FRIO.
CORONA
DESCANSO
COSTALES.
3ª
2ª
1ª
ESTEPA
17.
CALDERA
INFIERNO
ESTRECHA
CORAZON
1ª
HORNILLO.
18.
CALDERON
INDIA
DESCANSO
OREJA
PELITOS
COCO
SORIA
19.
6ª
5ª
4ª
INFIERNO
INFIERNO
3ª
2ª
1ª
UTRERA
20.
PARADISO
PURGATORIO.
INFERNO
PIA
GHE
3.
2.
1.
LA MARCA
21.
7.
6.
5.
4.
3.
2.
1
MONFERRATO
22.
CORNA
POSU-GRANNI.
CARACOZZA GRANMI
CARACOZZA NICU
POSSU NICU
GUAJU
3.
2.
1.
MAZZARA
23.
13.
12.
11.
10.
9.
8.
7.
6.
5.
4.
3.
2.
1.
VENECIA
24.
MORTE
6.
5.
4.
3.
2.
1.
PALERMO

ÍNDICE

EL MITO DEL BASILISCO

JUEGOS INFANTILES DE EXTREMADURA.

TERCERA SERIE.

Páginas

CUARTA SERIE

Páginas

DE LOS MALEFICIOS Y LOS DEMONIOS.

VELADA CUARTA.

VELADA QUINTA.

VELADA SEXTA.

VELADA SÉTIMA.

bujo, taquigrafía, fotografía y demás medios adecuados para obtener la fidelidad en la reproducción.

4.ª Para el acopio de materiales cada centro regional se subdividirá en tantas secciones cuantas crea necesarias, y extenderá, valiéndose de la iniciativa individual y de la cooperación del Gobierno en su caso, sus socios corresponsales por el mayor número posible de los pueblos de su región, haciendo que todos envíen al centro de aquélla los materiales recogidos.

5.ª Para la publicación de los materiales de todos géneros que se recojan y acopien, cada uno de los centros que se constituyan se valdrá de los periódicos, revistas y libros que el estado de sus fondos le consienta ir dando á luz, y de Exposiciones y Congresos regionales y nacionales. Unas y otros se verificarán cuando los recursos de cada centro lo consientan, sin fijación de época determinada. La celebración de Congresos nacionales será por riguroso turno de antigüedad entre las diferentes comarcas que formen centros de la clase de los que nos ocupan.

6.ª Estos centros, no sólo publicarán los datos recogidos de la tradición oral, sino que, leyendo y revisando todas nuestras obras literarias, entresacarán de ellas todos los elementos populares que contengan y se hallan declarados en la base primera, elementos que recopilados darán á conocer en forma de monografías, libros, etc.; asimismo reimprimirán aquellos libros manuscritos ó cuya edición se haya agotado, referentes al objeto de esta Asociación, y publicarán también todas las memorias é informes relativos al *Folk-Lore* (saber popular), que consideren dignos de ser conocidos.

7.ª Todos estos centros regionales, á más de mantener entre sí, por los medios indicados en la base quinta, una comunicación viva y contínua, procurarán, por cuantos medios estén á su alcance, promover la formación de Sociedades análogas á la presente en todos los puntos del mundo en que se hable la lengua española, porque allí donde se habla nuestro idioma, allí está también el genio de nuestra patria.

8.ª Siendo el objeto de esta Sociedad la reconstitución científica de la historia, idioma y cultura nacional, cada región procurará crear, dentro del límite de sus fuerzas, Bibliotecas, Conservatorios de música popular y Museos etnográficos artísticos y científicos, y remitirán un par de ejemplares de las obras que publiquen, á la Academia de la Lengua y de la Historia, y, cuando sea posible, una reproducción ó descripción de los objetos que recojan, á los Museos nacionales, como obsequio debido al Estado por su eficaz cooperación y concurso, si llegara á prestarlo.

9.ª Estas bases se revisarán, corregirán y ampliarán en el primer Congreso nacional que se celebre, con el concurso de todos los centros regionales que hayan llegado á formarse, todos los cuales, como verdaderos hermanos, iguales en derecho y miembros activos del *Folk-Lore Español*, determinarán, si lo creen conveniente, la formación de un gran centro nacional, donde todos se hallen legítimamente representados.

Sevilla, 3 de Noviembre de 1881.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ


Digitized by Google



